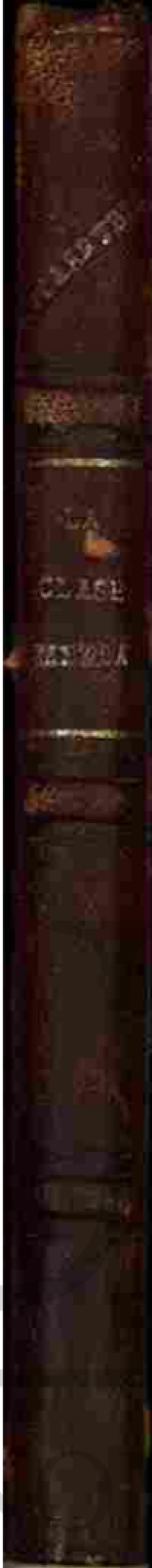


JUAN

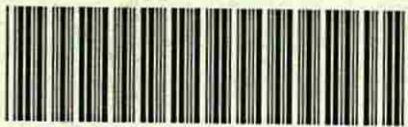
DAD AUTÓNOMA DE NUEV

7  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

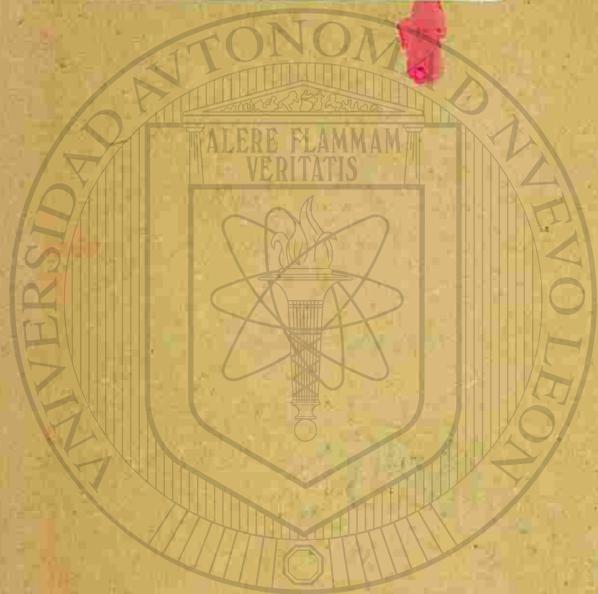


Q7297  
D5  
5

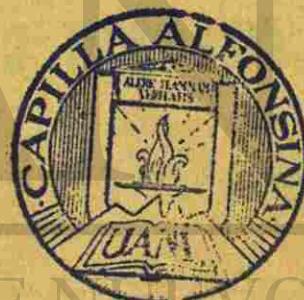




1020028220



UANIL

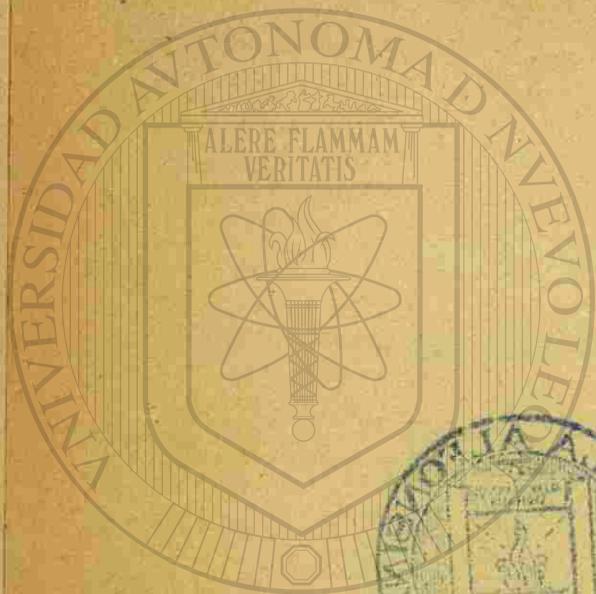


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N  
Núm. Autor D542c  
Núm. Adg. 33302  
Precedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific. \_\_\_\_\_  
Catálogo fy

# U A N L

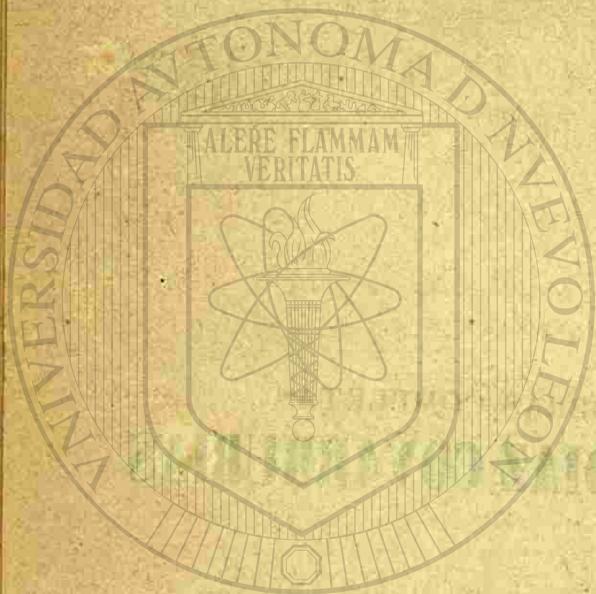
OBRAS COMPLETAS  
**DE J. DIAZ COVARRUBIAS**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33302



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33302



# CLASE MEDIA

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

novela de costumbres mexicanas

# U A N L

POR

*Juan Díaz Covarrubias.*



"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

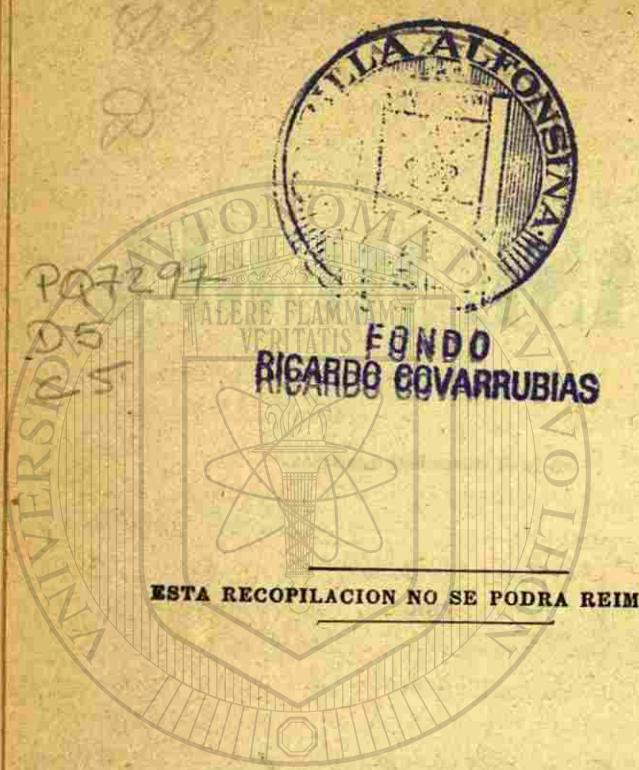
098540

MEXICO

TIP. DE MANUEL CASTRO, ESCALERILLAS NUM. 7

1859

33302



ESTA RECOPIACION NO SE PODRA REIMPRIMIR

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al joven poeta José María Ramirez.

México, Abril de 1858.

Hermano;

Reciba vd. esta pequeña novela en prenda de amistad, recíbala vd. como un recuerdo de esas horas amarguísimas de nuestra vida que hemos pasado juntos, lastimado el corazon por unos mismos dolores, recíbala vd. como todas mis obras, empapada todavía con las lágrimas que sin esperanza he derramado por la gloria, con la misma benevolencia con que han recogido mis versos *Zorrilla* y *Florencio Castillo*.

Usted, pobre amigo mio, desde la soledad de su retiro me ha seguido con una mirada cariñosa por el viaje de la vida, me ha visto luchar con una suerte siempre contraria y sufrir con la fé de un mártir, y cuando he venido á vd. con el corazon lastimado, me ha dado tiernos consuelos y ha vuelto á colocar en mis manos la pluma que el desconsuelo me habia hecho soltar.

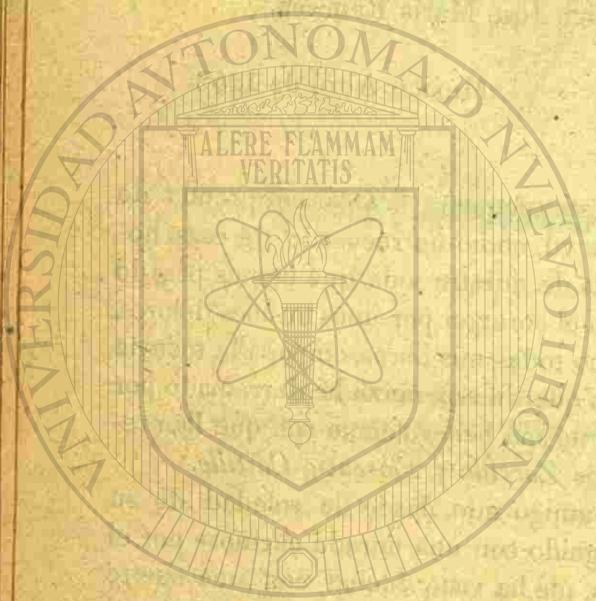
Recíbala vd., no como lo que ella vale, sí, como una prenda de desinteresado y fraternal afecto.

Al sentir mi abandono en la vida, he levantado en mi corazon un altar á la amistad.

SE HERMANO

Juan Diaz Covarrubias

863



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

*[Faint handwritten signature]*

*[Faint, mostly illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]*

I.

EL HOTEL DE LA GRAN SOCIEDAD.

Por una hermosa tarde del mes de Julio de 1854, dos jóvenes que por su traje y sus maneras revelaban desde luego pertenecer á la clase mas distinguida de la sociedad mexicana, atravesaron tomados amistosamente del brazo, el espacio que hay entre la Alameda y la entrada del Puente de San Francisco.

Uno de ellos representaba tener muy cerca de treinta años, era de elevada y elegante estatura, su rostro pálido y el círculo sombrío que rodeaba sus hermosos ojos negros, indicaban á primera vista una juventud consumida en las orgías y la prostitucion.

Vestia con cierto abandono un elegante surtout de color oscuro, un chaleco de terciopelo de anchas solapas y un pantalon de delgado casimir color de flor de lila, que dibujaba una pierna fina y bien contorneada y que caía sobre unas botas cuidadosamente barnizadas; rodeaba su cuello hermoso como el de una estátua de mármol, una corbata de raso bordado y sus manos aprisionadas en unos guantes claros, jugaban con un delgado bastoncillo con puño de oro: debajo de su sombrero negro de seda, que se calaba hasta las cejas, sobresalía una cabellera casi rubia y naturalmente ensortijada.

Su compañero era un jóven de veinte á veintidos años, endeble, raquítico, llevando impresas en su rostro insignificante, las señales de una juventud envejecida por la prostitucion, y vestido con la misma elegancia.

Los dos amigos atravesaron confundidos entre la multitud y el estruendo de los carruajes que se dirigian al paseo de Bucareli, saludando á algunas de las jóvenes hermosas que dentro de ellos se reclinaban, ó diciendo sangrientos chistes acerca de otras, las suntuosas calles de San Francisco.

Al llegar á la esquina del Espíritu Santo, otros dos jóvenes, vestidos con igual elegancia y tomados igualmente del brazo, desembocaron por la calle de San José del Real.

—Espera, ¿no son aquellos Enrique y Luis? dijo á su compañero el mas jóven de los elegantes.

—Ellos son en efecto, respondió éste.

Los dos jóvenes se acercaron.

—Buenas tardes, amigo Isidoro, dijo uno de ellos estrechando con efusion la mano del jóven de quien hemos hecho la descepcion.

Cuánto me alegro de volverte á ver, no sabia que habias llegado ya de Paris.

—Hace dos dias solamente que me hallo en México y aún no he tenido tiempo de saludar á todos mis buenos amigos; pero ahora que por una casualidad nos encontramos, aprovecho la ocasion para ponerme á tus órdenes y á las de Luis, como siempre, dijo Isidoro tendiendo la mano al compañero de su interlocutor.

—Pero, en vez de estar aquí parados en medio de la calle, ¿no seria mejor que fuésemos á descansar un rato y tomar una copa en el Bazar que está solo á un paso? observó Luis.

—Mejor en la Gran Sociedad, donde hay gabinetes separados y donde podremos conversar mas á gusto, dijo Enrique.

—Pues á la Gran Sociedad.

—Vamos, pues.

Y los cuatro jóvenes, formando una sola hilera que ocupaba todo el ancho de la acera, é impedia el paso á los transeuntes, atravesaron la calle del Espíritu Santo.

Los que no conozcan este hotel, sepan que es un vasto edificio situado en la esquina de las calles del Aguila de Oro y del Espíritu Santo; en su piso superior se sirven comidas y en el inferior café, helados y todo género de licores.

Los cuatro amigos penetraron en él por la puerta que dá á la última calle, y despues de haber atravesado un patio que adornan algunos jarrones con naranjos pequeños, se instalaron en uno de los gabinetes que forman el ala izquierda del edificio.

Un criado acudió solícito.

—¿Qué tomaremos? preguntó Luis.

—Mira, dijo Isidoro dirigiéndose al criado, has que preparen una jarra de ponche, y entretanto está, trae cuatro fósforos (1), dos botellas de Champagne, dos de Sauterne y cuanto creas que podemos comer de bizcochos, pasteles y otros regalos de esa clase.

El mozo fué á traer lo pedido.

—¡Diablo! dijo alegremente Enrique, veo que Isidoro, en vez de corregirse con el viaje á Paris de sus instintos de orgía, ha vuelto, por el contrario, con su gusto mas refinado por esa parte.

—¡Oh! si me hubieran vdes. visto en esas alegres noches del último carnaval, beber, bailar y besar unos hombros desnudos hasta caer desfallecido por la triple fatiga; si me hubieran visto en esas estrepitosas comidas del café Tortoni y la Rocher de Cancale. ¡Oh! aquello era gozar, dijo Isidoro estremeciéndose al recuerdo de tales delicias.

—¿Y por eso quieres hacernos beber hasta reventar?

—Sí, Enrique, vdes. tres, son tres de mis buenos amigos, y es justo que esta tarde que nos volvemos á encontrar despues de dos años, nos alegrémos hasta . . .

—Hasta la embriaguez, ¿no es verdad?

—Bien dicho, Carlos. hasta la embriaguez.

El mozo trajo lo que se le habia pedido en un enorme azafate.

—¿Ya están preparando el ponche? preguntó Isidoro.

—Sí, señor amo, dentro de un rato estará.

—Bebamos, pues, amigos míos, continuó.

—Bebamos, respondieron en coro los tres elegantes.

(1) El fósforo es una mezcla de café y licor.

—¿Y por qué no has permanecido mas tiempo en Paris?

—Friolera, Cárlos, porque habiendo muerto mi padre, yo tenia que arreglar mis intereses, que de otra manera habrian ido á parar á manos estrañas.

—¿Es decir que te encuentras ahora á la cabeza de un magnífico capital de cien mil pesos lo menos?

—Una cosa así.

—¡Bonito caudal!

—¿Y cuánto has gastado en ese viaje á Paris.

—Alguna cosa, Luis, porque ademas de la mesada que el bueno de mi padre me habia asignado, no pasaban ni tres meses sin que le mandase pedir nuevas cantidades.

—¡Diablo!

—Figúrate, que en los dos años que he permanecido fuera de mi país, he vivido sumergido en toda clase de placeres, he vivido un año en Paris y otro he empleado en viajar.

—¿Por dónde?

—He recorrido casi toda la Francia, despues me embarqué en Marsella para visitar á Nápoles y todos los puertos del Mediterráneo, he atravesado la Italia.

—¿Cuánto has gozado!

—Mucho, Enrique; he paseado en coche con las grisetas y las loretas de Paris; me he reclinado en el hombro de una mujer atravesando en una góndola el canal de Venecia; he caminado por el Pápulo con una romana; he ido en Sevilla á los toros, vestido de majo con una manola linda como un sol; he sureado las ondas del Mississipi solo con una bella cuarterona, en un ligero buquecito de vapor cargado de algodón.

—¿Qué placer!

En este momento el criado trajo el ponche que despedia zulladas llamas é iluminaba con una luz siniestra, como la que se refleja desde su infierno sobre la severa frente del Dante, á los cuatro calaveras, ya medio embriagados por los vapores del licor.

Ya era casi de noche, y el criado encendió un quinqué.

Los jóvenes comenzaron á apurar sendos tragos de ponche.

—¿Y Amparo, qué ha sido de ella? preguntó Cárlos.

Isidoro fingió no haber escuchado.

—¿Qué ha sido de Amparo? volvió á preguntar el joven.

—¿Qué se yo? dijo Isidoro encogiéndose de hombros y apurando un vaso de ponche.

—¡Pobre muchacha! es muy probable que ahora pida limosna, dijo Enrique en cuyo corazon todavia germinaba un resto de sensibilidad y de nobleza.

—Me parece que una vez que he ido al templo de San Fernando para ver á mi Carolina, la he mirado orando en un rincón, dijo Cárlos.

—¿Qué tiempo hará de eso? preguntó Isidoro con indiferencia; pero sin poder ocultar la conmocion que causa en el alma por encallecida que esta sea, un remordimiento.

—Hará seis meses.

—¿Pero la comoses tú acaso?

—Dos veces solamente la he visto, Isidoro, dos veces que tú me la has enseñado ha dos años.

—¿Y dónde vive ahora?

—No sé, puesto que ni tu mismo lo sabes.

Isidoro apoyó la cabeza entre sus manos y pareció sumergirse en una profunda meditacion.

—¡Eh! qué diablos te ha sucedido Isidoro, ¿irias acaso á ponerte triste por esa chicuela? exclamó Enrique.

—No ciertamente, no vale la pena, era bonita, débil, me enamoré de ella, la abandoné.... y terminó la historia, dijo Isidoro.

—Pues bebamos entonces.

—Bebamos

—Por tu salud.

—A la tuya.

—¿Y en qué piensas ocuparte ahora en México?

—Voy á pasar el rato con la linda Eulalia de Guzman, á quien he visitado anoche y á quien he encontrado hermosa, rica, coqueta, incitadora.

—Pues á la pronta conquista de Eulalia, dijo Luis alzando su vaso.

—A la pronta conquista de Eulalia, repitieron sus amigos bebiendo.

Isidoro apuró su vaso.

Los jóvenes habían llegado á ese grado de escitacion, en que se dice esactamente lo que se piensa, en que las ideas amontonadas en el cerebro, se espresan sin orden en atropelladas frases, en que las impresiones llegan á su mayor grado de exageracion, y el hombre, no tomándose la pena de ocul arlas, canta ó llora, segun su naturaleza.

—Hermosa de veras es Eulalia; hace pocas noches la contemplaba yo con delirio en el teatro.

—¡Oh! esa noche estaba divina, exclamó con entusiasmo Luis.

—Y orgullosa como bella, murmuró sentenciosamente Cárlos.

—Con razon lo dices, dijo Enrique.

—Sí; yo he sido uno de los muchos que han pretendido ganar su inespugnable corazon. He empleado dos meses en seguirla al paseo, al teatro, en rondarle la calle, en enviarle perfumados billetes que ni se ha tomado la pena de leer.

—¿Es decir que no has obtenido nada de ella? preguntó Isidoro.

—Nada, absolutamente nada.

—¿Y crees que yo obtenga algo? amigo Cárlos.

—¡Ah! tú es cosa diferente; eres rico, elegante, vienes de Paris, visitas su casa.

—Sin embargo, la rodea una turba de pretendientes y de aduladores y creo muy difícil hacerme notar de ella en ese caos.

—¡Viva el amor! gritó Luis medianamente borracho, arrojando sobre el mármol de la mesa su vaso que se estrelló en mil pedazos.

—Viva el amor, el placer, las buenas mozas, respondió Enrique, que había llegado á igual estado que su amigo.

—Ahora que ya sabemos en lo que se ocupa Isidoro; diga cada uno de nosotros en lo que pasa su tiempo, propuso Cárlos.

—Sí, sí.

—Empieza tú, Cárlos.

—No, que comience Luis.

—Pues yo, dijo Luis apurando un largo trago de ponche, me levanto entre diez y once, salgo á pasearme por las calles de San Francisco, para hacerme peinar y comprar lindas chucheries en casa de Montauriol, vuelvo á casa á las doce y bajo al despacho para ayudar á mi padre en sus cuentas, hasta las tres, á las cinco monto á caballo para correr en Bucareli detrás del coche de Guadalupe; de las siete á las ocho ayudo á mi padre á despachar el correo, y cerca de las nueve me voy al teatro á ver á Guadalupe y conversar con los amigos, retirándome á acostar á la media noche.

Hé aquí mi vida en resúmen.

—Ahora tú, Enrique.

—Me levanto una hora antes que Luis y me dirijo de mala gana á la oficina, de donde no salgo sino hasta las cuatro.

—¡Diablo, cuánto escribes! interrumpió Isidoro.

—Por el contrario, casi todo el dia estoy de ocioso, y como nadie se mete en obligarme á escribir, me llevo á la oficina mis novelas.

—¿Qué libros lees?

—De todo, Cárlos, las novelas de Paul de Kock, y Süe y Dumas, las comedias de Breton, los versos de Estéva que se acaban de publicar.

—¿Y despues?

—Despues, como no tengo un caballo como Luis, no voy á Bucareli, y paso la tarde en la Tercena ó la Alameda, y como no soy rico como Isidoro, no puedo ir todas las noches al teatro; pero las paso muy divertido en una tertulia casera, donde se toca el piano, se canta, se hacen juegos de prendas y lotería, y donde hay el apretoncito de mano por debajo de la mesa, las declaraciones y las citas al oido en el "Tres veces sí y tres veces no," donde se desliza en la mano la cartita en el "Floron anda en las manos," y se va á dejar hasta su casa á la linda visita, tomándola del brazo y adelantando veinte varas á los papás.

Placeres inocentes y que nada cuestan, ya ven vdes., amigos míos, dijo Enrique bebiendo.

—Pues yo, dijo Cárlos, en mi calidad de pasante de abogado, paso el tiempo lo mas lindamente que puedo, bailo, me divierto,

voy á la temporada en San Angel, y solo vengo á México los jueves á la Academia, charlo de política con los políticos, de amor con las damas, de literatura con los poetas, y le he puesto ya la proa para cuando me reciba, á un juzgadito que deja algun dinero.

—Bebamos, porque consiga Cárlos el juzgado, interrumpió Luis.

—Bebamos, respondieron sus amigos.

—Trae otras dos botellas de Champagne, gritó Isidoro al criado.

—¿Y no sabes una historia? dijo Cárlos mirando á Isidoro con esa mirada desvergonzada peculiar del hombre á quien los vapores del vino comienzan á turbar.

—¿Una historia?

—Sí, figúrate que Eulalia tiene un amante.

—¿Un amante? dijo Isidoro sorprendido.

—¡Oh! pero qué amante, es un pobre diablo que como Hoffman es artista y poeta; hace pocos meses le daba lecciones de piano, no sé por qué casualidad, y desde entonces el desdichado se enamoró locamente de ella.

—¿Y Eulalia?

—Después de mucho tiempo de vacilaciones, se atrevió él un día á declararle su atrevido pensamiento, entre suspiro y suspiro.

—¿Pero ella?

—Ella lo agobió con su desprecio, le prohibió volverla á hablar del asunto; mas como el pobre diablo no se curaba de su pasión sin esperanza, se lo dijo ella á D. Febronio su papá, el cual lindamente lo plantó de patitas en la calle.

—¿Y entonces?

—Desde entonces él le ronda la calle, le escribe tiernísimas endechas que se leen en público en el salon de Eulalia, la sigue á todas partes y.....

—¿Vaya un amor! interrumpió Isidoro apurando un vaso de Champagne y soltando una estrepitosa carcajada. ¿Y cómo se llama ese desdichado?

—Víctor..... Víctor Castillo, dijo Cárlos.

—Pues no me inquieta mucho ese rival, murmuró Isidoro.

—Víctor Castillo, ¿seria por ventura hermano de una jóven que se llama Elena? preguntó Luis.

—No sé; pero ¿qué diablos tienes que ver con esa jóven Elena?

—Friolera, Cárlos; figúrate que esa Elena es una pobre muchacha linda como un cielo y á quien he conocido en mi casa, donde suele ir á ver á mi hermana que la da algunas costuras; le he hecho creer que estoy enamorado de ella, y ahora nada menos he escrito una carta en que la invito á abandonar su familia por seguirme.

Y al decir estas palabras, el cínico jóven medio embriagado, se puso á cantar en voz baja una cancion báquica:

Que pasen las horas,

Que pasen ligeras,

Llevándome raudas,

De mi vida al fin.

Si viene la muerte,

Que venga en buena hora,

Bebiendo la espero

En loco festin.

—Entonces, esa Elena es de la familia de Amparo. Clase media, género abundante, ¿no es verdad, Isidoro? dijo Cárlos con espresion de chiste.

Isidoro sin responder volvió á llenar los vasos.

Luis, medio borracho, seguia cantando:

Venid, mis amigos,

Si el vaso es estrecho

De nuevo llenadle

De hirviendo licor.

Mentira es el mundo,

Engaño es la dicha,

Un sueño la gloria,

Fábula el amor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1525 MONTERREY, MEXICO



## II.

## LA CASA DE VECINDAD

En medio del laberinto de callejones que forman el barrio de San Salvador el Verde, hay uno sin salida, cuyos costados son las tápias de unos potreros y cuyo fondo está formado por una casa de vecindad.

Se entra á ella por un zahuan angosto y oscuro, al que continúa un patio pequeño cuyo paso obstruyen los escombros de las columnas que sostenian en otro tiempo el piso superior, que ahora sostienen tres ó cuatro vigas ennegrecidas y apolladas.

En el piso inferior hay de ambos lados algunos cuartos pequeños y oscuros que habitan algunos miserables artesanos.

Al final del patiecito hay una escalera angosta, que espuesta completamente al desamor de la intemperie, se ha destartelado, de modo que se ven las piedras desnudas de su pasamano: se termina por un corredor ancho y bastante largo, hácia el cual dan las cinco puertas de las únicas cinco viviendas que en el piso superior tiene la casa.

Ciertamente no debe esta finca medio arruinada, y situada en uno de los barrios mas solitarios de la ciudad, atraer muchos habitantes ni dar gran producto á su poseedor.

Ahora que ya conocemos un poco la habitacion, pasemos á los habitantes del piso superior.

Hemos dicho, que cinco eran las viviendas colocadas en la misma direccion y con sus puertas dando al corredor.

En la primera habitaba, hacia algun tiempo, una buena mujer, viuda de un honrado militar muerto como un valiente en el campo de matanza de Padierna, víctima inolada en las aras de la libertad de un pueblo desdichado.

Desde la muerte de su marido, la pobre mujer se habia visto obligada á ganar su subsistencia y la de una niña huérfana que habia adoptado, con un trabajo personal, ese trabajo tan improductivo de las infelices obreras, que solo puede darles lo muy preciso para llenar las necesidades animales.

En la vivienda contigua á la que vamos á penetrar, usando nuestro privilegio de novelistas, habitaba un jóven.

Era la mas pequeña de las cinco, puesto que se componia de un solo cuarto, al que estaba adjunto otro pequeñito que estaba destinado para cocina.

Un ventanillo estrecho sin vidriera, daba á un pântano que se hallaba á un lado de la casa.

El aposento no tenia frisos y estaba pintado pobremente de blanco, dejando ver en algunas partes la argamasa.

Los únicos muebles que adornaban tan modesta estancia, consistian en un lecho con cabezal pintado, una mesa de madera blanca, encima de la cual se veian hasta una docena de volúmenes cuidadosamente colocados en hilera, un armario de nogal y dos ó tres sillas con asiento de paja.

La habitaba un jóven.

Se llamaba Gabriel, tenia veinte años y era de una fisonomía y un exterior agradable, resignado y dulce.

Hacia cuatro años que el pobre jóven habia venido á México desde un pueblecillo de la Baja California, para concluir sus estudios de abogado en el colegio de San Idefonso.

Pero muy pocos meses despues de haber abandonado con tan noble intento el pobre hogar doméstico, murió su padre que era un honrado administrador de una hacienda, y su infeliz ma-

dre había quedado espuesta á todo el espantoso desamparo de la miseria.

Por consiguiente, el jóven dejó de recibir la modesta pensión que su padre con mil trabajos le había asignado, y recibió una carta de su tierna madre, en la que le llamaba á su lado para compartir juntos los pesares de la miseria.

Pero Gabriel, en vez de volver al hogar para serle gravoso á su madre, determinó quedarse en México para concluir sus estudios á toda costa y aun procurar enviarla algunos recursos.

Solicitó un lugar de dotación en el colegio de San Ildefonso; pero si su conducta era intachable, no contaba con ninguna clase de recomendaciones, puesto que á nadie conocía en la capital, y no consiguió lo que pedía.

Gabriel tendió una mirada á su alrededor, y se halló solo, sin recursos, sin relaciones, lejos de su país natal; pero determinó no obstante, seguir su carrera y volver al lado de su madre cuando llevándole un título, pudiese hacer cesar su miseria.

Era una de esas naturalezas sufridas y resignadas que mueren sin proferir una queja, que padecen sin perder la esperanza, que oran y esperan.

Buscó trabajo por mucho tiempo inútilmente; por fin, consiguió ser admitido como maestro de frances é ingles, dos idiomas que conocía perfectamente, en un establecimiento particular de niños. Dedicó á este trabajo dos horas diarias y le fué asignada la modesta pensión de veinte pesos.

Realizó los objetos de algún valor que poseía, para comprar los libros que le eran mas necesarios, y fué á habitar el modesto aposento en que ahora lo encontramos.

Se propuso vivir oscuro é ignorado, sin hacer como muchos jóvenes, la pública ostentación de su miseria para mendigar protección.

Logró conseguir trabajo en el estudio de un abogado célebre, que le asignó una pensión de diez pesos por dos horas diarias de escritura.

Por consiguiente, Gabriel, á fin de atender á su estudio y á su subsistencia, dividió sus horas con exactitud, á fin de no desperdiciar un solo momento de aquel tiempo tan precioso.

Dividió igualmente su pensión de la manera siguiente:

Por comida en una pequeña fonda del barrio de Necatitlan, ocho pesos.

Por el aposento que ocupaba, tres pesos.

Destinaba nueve pesos cada mes para ir reuniendo una cantidad con que comprar cuando le eran necesarios, vestidos, libros y algunos otros objetos.

Los diez pesos restantes los enviaba á su infeliz madre para auxiliar en algo su miseria.

Su traje era pobre pero aseado.

Ropa blanca siempre limpia, levita, chaleco y pantalon de paño sencillo, calzado cuidadosamente limpiado del polvo que debía cojer en los barrios por los que el jóven transitaba.

Un niño de diez años, hijo de una infeliz familia de la vecindad del piso inferior, se había destinado á su servicio, por un peso que Gabriel le regalaba cada mes.

Se levantaba al rayar el día, arreglaba por sí mismo su lecho, limpiaba su calzado y sus vestidos y pasaba dos horas estudiando sin descanso. Despues de haber tomado el frugal desayuno, se dirigia á la cátedra para escuchar las sábias lecciones del profesor Morales, cuyo nombre se ha hecho célebre en México, bajo el seudónimo de "El gallo Pitagórico."

El resto del día lo pasaba Gabriel en su lección de idiomas y en el estudio del abogado, volviendo á su pobre y aislada habitación casi al declinar la tarde.

Las horas de la noche las empleaba en estudiar y en meditar.

¿Que pensaba el abandonado jóven, en esas largas horas de fatiga, de aislamiento y de contemplación?

Pensaba en su madre, en su porvenir, en su país y acaso se entregaba á la dulce vaguedad de un sentimiento nuevo para él.

Hemos dicho que la viuda que habitaba la vivienda contigua, había adoptado hacia algun tiempo, á una huérfana.

Esta huérfana, era una jóven de catorce años que se llamaba Guadalupe.

Era una niña hermosa, modesta, con una fisonomía dulce y resignada como la de un ángel, con unos ojos azules vueltos

naturalmente hacía el cielo, como para implorar á la Providencia al contemplar su desamparo en el mundo.

Cantaba con un acento quejoso y melancólico como el de un arcángel, acompañándose con un pequeño clavicordio que la señora Paula habia escapado á toda costa de la venta de su menaje de otros dias, porque habia puesto todo su cariño en la pobre niña que habia adoptado.

Guadalupe, hija de un honrado militar muerto en 1847 por el cañon extranjero que convertia en escombros la heroica ciudad de Veracruz, habia pasado su infancia en un convento y tenia por consiguiente su carácter mucho de ese misticismo que la soledad, la contemplacion y la fruicion, hacen nacer.

A la edad de once años fué llevada á la casa de la señora Paula, y allí continuó su misma vida apacible de recogimiento y meditacion.

Dos años despues fué á habitar el aposento contiguo, el jóven Gabriel.

Como vecino, algunas noches solia visitar á la señora Paula, se entretenian los tres conversando ó leyendo algunos de los libros que un compañero suyo bastante rico le prestaba.

Uno de esos libros fué un volúmen en el que se contenian las *Confidencias*, el *Rafael* y el *Jocelyn* de Lamartine, es decir, las mejores obras de ese poeta del hogar doméstico, que ha sabido combinar tan bien el amor con la religion, y llenar de una contagiosa poesia las escenas mas vulgares de la vida.

Los tres se sentaban al rededor de una mesita.

La señora Paula tomaba su labor, Guadalupe escuchaba con todo su alma, pendiente, por decirlo así, de los lábios del jóven.

El rostro de Gabriel naturalmente hermoso, se ennoblecia y se dulcificaba al recitar traduciendo con un acento lleno, armonioso, suave y vibrador, esa sublime prosa de Lamartine que parece poesia y esa poesia fácil de comprender como la prosa.

Guadalupe hizo á Gabriel leer dos ó tres veces esos libros y se abismó en ese oceano de sentimiento, de misterio, de misticismo, de amor, de religion que inunda el alma de Lucy, de Graziella, de Julia y de Lorenza.

¿Se amaban acaso estos jóvenes que la vecindad y la semejanza de caracteres reunian?

No sabemos si se puede llamar ya amor, á esa amistad tierna, silenciosa, resignada.

Si tal amor existia, los jóvenes sin embargo no habian dicho ni una sola palabra que revelara ese dulce fuego de la juventud.

El se veia pobre y abandonado; ella huérfana infeliz en el mar del mundo.

Por consiguiente, aquel amor silencioso, que por nada se traducia, era una resignacion, una ilusion, tal vez una esperanza.

Aquel amor no tenia presente, tenia porvenir, si es que existia en el fondo del corazon.

En el tercer cuarto habitaba, hacia poco tiempo, una jóven, que por sus maneras y su traje aseado, aunque modesto, revelaba que solo la miseria podia haberla obligado á vivir en tan aislada habitacion.

Era una jóven de veinte años, pálida, delgada, con una fisonomía doliente, con una estatura graciosa, con una hermosura perfecta, meditativa, espiritual, hermosura impresa por intuicion en cada rasgo de su fisonomía; en la mirada triste, cubierta por un velo de lágrimas, en la frente pálida como de marfil, en la boca pequeña que se entreabre por una sonrisa de dolor, en la estatura nerviosa y delicada como la de la sensitiva.

Estaba vestida pobremente de luto, con un vestido de lana y una mascarada de seda.

Los vecinos por una casualidad, sabian que se llamaba Amparo, pues nunca salia de su cuarto, á escepcion de una ó dos veces cada semana que iba á entregar las labores en que se ocupaba todas las horas del dia y parte de las de la noche.

Su cuarto permanecia cerrado siempre y solo penetraba en él una pobre mujer de la vecindad, consignada á su servicio.

Por otra parte, la jóven parecia vivir tranquila en una casa cuyos habitantes buenos y apacibles no vigilaban ó comentaban su conducta.

Les saludaba con su cuanto triste, dulce sonrisa, siempre que salia ó entraba; pero nunca entablaba con ellos conversacion,

porque parecia tener vergüenza ó timidez, delante de aquellas buenas gentes.

¿No sé qué se experimentaba, al contemplar aquella jóven tan hermosa, tan pálida, tan doliente, vestida de luto, huérfana abandonada en el mar borrascoso de la vida.

Era un sentimiento de compasion, de tierna amistad, hacía aquel sér tan desgraciado.

¿Qué podia haberla reducido á tan triste situacion, cuando á primera vista se conocia que nunca habia vivido en medio de tan espantosa miseria?

¿Cómo habia quedado huérfana tan jóven aún?

¿De dónde habia venido?

Solo el Cristo colocado encima de su lecho, ante el que oraba de rodillas con lágrimas y suspiros, podia saberlo.

En el cuarto aposento habitaba desde hacia un mes, un jóven de veinticinco años.

Era alto, pálido, con una fisonomía interesante y distinguida: estaba vestido sencillamente de negro.

Guardaba la misma reserva que Amparo, y lo mismo que ella, parecia deseoso de huir del mundo y vivir algun tiempo ignorado en su retiro.

Se sabia que era médico, porque una noche que un pobre hombre de la vecindad se moria sin recursos y sin ausilios, presa de uno de esos ataques fulminantes de apoplejía tan inmediatamente mortales, él, que á la sazón llegaba de la calle, se ofreció á curarlo dándole una abundante sangría que en el acto produjo un gran alivio, y le siguió asistiendo durante algunos dias, hasta su completo restablecimiento.

Como es de suponerse, no habia recibido ninguna retribucion, antes por el contrario, habia dado á la pobre familia cuanto habia necesitado para las medicinas.

Se llamaba Roman.

Hijo de una familia acomodada de Veracruz, desde la edad de quince años habia partido á Europa para hacer sus estudios de médico; pero en los diez años que permaneció en Paris, acabaron completamente por la muerte sus pocos parientes, y al recibir su título, supo la muerte de su padre.

Se apresuró á volver á su patria para arreglar los pocos intereses con que contaba; pero se encontró con que éstos eran disputados por acreedores, y en vez de seguir un pleito para el que no tenia medios, se resolvió á venir á México para solicitar el empleo de médico de la marina.

Pero habia pasado un mes sin que Roman hubiera podido conseguir lo que solicitaba.

¿Quién sabe por qué razon causa tanta lástima y tanto respeto un médico jóven, que iniciado en los secretos mas profundos del corazon humano, está sin embargo espuesto á la calumnia ó al menosprecio del vulgo!

Hacia diez años que Roman estudiaba sin cesar su profesion. Alumno del Hotel-Dieu, habia seguido con asiduidad y constancia la clínica de los maestros mas célebres de la facultad de Paris, observando siempre y no dejándose arrastrar jamas de las exajeraciones teóricas que han dividido en dos sistemas la medicina europea.

No era un anatomista que veia en el hombre una máquina que se mueve por sí sola, era un médico, era un fisiologista, que creia que cada hombre tiene una alma y lo mismo que con sus medicinas alivia los padecimientos fisicos, con sus consejos y palabras de consuelo curaba las llagas del alma.

Aquella frente pálida por el estudio, aquellos ojos hundidos por las vigiliass, aquella boca recojida por la meditacion, daban al rostro del jóven un aspecto de nobleza y de triste ciencia de la vida.

Parecia que su pasado habia arrojado una sombra de amargura sobre su presente.

Finalmente, en el último aposento que formaba el fondo del corredor, habitaba una desdichada familia.

Componíase, de un anciano militar, que despues de haber pasado su juventud en el campo del honor, formando parte de ese ejército del Norte, el verdadero ejército de México, que simulando una procesion de sangre atravesó varias veces los abrasados desiertos de Tejas y el Potosí, para defender la integridad del territorio nacional, habia quedado parálítico á consecuencia de las heridas recibidas tantas veces, y medio loco al

verse lanzado por el gobierno al espantoso abismo de la miseria, lo cual facilmente se comprenderá al saber que el capitán Castillo, este es el nombre del anciano, en cuarenta años que habia permanecido en el servicio, jamas se habia pronunciado.

De una pobre mujer, su esposa, una de esas mujeres, ejemplo de fidelidad, de resignacion y de todas las virtudes domésticas.

De dos niños, sus hijos, el mayor de los cuales contaria diez años solamente.

De una hermosa niña de diez y ocho años que se llamaba Elena.

Y de un jóven de veinticinco años, el hijo mayor, que trabajando doce horas diarias, apenas podia ganar lo suficiente para atender á las necesidades primeras de su familia.

Víctor, este era su nombre, no habia podido seguir una carrera literaria, puesto que su infancia y su primera juventud se habian pasado en las aldeas miserables de la frontera, donde su padre que formaba parte de las compañías presidiales, habia sido destinado; pero habia recibido del cielo un don, que se parece sin embargo mucho á un castigo del infierno, el don de la poesia.

Era ademas artista, artista distinguido.

De manera que el pobre jóven, habiendo nacido poeta, y habiéndose formado artista casi por sí solo, vendia su talento como una prenda inútil, ya arreglando dramas y comedias al teatro mexicano, ya traduciendo novelas para los folletines de los periódicos, ya dando lecciones de piano; comedias, traducciones y lecciones que se le pagaban demasiado mal.

Ultimamente, á los pesares de la miseria habia venido á unirse un nuevo dolor intenso, profundo.

Víctor habia concebido una pasión ardiente, fija, sin límites, por una jóven de la alta aristocracia, Eulalia de Guzman, á quien en un tiempo habia dado lecciones de piano.

Pero segun hemos oído de los labios de Carlos, el desdichado Víctor habia sido arrojado de su casa.

¡Cuánta humillacion! ¡qué pesar tan hondo, tan espantoso!

¡Ser arrojado como un lacayo de la casa de la mujer que se ama!

## III.

## LA MUSICA Y EL ALMA.

Una noche, oyó Roman, el jóven médico, gemidos de dolor en el contiguo aposento de Amparo.

Inmediatamente corrió á prestarle algun auxilio.

Pero en la puerta se detuvo, pensando si debia penetrar en la habitacion de la jóven.

Sin embargo, los gemidos se hacian cada vez mas dolorosos y Roman Penetró en el cuarto.

En un rincon de la estancia, estaba Amparo tendida sobre su lecho, con el rostro descompuesto por el dolor, con la mirada apagada por el sufrimiento.

Una lámpara alumbraba débilmente esta escena.

—¿Está vd. enferma, señorita? dijo Roman con emocion acercándose respetuosamente al lecho.

La jóven no respondió, porque la contraccion de sus mandíbulas la impedia hablar.

Roman acercó la lámpara, tomó entre sus manos la mano helada de la jóven, levantó con su dedo el párpado para contemplar la dilatacion de la pupila y la llamó por su nombre.

verse lanzado por el gobierno al espantoso abismo de la miseria, lo cual facilmente se comprenderá al saber que el capitán Castillo, este es el nombre del anciano, en cuarenta años que habia permanecido en el servicio, jamas se habia pronunciado.

De una pobre mujer, su esposa, una de esas mujeres, ejemplo de fidelidad, de resignacion y de todas las virtudes domésticas.

De dos niños, sus hijos, el mayor de los cuales contaria diez años solamente.

De una hermosa niña de diez y ocho años que se llamaba Elena.

Y de un jóven de veinticinco años, el hijo mayor, que trabajando doce horas diarias, apenas podia ganar lo suficiente para atender á las necesidades primeras de su familia.

Víctor, este era su nombre, no habia podido seguir una carrera literaria, puesto que su infancia y su primera juventud se habian pasado en las aldeas miserables de la frontera, donde su padre que formaba parte de las compañías presidiales, habia sido destinado; pero habia recibido del cielo un don, que se parece sin embargo mucho á un castigo del infierno, el don de la poesia.

Era ademas artista, artista distinguido.

De manera que el pobre jóven, habiendo nacido poeta, y habiéndose formado artista casi por sí solo, vendia su talento como una prenda inútil, ya arreglando dramas y comedias al teatro mexicano, ya traduciendo novelas para los folletines de los periódicos, ya dando lecciones de piano; comedias, traducciones y lecciones que se le pagaban demasiado mal.

Ultimamente, á los pesares de la miseria habia venido á unirse un nuevo dolor intenso, profundo.

Víctor habia concebido una pasión ardiente, fija, sin límites, por una jóven de la alta aristocracia, Eulalia de Guzman, á quien en un tiempo habia dado lecciones de piano.

Pero segun hemos oído de los labios de Carlos, el desdichado Víctor habia sido arrojado de su casa.

¡Cuánta humillacion! ¡qué pesar tan hondo, tan espantoso!

¡Ser arrojado como un lacayo de la casa de la mujer que se ama!

## III.

## LA MUSICA Y EL ALMA.

Una noche, oyó Roman, el jóven médico, gemidos de dolor en el contiguo aposento de Amparo.

Inmediatamente corrió á prestarle algun auxilio.

Pero en la puerta se detuvo, pensando si debia penetrar en la habitacion de la jóven.

Sin embargo, los gemidos se hacian cada vez mas dolorosos y Roman Penetró en el cuarto.

En un rincon de la estancia, estaba Amparo tendida sobre su lecho, con el rostro descompuesto por el dolor, con la mirada apagada por el sufrimiento.

Una lámpara alumbraba débilmente esta escena.

—¿Está vd. enferma, señorita? dijo Roman con emocion acercándose respetuosamente al lecho.

La jóven no respondió, porque la contraccion de sus mandíbulas la impedia hablar.

Roman acercó la lámpara, tomó entre sus manos la mano helada de la jóven, levantó con su dedo el párpado para contemplar la dilatacion de la pupila y la llamó por su nombre.

Pero Amparo no daba otras muestras de vida, que el sufrimiento impreso en su fisonomía, y un ligero estremecimiento nervioso, que agitaba su cuerpo por intermitencias.

De vez en cuando se escapaba también de su oprimido pecho un gemido de dolor.

Roman levantó uno de sus pálidos brazos; pero éste volvió á caer pesadamente sobre el lecho sin dar muestras de contracción.

Los músculos del otro brazo estaban rígidamente tendidos como en un acceso tetánico.

El joven aplicó el oído sobre el casto seno de Amparo para escuchar las palpitaciones del corazón, éste, lo mismo que el pulso, latía muy débilmente.

A pesar de que era muy cerca de media noche, Roman corrió á llamar al cuarto de la señora Paula para informarla de lo que pasaba y suplicarle le ayudase á atender á la joven.

La señora Paula y Guadalupe se levantaron inmediatamente.

Roman entretanto, tomó en su aposento algunos frascos que contenían líquidos de diverso color y se dirigió precipitadamente al de Amparo.

La joven continuaba inmóvil sobre su lecho.

La señora Paula y Guadalupe la contemplaban con triste admiración.

Roman destapó cuidadosamente un frasquillo, empapó con el líquido que contenía un pañuelo de seda y lo acercó al rostro de Amparo.

Esta no dió mas señales de vida, que un ligero estremecimiento y un débil quejido.

Frotó Roman varias veces con otro líquido las sienes, el nevado cuello y los pálidos brazos de la joven; la piel se enrojeció en los puntos que habían estado en contacto con el licor estimulante; pero la joven no hizo ninguna señal de dolor.

Hizo Roman que la señora Paula y Guadalupe frotasen todo el cuerpo helado de Amparo con el mismo líquido, mientras que él entreabría sus pálidos labios para hacerle tragar algunas gotas de un licor rojizo que en otro frasco se contenía.

Pero pasó media hora sin que Amparo diese otras señales de

vida que un sollozo que levantó trabajosamente la tabla anterior de su pecho y algunos movimientos convulsivos que de vez en cuando hacían agitar sus miembros.

Guadalupe, siguiendo ese impulso natural de la juventud que inmediatamente simpatiza con la juventud, se había arrodillado al borde de el lecho y calentaba entre sus manos cubriéndolas de besos, las heladas de Amparo.

La señora Paula seguía frotando con el líquido su cuerpo.

Roman, de pié cerca del lecho, con los brazos cruzados, con el rostro mas pálido que de costumbre, con la mirada fija, observaba y meditaba.

Pasó otra media hora sin que Amparo volviese á la vida.

—Mire vd., señora, dijo Roman á la señora Paula al cabo de un rato; he hecho ya lo que cualquier otro médico hubiera hecho en este caso; pero puesto que esa joven no vuelve en sí y continúa en ese estado funesto, voy á probar un último medio, para el cual pido su ayuda de vd.

—Ordene vd., señor, que estoy dispuesta á obedecerle con mucho gusto.

—He oído algunas veces sonar un piano en su aposento de vd., y creo que ésta joven lo toca, dijo Roman señalando á Guadalupe.

—Sí señor, es un piano pequeño en que toca mi hija Guadalupe.

—¿Querria vd. que le trasportásemos á este aposento?

—¿Traerle aquí? sí señor... pero no comprendo...

—Mire vd., señora, dijo Roman con grave acento; si uno de esos médicos, que acostumbrados á luchar constantemente con el cuerpo, niegan á el alma toda influencia en las enfermedades, supiese lo que voy á hacer, seguramente que se burlaría de mí, ó me tomaría por un charlatan; pero vd. que es buena, vd. que por lo mismo que ignora la ciencia, no se deja arrastrar por teorías que solo prueban erudición, pero no práctica; vd., en fin, que acaso es desgraciada, me comprenderá lo que voy á decirle.

Está vd. mirando que esa joven padece un ataque nervioso y no debe ignorar que ninguna causa es mas directa y mas activa

para producir las afecciones nerviosas, que las impresiones morales fuertes, los pesares, las amarguras del corazón.

—Solo desde que soy desgraciada en el mundo, he padecido esa clase de enfermedades, dijo con tristeza la señora Paula.

—Pues bien, habrá vd. visto así misma, que los médicos, encaprichados en negar la influencia del alma, curan solamente el cuerpo, con medicinas que acaban por destruirlo.

—¡Es una triste verdad!

—¿Por qué no curar el alma, cuando se está mirando claramente su influencia sobre el cuerpo?.....

En una ciencia en que se camina á tientas, ningun medio que se emplee es malo; en la naturaleza nada hay de mentiroso.

¿Quién puede negar la influencia sobre las organizaciones nerviosas de cierta clase de medios estraños morales y físicos, como los consuelos, el amor, la música.

¡Pues bien! despues de haber empleado los medios físicos, voy á emplear los morales, despues de obrar sobre el cuerpo con medicinas, voy á obrar sobre el alma con la música.

¿Me comprende vd?

—Perfectamente, señor, y si vd. faltase de aquí en este momento, yo misma haria segun acaba de decir, respondió la señora Paula.

—Gracias, señora, creo que nos hemos comprendido.

Como vd. está mirando, soy un médico oscuro, á quien nadie conoce aún; pero á pesar de que soy tan jóven, he estudiado mucho y he visto en Alemania emplear por sábios médicos de la escuela de Hufeland, contra las afecciones nerviosas, el agente que ahora voy á usar; he visto la música del órgano de la capilla contigua á una sala de un hospital de Paris, hacer cesar instantáneamente por una casualidad, una afeccion nerviosa terrible que se llama *eclampsia* y que atacaba á una infeliz mujer: he visto en un hospital de mujeres dementes en la Suiza, hacer volver la razon á una desdichada tocándole en el clavicordio los aires de su país natal.

Un dia, pasando por una posada en la frontera de Saboya, ví á un infeliz hombre que se retorcia con las convulsiones de la epilepsia; pregunté cuanto le duraban los ataques, y me respon-

dieron que media hora. Volvia á la sazón de Chambéry de una fiesta religiosa la música de Ancessy, y los músicos entraron á la posada para tomar descanso; híceles tocar una pieza, y no habian pasado tres minutos, cuando el hombre se levantó bueno á pesar de que acababa de comenzarle el ataque.

¿Quién podria negar la influencia de este agente en una enfermedad que resiste á cuantos medios se han empleado para combatirla?

Habia tal acento de sencilla verdad en las palabras del jóven médico, su rostro pálido, triste y meditativo respiraba tal aire de profunda ciencia de la vida, que la señora Paula le escuchaba con respetuosa admiracion y la misma Guadalupe habia apartado sus ojos del rostro dormido de Amparo para fijarlos con silenciosa mirada en el de Roman.

La lámpara iluminaba débilmente esta escena.

Fuera de la habitacion el viento se estrellaba contra las vidrieras y la atmósfera cargada de electricidad, era iluminada siniestramente de vez en cuando por un fugitivo relámpago como si estuviese próxima á estallar una tempestad.

—Vamos á trasportar aquí el piano, dijo al cabo de un rato la señora Paula; tú, hija mia, permanece al lado de la enferma mientras que el señor, Gabriel, á quien voy á despertar, y yo, le traemos muy fácilmente, porque es demasiado pequeño.

Guadalupe permaneciò al lado de Amparo.

La señora Paula y Roman salieron fuera de la habitacion.

El viento seguia sollozando y las nubes cargadas y negras se entreabrian para dar paso á los relámpagos, la tempestad rugia solamente en lontananza.

No fué necesario llamar á Gabriel, porque éste habia despertado al ruido y se hallaba á la puerta de su aposento.

En un instante fué informado de lo que pasaba.

El piano fué trasportado á la habitacion de Amparo.

Esta seguia tendida sin dar muestras de sentimiento.

—¿Qué toca vd., señorita? preguntó Roman á Guadalupe.

—Muy poco, señor, casi nada, respondió ésta ruborizándose.

—¿Podria vd. repetir esta noche un trozo de esas melodías

alemanas que ayer en la tarde tocaba; melodías de Beethoven ó Thalberg, según creo.

La música italiana es el idioma del amor y la poesía, la música francesa el del entusiasmo; pero la música alemana es la música del alma, la que hace vibrar las cuerdas del corazón, el idioma del sentimiento.

Una, debe escucharse en los jardines ó en el hogar, la otra en los campos de batalla ó los salones; pero la última en todas partes, porque en todas partes hay sufrimiento y donde quiera que resuene encontrará eco en los corazones.

Guadalupe se acercó al piano.

La tempestad se había desatado; gruesos goterones azotaban la única vidriera del pobre aposento, el cielo había abierto sus cataratas para lanzarlas á la tierra, y el trueno rugía sordamente, produciendo este triple ruido un eco triste y lúgubre en el interior de la estancia.

Guadalupe, con su mirada dulce, con su aire hermoso de modesta tristeza, comenzó á hacer gemir el teclado con esas fantásticas y sentimentales melodías alemanas impregnadas de mística poesía y contagioso dolor, por decirlo así.

Era una de esas melodías que sus autores han compuesto en una noche de fiebre, con la imaginación llena de luz y que parecen formadas de los sollozos de un corazón que desgarró el pesar del primer suspiro del primer amor, del acento de una mujer querida, de la última despedida de un moribundo, según resuenan en nuestro corazón, sin pasar por los oídos.

¿Qué será la música que al escucharla se nos llenan los ojos de lágrimas, se nos escapan los suspiros del pecho, y una corriente que produce una sensación extraña circula por nuestro cuerpo?

Hay músicas que despiertan recuerdos, sea porque las háyamos escuchado en otro tiempo, sea porque al escucharlas, miremos hácia nuestro pasado y contemplemos nuestra infancia, nuestro país natal, nuestra madre, nuestra juventud corriendo en común con la de una mujer que arrebató la tumba ó que nos engañó, y que de ambas maneras ha muerto, sea para el mundo, sea para nuestro corazón.

Músicas hay que hacen renacer en nuestra alma las muertas ilusiones, el entusiasmo, los nobles sentimientos, la alegría.

Era un espectáculo interesante el que presentaban los personajes que ocupaban la estancia.

Una joven apenas en la flor de la juventud y ya desgraciada, víctima ahora de una extraña enfermedad.

Una joven, apenas entrado también en la juventud y ya iniciado en todos los secretos de la ciencia, en todos los dolores ocultos de la vida, de pie cerca del lecho, teniendo entre sus manos las de la enferma, para observar en el pulso el estado del corazón.

Una niña casi, huérfana, hermosa y resignada, haciendo resonar tristemente el teclado bajo sus manos, iluminada con su inspiración de artista,

Un joven, ejemplo de la honradez, del trabajo, de la constancia, de pie cerca del piano, contemplando con aire de pasión el rostro de la niña y suspirando en silencio al verla.

Una mujer ya entrada en la edad de la reflexión, modelo de la virtud y la resignación.

Cinco criaturas humanas, perteneciendo en el rango social á la clase media, ejemplo de todas las virtudes y nobles instintos.

La música seguía sonando, medio apagada por el ruido de la tempestad.

Amparo continuó inmóvil primero.

Al cabo de diez minutos, la convulsión que la agitaba por intermitencias se hizo continua.

Después cesó.

Sus labios se entreabrieron por una triste sonrisa, á su rostro pálido afluyó coloreándole la sangre y su pecho oprimido exhaló un débil suspiro.

Luego abrió lentamente los ojos y los paseó asorada por la estancia.

—Se ha salvado, murmuró Roman, que seguía con ansiedad sus movimientos.

Al acento de esta voz, Amparo pareció despertar completamente de su peligroso letargo, porque se volvió hácia el lugar

de donde habia venido y se incorporó trabajosamente sobre el lecho, preguntando con débil acento:

—¿Dónde estoy?

—Con nosotros, señorita, respondió Roman.

—¿Qué ha pasado?..... mas, ¡ah! ya recuerdo, continuó Amparo recorriendo con miradas de asombro á las personas que las rodeaban.

—Ha estado vd. mala y hemos acudido á socorrerla, dijo la señora Paula.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! exclamó con acento de tierna gratitud Amparo.

Guadalupe habia cesado de tocar y se habia acercado al lecho.

—¿Y hace mucho tiempo que padece vd. esta clase de ataques? preguntó al cabo de un rato Roman.

—Hace tres años solamente; pero los dos últimos que he tenido me han durado mas de cuatro horas.

Y al decir estas palabras, Amparo, como herida por un recuerdo, se echó sollozando en los brazos de Guadalupe.

¡Bueno! murmuró Roman; este llanto la ha aliviado completamente.

## IV.

## AMOR SILENCIOSO.

Desde esta vez, una dulce intimidad comenzó á reinare ntre los vecinos.

Amparo al ver las atenciones de que era objeto y la franca benevolencia de las buenas gentes que la rodeaban, parecia haber perdido algo de su timidez y su vergüenza.

Roman asimismo solia visitar algunas veces á la señora Paula, y á pesar del velo de profunda melancolía que parecia envolver su existencia como con un paño mortuorio, se entretenia con la inocencia de Guadalupe y las esperanzas de Gabriel.

Con respecto á Amparo, no es muy fácil decir la especie de sentimiento que el jóven experimentaba.

Pero aquella semejanza de carácter, aquel aislamiento comun, aquella triste hermosura de Amparo, su aire de melancolía, su vida de misterio, debian hacer despertar en el corazon de Roman un sentimiento nuevo, un deseo vago de comunion de almas, una especie de simpatía tierna hácia aquella jóven que vivia casi á su lado.

de donde habia venido y se incorporó trabajosamente sobre el lecho, preguntando con débil acento:

—¿Dónde estoy?

—Con nosotros, señorita, respondió Roman.

—¿Qué ha pasado?..... mas, ¡ah! ya recuerdo, continuó Amparo recorriendo con miradas de asombro á las personas que las rodeaban.

—Ha estado vd. mala y hemos acudido á socorrerla, dijo la señora Paula.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! exclamó con acento de tierna gratitud Amparo.

Guadalupe habia cesado de tocar y se habia acercado al lecho.

—¿Y hace mucho tiempo que padece vd. esta clase de ataques? preguntó al cabo de un rato Roman.

—Hace tres años solamente; pero los dos últimos que he tenido me han durado mas de cuatro horas.

Y al decir estas palabras, Amparo, como herida por un recuerdo, se echó sollozando en los brazos de Guadalupe.

¡Bueno! murmuró Roman; este llanto la ha aliviado completamente.

## IV.

## AMOR SILENCIOSO.

Desde esta vez, una dulce intimidad comenzó á reinare ntre los vecinos.

Amparo al ver las atenciones de que era objeto y la franca benevolencia de las buenas gentes que la rodeaban, parecia haber perdido algo de su timidez y su vergüenza.

Roman asimismo solia visitar algunas veces á la señora Paula, y á pesar del velo de profunda melancolía que parecia envolver su existencia como con un paño mortuorio, se entretenia con la inocencia de Guadalupe y las esperanzas de Gabriel.

Con respecto á Amparo, no es muy fácil decir la especie de sentimiento que el jóven experimentaba.

Pero aquella semejanza de carácter, aquel aislamiento comun, aquella triste hermosura de Amparo, su aire de melancolía, su vida de misterio, debian hacer despertar en el corazon de Roman un sentimiento nuevo, un deseo vago de comunion de almas, una especie de simpatía tierna hácia aquella jóven que vivia casi á su lado.

¿Pero qué podría ofrecerla él pobre médico, aislado en medio de una gran ciudad donde nadie le conocía?

Era en otra escala un sentimiento muy semejante al que Gabriel experimentaba con respecto á Guadalupe.

Hemos dicho que los vecinos se reunian algunas noches en el aposento de la señora Paula.

Allí, seguían una conversacion sencilla ó escuchaban de los labios de Gabriel la música de las estrofas que forman las leyendas de Zorrilla, ese sublime poeta de la imaginacion, ó los cantos de Espronceda, ese génio que ha sabido llenar de una contagiosa poesía el mismo cansancio y hastío de la vida.

Estas estrofas, impregnadas de amor y de sentimiento, recitadas por un acento varonil y modulado, llenaban de un místico recogimiento á los jóvenes.

Amparo escuchaba con la cabeza inclinada hácia la tierra.

Guadalupe recibia con avidez esas primeras impresiones.

Roman meditaba.

Así pasaron dos meses.

Algunos domingos, Roman solia invitar á sus vecinos para un paseo á fin de respirar en el campo otro aire que el infecto que respiraban toda la semana.

Amparo algunas veces se escusaba á acompañarles ó lo hacia con su tristeza habitual, sin que las hermosas perspectivas que contemplaban la distrajesen un instante de su profunda melancolía.

A las nueve montaban en un coche de la gran plaza y se dirigian, ya por la ribera de San Cosme hácia esos hermosos pueblecitos de Popotla y los Remedios y esas llanuras de la Escuela de Artes, ya por las calzadas de la Verónica ó Anzures á Tacubaya, Mixcoac, San Angel, ya por Peralvillo á la estéril pero poética villa de Guadalupe.

Otras veces salian por la garita de San Lázaro, y en la ribera de los lagos que forman de ambos lados un espejo para mirar su calva frente al severo y romancesco Peñon, tomaban una canoa y se dejaban llevar sobre la azul superficie de las aguas y acariciados por la húmeda brisa, á los graciosos pueblecitos de la

ribera, que cual nueva Vénus parecen estar naciendo de un oceano de flores.

En estos largos paseos, el alma de aquellos buenos amigos se llenaba de una suave alegría y de un tierno reconocimiento.

¿No era en efecto una felicidad, despues de una semana de rudo trabajo, de privaciones, de existencia en medio de una atmósfera viciada, respirar esa brisa pura y aromada que suspira en el sin par valle de México, contemplar esas perspectivas que parecen cuadros salidos del pincel de Dios, sentirse bajo la bóveda de un cielo siempre azul, siempre sereno, siempre fúlgido; hallarse, en fin, en el punto que hubiérase podido escoger para mirar desde el cielo, hácia la tierra?

La señora Paula escogia sus mejores vestidos.

Guadalupe se engalanaba con un vestido de merino azul oscuro perfectamente arreglado á su cuerpo y que hacia resaltar mas sus formas delicadas y un tapalo de merino tambien, escarlata en cuyo fondo se destacaba su rostro hermoso, aunque algo pálido por las privaciones y coronado por sus suaves cabellos castaños.

Amparo solo trocaba su vestido de luto por otro del mismo color, mas nuevo.

¿Quién sabe qué triste conmocion se experimentaba al verla con su rostro tan hermoso, tan pálido, tan perfecto, surcado por algunas venas delgadas y azules que daban á su fisonomía ese aspecto de languidez particular á las personas en quienes domina el temperamento nervioso-linfático, con su cuerpo gracioso, flexible, delicado como el tallo de esa flor que se llama amapola, tan débil y á ese paso tan ajada por la intemperie, triste en medio de la dulce alegría que la rodeaba, meditativa y silenciosa en medio de la tierna expansion de sus amigos, como atormentada por un secreto, como sintiendo en su corazon lastimado el torcedor de un recuerdo dolorosísimo.

Roman, el pobre médico, la contemplaba en silencio, no osando profanar con la revelacion de su amor sin esperanza, el santuario de su misterio, la amargura de su dolor, sintiendo un tierno respeto hácia aquella jóven, que tan semejante á él, ha-

cia el viaje de la vida impelida hácia la tumba por la voz secreta de un pasado de infortunio.

Hay en efecto cierta clase de mujeres, que sea por el fondo de su carácter, sea por lo doliente de su historia, inspiran al corazón un noble respeto como si fueran santas y á quienes nadie, ni aun los mismos jóvenes impuros y prostituidos como Isidoro el que hemos visto al principio de esta historia, se atreverían á profanar.

Amparo era una de estas mujeres.

Volvían á la ciudad al caer la tarde, y sin conocerlo sentían oprimirse su corazón al dejar tras de sí aquellas hermosas perspectivas que por algunas horas les habían mentido una felicidad que nunca es verdadera en la clase media de la sociedad á que pertenecían; porque esa clase, siendo honrada, es virtuosa y siendo virtuosa, tiene que llevar una vida de abnegación y martirio, porque esa clase colocada entre la alta y el pueblo, no tiene los placeres de la primera, teniendo sus aspiraciones y sufre los dolores de la segunda sin tener su ignorancia.

Una de esas pobres mujeres no anhela llevar los diamantes con que se engalana la aristocracia; pero tampoco puede dejar sus miembros desnudos como el pueblo, y para poder llevar un vestido tiene que comprarlo á costa de su vida casi.

Porque nada está mas mal recompensado que el trabajo de la clase media.

El pueblo, teniendo pocas necesidades diferentes que las animales, puede satisfacerlas con el producto de su trabajo; pero la clase media, sin tener la prodigalidad de la aristocracia, tiene casi sus mismas necesidades, y gana con su trabajo muy poco mas que el pueblo.

Decidlo, si no, vosotras, desdichadas jóvenes, recordad cuando con el producto de vuestro trabajo que solo llegaba á medio peso, teniais que alimentar á una madre enferma, á unos hermanos pequeños, que alargaban la mano pidiendo pan, mientras trabajais doce horas con la aguja.

Recordad vosotros, pobres jóvenes, aquella época en que erais el sostén de vuestra viuda madre y de vuestros desvalidos pa-

rientes, al mismo tiempo que seguiais una carrera que tambien os causaba gastos.

Y sin embargo, á pesar del mezquino sueldo que ganabais por respetar vuestra educacion y las exigencias sociales, teniais que habitar una casa pobre, pero en segundo piso; era necesario comprar un tápalo para vuestra madre, un vestido para vuestra hermana, ropa blanca para los niños; vosotros mismos teniais que llevar un sombrero, un frac, pantalon y calzado, lo mismo que el joven rico, y para llenar esas exigencias sociales, teniais tal vez con frecuencia que privaros casi de alimento.

Porque esto vosotros solo lo sabiais; mientras que si os hubierais presentado en la oficina ó en el almacén donde trabajabais, con vuestro vestido desgarrado, dejando ver vuestros enflaquecidos miembros, os habrían despedido, y entonces habriais muer, to de hambre.....

Después de estos paseos seguía el duro trabajo de la semana, amenizado solo por las lecturas de Gabriel, ó las melodías de Guadalupe y su canto, ese canto modulado y triste de los aires nacionales, calcado en la música alemana.

El día se pasaba triste.

La señora Paula y Guadalupe, inclinadas sobre su labor.

Gabriel en su árido y penoso trabajo.

Amparo trabajando en la costura doce horas, suspirando y padeciendo.

Roman encerrado en su aposento, estudiando, meditando ó pensando en Amparo.

Por otra parte, se había establecido entre ambos jóvenes una tierna intimidad y algunas veces, solía Roman visitar á Amparo en su aposento; pero siempre guardando un embarazoso silencio y un profundo respeto.

Mientras estas escenas de expansión pasaban entre los vecinos, otras demasiado dolorosas tenían lugar en el aposento de la desdichada familia Castillo.

Una tarde se hallaba el anciano militar sentado en una silla, su mujer enferma y achacosa á fuerza de privaciones, ocupaba el lecho rodeada de los dos niños que la contemplaban con aire de súplica.

Víctor, el hijo mayor, se paseaba con una triste lentitud por la desamparada estancia, mirando alternativamente á su padre que con aire atrevido fijaba distraidamente sus ojos en el suelo, á su madre ó á su hermana Elena, que sentada en un rincón sobre una estera, leía á hurtadillas un papel.

Era un billete que contenía estas palabras:

“Elena:

“En tí consiste salir de esa miseria horrible en que se consume toda tu familia; me has dicho que me amas y yo quiero hacerte dichosa.

“Esta noche voy á esperarte cerca de tu casa en un coche, y según hemos convenido, irás á habitar en una hermosa casita en San Cosme, donde no te faltará nada y tu existencia será muy diferente de la de hoy.

“Te ama y espera con ansia

Luis.”

La jóven dejó caer de su mano la carta, peinó cuidadosamente su hermosa rúbia cabellera, arregló la pañoleta que cubría su cuello de cisne, se miró á un pequeño espejo que adornaba la estancia, se quedó un rato pensativa y cuando hubo cerrado la noche, se deslizó fuera de la habitación, aprovechándose de la profunda distracción en que el dolor sumergía á sus hermanos y á sus padres.

—Tengo hambre, dijo uno de los niños que ocupaban el lecho, al cabo de un momento.

—Y yo también, murmuró el otro.

La madre los estrechó contra su corazón, procurando apagar el ruido de sus palabras.

Víctor se acercó al lecho, tomó la mano de su madre ardiente por la calentura, y llevándola á sus labios, dijo con acento de profunda y desgarradora tristeza:

—¡Oh, madre mía, á qué estado hemos llegado!

—No creas, hijo mío, estos niños han comido ya, dijo la madre con un acento cortado por los sollozos; pero que procuraba hacer aparecer tranquilo.

—No, esos niños no han comido, porque ayer se ha acabado

el último dinero que traje, y hoy, por más que he hecho, no he podido conseguir nada.

—¡Y Elena, dónde está? preguntó la madre.

Víctor se volvió al lugar que pocos momentos antes ocupaba su hermana; pero ésta no se hallaba allí; el jóven levantó de la estera el billete, se aproximó á la lámpara que iluminaba tristemente la estancia, y después de haberle recorrido, lanzó un grito de desesperación y dolor.

La madre se lanzó del lecho, arrancó de las manos de su hijo la carta, y antes de acabar de leerla, articuló un quejido desgarrador y cayó aplomada sobre el duro suelo.

Los niños se pusieron á dar gritos de espanto.

El anciano que con su mirada de demente había contemplado todo, se levantó trabajosamente de su silla y leyó el fatal billete.

Brillaron dos lágrimas en sus ojos sombríos y murmuró con un profundo acento de dolor:

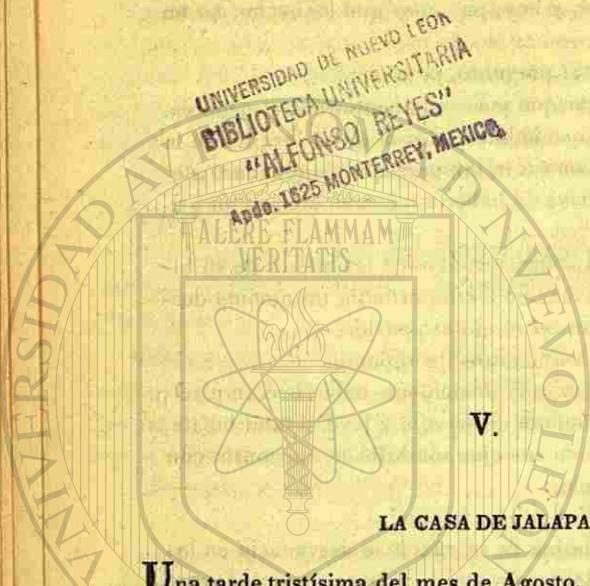
—¡Pobre de mi hija! ¡la quería yo tanto!

Luego aquel rayo de la luz de la razón se desvaneció en las tinieblas de la locura, y lanzando una estridente carcajada que produjo un eco lúgubre en los rincones del aposento, exclamó:

—Pero ¡vale más! ahora al menos ya no pasará trabajos, como yo, por haber servido bien al gobierno.

Víctor tomó entre sus brazos á su madre y la depositó en el lecho.

—¡Oh! murmuró con voz desgarradora: mi hermana se prostituye, mi madre se muere, mi padre pierde el juicio, mis hermanos tienen hambre, Eulalia, el alma de mi vida, me desprecia. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡así la existencia es un castigo!



## V.

## LA CASA DE JALAPA.

Una tarde tristísima del mes de Agosto, en que la lluvia, después de haber caído todo el día lenta y monótona, azotaba la ventana del aposento de Amparo, produciendo un sonido lúgubre, se hallaba ésta sentada cerca de Roman que la contemplaba con una triste admiración.

Los dos parecían muy conmovidos.

Era una de esas tardes en que encontrando triste á la naturaleza, es un placer hallarnos en compañía de un sér humano, una de esas tardes en que deseamos comunicar nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestros dolores y depositar en el seno de una persona amada, el fardo de lágrimas que ahogaba nuestro corazón.

Parecía que los jóvenes seguían una conversación comenzada, porque Amparo dijo:

—¿Insiste vd. en que le refiera la historia de mis dolores?

—Lo suplico, señorita, para procurar aliviar los padecimientos con que veo á vd. languidecer día á día, conociendo su causa, respondió Roman, procurando ocultar bajo un acento tranquilo los latidos de su agitado corazón.

—¡Gracias, mil gracias! á vd. que se ha dignado lanzar una mirada de compasión á esta pobre huérfana abandonada en medio del mundo.

—¡Oh, Amparo! exclamó Roman con trasporte.

Pero después, reflexionando un momento, el joven se interrumpió y pareció observarse en una profunda meditación.

Amparo dijo con un acento de triste resignación:

—No ocultaré á vd. ninguna de mis faltas involuntarias, porque acaso me las perdonará.

—¡Dios mío! señorita, ¿puedo yo perdonar cuando demando perdón? ¿puedo acusar cuando suplico? exclamó Roman.

Amparo al cabo de un momento de silencio, en que pareció reunir sus recuerdos, empezó de esta manera:

—Aunque he nacido en esta ciudad, fui llevada muy niña á una posesión que tenía mi padre en Jalapa, donde se deslizo mi infancia como un dulce sueño, rodeada de todas las abundancias que dan, si no la riqueza, al menos el bienestar social, y de la ternura de mi madre, que era una hermosa joven perteneciente á una distinguida familia de la Florida donde mi padre la había conocido en un viaje que hizo á los Estados-Unidos en calidad de secretario de embajada.

Los dos se amaron tiernamente y la Iglesia bendijo la unión de sus corazones.

Concluida su misión regresó mi padre á México en unión de su esposa.

Sus negocios y la política lo retenían largas temporadas en México, y mi madre vivía sola conmigo y sus criadas en una casa de Jalapa, situada casi fuera de la ciudad.

Era una casa de un solo piso, pintada alegremente de blanco, aun me parece contemplarla, y con cuatro ventanas á los lados de un portón verde. El primer patio de aspecto alegre, sembrado de rosales y floridos arbustos, estaba circundado por amplios corredores, hacía los cuales daban las puertas y ventanas de los cuartos, los pretilos estaban cubiertos de macetas con las más hermosas perfumadas flores, que embalsamaban el aire, las columnas estaban tapizadas por una alfombra de verde yedra, y del techo pendían jaulas, en las que se encerraban alegres pa-

jarillos, que impregnaban el aire de melodías, dando todo esto á la casa el aspecto de una fiesta eterna.

Los aposentos estaban decorados sin lujo; pero con una elegante sencillez.

De este primer patio se pasaba á un segundo, en el que se contenian multitud de animales domésticos. Despues seguia un huerto de inmensa estension, lleno de cuantos árboles y plantas crecen en ese suelo bendito de Dios.

Perdone vd. que me detenga en estos detalles, porque ellos están impresos de tal manera en mi memoria, que á pesar de los años que han trascurrido desde que no habito los lugares de mi infancia y de las terribles y variadas impresiones que han agitado mi juventud, no se borran de ella aún, dijo Amparo.

Roman se inclinó sin responder.

Mi madre habia preferido este retiro á la capital.

Era demasiado jóven todavía y de una hermosura dulce y apacible como la de una santa.

Separada de su familia y su país natal, separada tambien de su marido, cuya atencion absorvia completamente la política, sin darle lugar á fijar en otra cosa su cariño, mi pobre madre habia concentrado en mí todo el amor de su aislamiento.

Educada con un régimen metódico, disfrutaba yo de una completa salud, y á los seis años era una niña hermosa y alegre.

Iba yo vestida generalmente con trajes ligeros y de vivos colores.

Mi madre me hacia levantar muy de mañana, despues de haber recitado de rodillas sobre mi lecho, mi plegaria matinal.

Hasta la edad de diez años no tuve maestros de ninguna clase, porque mi madre que poseia una instruccion muy sólida, sin afectacion, me enseñó á leer y escribir correctamente, á coser, bordar y aun bastante regular su idioma nativo, que era el inglés.

Era muy sentimental, muy virtuosa, muy resignada, habia aprendido las máximas sublimes de los escritores ingleses, y me daba esa educacion religiosa y sólida que ella misma habia recibido de sus padres.

Nunca una sonrisa de sarcasmo erró por sus lábios, nunca

exhalaban éstos otra cosa que palabras de ternura y plegarias, no tenia ninguno de esos defectos de la generalidad de las mujeres, era económica, caritativa con los pobres, que eran por otra parte las únicas gentes estrañas que penetraban en nuestra casa.

Consagrada enteramente á mí, nunca salia mas que en mi compañía.

Me tomaba de la mano y nos dirigamos al caer la tarde á recorrer lentamente los campos que continuaban por todos lados la casa hácia el camino del pueblecito de Coatepec.

Me hacia notar todas las bellezas de la naturaleza; el sol moribundo detrás de las lejanas colinas, los celajes fugitivos de grana, la suavísima tinta crepuscular, los cantos de los labradores que volvian del trabajo, las aves volando hácia sus nidos y cuando me veía conmovida, como se puede conmoer un niño, me hacia dar gracias al buen Dios que habia creado tanta maravilla.

Me hacia acostar temprano, despues de haber hecho mi oracion.

Entonces mi madre se retiraba á su aposento y se encerraba en él para meditar, orar y llorar el abandono en que mi padre la dejaba hacia dos años.

Esta educacion religiosa, este aislamiento, me habian formado un carácter meditativo. La tranquilidad en que viviamos y la absorcion de mi aislamiento, habian impreso su sello en mi rostro, y á los doce años era yo una niña apacible, obediente y humilde, con una frente tersa que simbolizaba la pureza de mis pensamientos, con una mirada lánguida y vaga por la meditacion y el recogimiento de la tranquilidad.

En efecto, ¿qué mas podria yo desear? No viviamos en la opulencia; pero si en una dulce medianía; mi madre consagraba á mí todo su cariño y yo tambien la amaba con todo mi corazon; no experimentaba los horrores de la desesperacion, la inquietud de pasiones exaltadas, las acechanzas de una sociedad en cuyo centro no vivia.

Pero esta felicidad no debia ser muy larga.

El gobierno en el cual mi padre ocupaba un puesto elevado,

fué derrocado completamente y tuvo él que abandonar la capital, huyendo de los encarnizados partidarios que le seguían, viajando de noche para ganar el puerto mas próximo, que era Veracruz y espatriarse.

Una noche llegó á las doce á Jalapa, me abrazó y me besó conmovido, y al cabo de un rato se arrancó para continuar su camino, de los brazos de mi madre que cayó desmayada.

Desde ese día la salud de mi madre comenzó á languidecer por una enfermedad del pecho y su vida á apagarse lentamente como una lámpara.

Sin embargo, procuraba ocultarme sus padecimientos con una cuanto dulce, falsa sonrisa que me hacia llorar.

¡Padecimientos físicos que consumían su cuerpo delicado, padecimientos morales que lastimaban su corazón tan esquisitamente sensible!

Una sombra de tristeza se habia estendido sobre aquella casa tan tranquila antes, si no alegre.

Algunas noches que despertaba, veía brillar luz en el contiguo aposento de mi madre que padecía ocultándomelo. Me levantaba para ir á su lado; pero ella me reprendía dulcemente y me obligaba á volver á mi lecho, diciéndome que era una casualidad y no otra cosa, la que la hacia estar despierta.

Me acercaba á su lecho y me daba un beso en la frente.

Al sentir el contacto de aquellos lábios abrasados por la calentura, al contemplarla tan pálida, tan doliente y tan resignada, sentía las lágrimas subir desde mi corazón á mis ojos y me arrojaba sollozando entre sus brazos.

—Vamos, ¿qué es eso, hija mia? me decia estrechándome contra su seno y con una voz quebrada por la emoción y ahogada por las lágrimas acumuladas en su corazón.

—¡Madre! ¡madre mia! exclamaba yo.

—¿Pero por qué lloras, niña? ¿no ves que te amo, que estoy aliviada? Vamos, vuelve á acostarte, que esto te puede hacer mal.

Yo volvía á mi aposento y desde que habia salido escuchaba sus sollozos que delante de mí habia estado conteniendo.

—Y si yo muriese, ¿qué sería de tí? ¡pobre hija mia! me decia algunas veces entre lágrimas.

—¡Oh! no, madre mia, no diga vd: semejante cosa, si tal sucediera yo también moriría, exclamaba llorando y estrechando su delicado cuerpo con el mio.

Y permanecíamos abrazadas y llorando de esta suerte largo tiempo, hasta que al fin ella recobraba su tranquilidad y me decia con dulce acento.

—Pero, ¡qué locas somos con estar afligiéndonos por cosas que aun no suceden!

Y para tranquilizar mi ánimo completamente, ese día se esforzaba por aparecer alegre y aliviada y hacia tomar á la casa y á los criados un aire de fiesta que no me volvía la calma sin embargo.

Así pasó un año, sin que durante este tiempo, recibiésemos una sola carta de mi padre.

El, tenia buen fondo, era honrado, amaba á mi madre; pero la política que á tantos hombres buenos ha estraviado en México, absorbía completamente su atención y el tiempo que habria de emplear consagrado á su familia, lo empleaba en conspirar ó en buscar medios para sostener el bando político á que pertenecía.

Mi madre seguía cada vez mas enferma, y cuando un nuevo gobierno abrió á mi padre las puertas de la República, solo vino á encontrar en su esposa á una moribunda que un mes despues arrebató la eternidad.

Me acuerdo que el día anterior al de su muerte, recibió mi madre los últimos sacramentos con el fervor y la contrición de una santa.

Luego que el religioso y sus acompañantes se hubieron marchado, luego que todo ruido hubo cesado, me hizo penetrar en su aposento y allí entre lágrimas y sollozos, me abrazó, recomendándome que siguiese siendo buena como hasta allí lo habia sido, y diciéndome todo lo que la mas amante de las madres puede decir á su hija á las orillas del sepulcro.

Despues de lo cual, nos despedimos para la eternidad.

Mi padre me arrancó del lecho privada de sentido.

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y lloró dolorosamente.

Roman la contemplaba con una triste conmoción sin atreverse á interrumpir su dolor.

La noche había caído completamente inundando con sus sombras el aposento.

Amparo se levantó al cabo de un rato, enjugó sus lágrimas con la punta de su mascarada y fué á encender la lámpara, volviendo á sentarse al lado del joven para continuar su narración.

Fuera de la estancia seguía gimiendo la lluvia.

## VI.

## UNA MADRASTRA.

Un mes permaneció mi padre en Jalapa guardando el duelo de mi madre; pero al fin el nuevo gobierno le llamaba á México para recompensar los sufrimientos de su destierro y premiar sus servicios con un elevado puesto en la magistratura.

Siéndole ya inútil por consiguiente la casa de Jalapa, la vendió tal como estaba, hasta con sus muebles, á un rico comerciante de Veracruz y comenzó á hacer los preparativos para el viaje.

Yo sentí mi corazón despedazarse al tener que abandonar aquella morada de paz y silencio que me había abrigado durante catorce años al lado de mi madre, de las tempestades del mundo, aquella morada ocupada todavía por su sombra, perfumada por su atmósfera, santificada por su memoria.

Una hora antes de partir, recorrí todos los aposentos para decirles mi triste despedida, el salón donde recibía la instrucción y hacía mi labor al lado de mi madre, los lugares todos impregnados de un mundo de recuerdos, mi aposento con sus ventanas al alegre corredor, los objetos debidos á su tierna solicitud, el jar-

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y lloró dolorosamente.

Roman la contemplaba con una triste conmoción sin atreverse á interrumpir su dolor.

La noche había caído completamente inundando con sus sombras el aposento.

Amparo se levantó al cabo de un rato, enjugó sus lágrimas con la punta de su mascarada y fué á encender la lámpara, volviendo á sentarse al lado del joven para continuar su narración.

Fuera de la estancia seguía gimiendo la lluvia.

## VI.

## UNA MADRASTRA.

Un mes permaneció mi padre en Jalapa guardando el duelo de mi madre; pero al fin el nuevo gobierno le llamaba á México para recompensar los sufrimientos de su destierro y premiar sus servicios con un elevado puesto en la magistratura.

Siéndole ya inútil por consiguiente la casa de Jalapa, la vendió tal como estaba, hasta con sus muebles, á un rico comerciante de Veracruz y comenzó á hacer los preparativos para el viaje.

Yo sentí mi corazón despedazarse al tener que abandonar aquella morada de paz y silencio que me había abrigado durante catorce años al lado de mi madre, de las tempestades del mundo, aquella morada ocupada todavía por su sombra, perfumada por su atmósfera, santificada por su memoria.

Una hora antes de partir, recorrí todos los aposentos para decirles mi triste despedida, el salón donde recibía la instrucción y hacía mi labor al lado de mi madre, los lugares todos impregnados de un mundo de recuerdos, mi aposento con sus ventanas al alegre corredor, los objetos debidos á su tierna solicitud, el jar-

din ahora abandonado donde en otros días habíamos cuidado juntas de las flores, el lugar donde hablamos de alguna cosa, aquel donde me dió tiernos consejos, tal otro donde se leyó con lágrimas una carta de mi padre, su aposento con los objetos colocados aún de la misma manera que ella los había puesto, su lecho donde la había visto languidecer y que ahora iba á pasar á manos estrañas que lo profanarian.

Iba yo, corria de un lugar á otro, abrazando los muebles como si fuesen seres amados, besando con lágrimas su lecho, guardando en mi muleta su vestidos y todos los objetos pequeños que le habían pertenecido, guardando en mi seno las flores de su predileccion, anhelando en fin, mirar por la última vez aquella santa habitacion que no debía volver á contemplar.

Una hora despues, seguia yo en un coche el camino de México con mi padre y una anciana mujer que había amado á mi madre como hija, á mí como nieta y que me había servido de aya.

La opulenta capital, en vez de agradarme, me causó una impresion dolorosa con su estruendo, su gentío, su lujo.

Solo muy pocas veces, por dar gusto á mi padre, fui en su compañía al teatro y á los paseos.

Fuimos á habitar una elegante habitacion á la calle de Cadena; pero aquella suntuosidad, aquellos ricos muebles, aquellas pinturas, aquellas lujosas alfombras, que hacian tanto contraste con la alegría, los muebles sencillos, el jardín de nuestra casa de Jalapa, produjeron una desagradable impresion en mi alma.

Como mi padre permanecia fuera casi todo el día, yo pasaba las horas al lado de mi aya hablando de mi madre, contemplando los objetos que le habían pertenecido, y llorando al recordar los pormenores de su existencia.

Pusiéronme maestros de música y de dibujo, hizo mi padre venir á una modista para que escogiese yo las telas y las hechuras de mis trajes; pero nada de esto me alhagaba; yo sentia esa triste y nostálgica languidez moral que se llama "mal del país."

La brisa de ámbar de la existencia había acabado para mí.

Pocos meses despues, comenzaron á adornar la casa, á traer nuevos y ricos muebles, un suntuoso carruaje.

Un día supe la causa de este movimiento.

Mi padre se iba á casar.

Durante su permanencia en México, mantenía hacia algun tiempo impuras relaciones con una mujer, que aunque no muy jóven, pertenecía á una familia distinguida. Esta familia se componia de otras dos hermanas que se habían casado y una madre que acababa de morir.

Por esta razon se casó mi padre con ella.

Mi madrastra fué á habitar su casa nueva.

Permítame vd., señor algunas palabras sobre ella.

Era una mujer que á pesar de tener cerca de cuarenta años, era todavía y debía haber sido en su juventud muy hermosa.

De elevada y elegante estatura, con un aire de reina, con una mirada altiva y penetrante, con un acento dulce, pero imperioso, era una hermosura muy diferente de la de mi madre que consistía en la afabilidad, en la mirada dulce, en el aire resignado.

Una era hermosa como una diosa; la otra como una santa.

Una era altiva, prostituida, orgullosa; la otra era humilde, virtuosa y sufrida.

Los auspicios bajo los cuales entró á la casa fueron terribles para mí.

Había amado á mi padre con una pasion tan ardiente como impura y sin conocerla había aborrecido á mi buena madre, que aunque había sospechado lo que pasaba, nunca se atrevió á hablar una sola palabra y había llorado en silencio su abandono.

Todo su odio había recaído en mí y desde muy temprano comenzó á atormentarme con él.

Como había adquirido un dominio tan completo sobre mi padre, éste no se atrevía á contrariarla directamente en nada, y ella le hacía creer que las reprensiones que yo recibía sin ofenderla y por las cosas mas insignificantes, eran merecidas.

Pocos días despues despidió á mi aya, bajo el pretexto de que era una mujer de baja clase con quien yo estaba engreída.

Una circunstancia dará á vd., una ligera prueba del carácter de mi madrastra y de sus sentimientos hácia mí.

Yo iba vestida de luto, porque aun no hacia un año que mi buena madre habia muerto.

Una mañana me preguntó con altanería:

—¿Y por qué no se pone vd. señorita, esos trajes que su padre le ha mandado hacer últimamente?

—Es que aun no se cumple el tiempo de que deje el luto, la respondí con temor.

—Ya con lo que lo ha llevado vd. basta, y esta noche iremos al teatro vestidas de color, exclamó.

Yo me opuse y lloré; pero mi padre vino á suplicarme lo hiciese y me dejó arrastrar sollozando al espectáculo para darle gusto y evitar nuevos rencores.

Y lo hacia para atormentarme, poniendo un especial cuidado en hacerme padecer.

Fué tan audaz y tan poco delicada, que me hizo entregarle algunas joyas y objetos de valor que habian pertenecido á mi madre y que yo me proponia conservar á toda costa.

Lo que yo sentí al ver engalanada á aquella mujer con objetos santificados por mi madre, es imposible de decir; pero lloré y me resigné sin proferir una queja.

Como mi padre permanecia fuera casi todo el dia, yo quedaba entregada á aquella mujer, que habia reconcentrado en mí todo su odio.

Referiré á vd. otra injusticia.

En mi aposento y arriba de mi lecho, tenia yo como el del ángel de mi guarda, un pequeño retrato de mi madre, lo confieso, todas las mañanas, me ponía ante él de rodillas y oraba porque el odio de mi madrastra se calmase.

Una mañana me sorprendió en esta posicion y me preguntó con acento de cólera.

—¿Qué hace vd. de esa suerte?

—Nada, señora, la respondí; rezo por el descanso del alma de mi madre.

—Creo, continuó, que vd. se ha propuesto irritarme con esa eterna consagracion á la memoria de esa.....

—¡Silencio, señora! exclamé al escuchar la terrible palabra que habia proferido.

Pero entonces ella, rabiosa como una pantera, se arrojó sobre el retrato, lo arrancó de su sitio y.... lo pateó haciéndole pedazos, exclamó Amparo llorando á este recuerdo.

—¡Dios mio! ¡qué infamia! exclamó Roman horrorizado.

Cuando hubo salido, recogí el retrato, lo limpié del polvo, y despues de haberlo cubierto de besos y lágrimas, lo guardé cuidadosamente en mi ropero.

Mi madrastra dijo á mi padre cuando volvió, que yo era una hipócrita, que con mi aire de candor y resignacion la hacia desesperar. Yo conté á mi padre sencillamente lo que habia pasado, él entonces se atrevió á reprenderla y esta repencion avivó mas su odio contra mí.

No perdía ocasion de atormentarme. Si encerrada en mi aposento trabajaba yo sobre mi labor, decia que huia yo su compañía, si leía, era porque era yo literata y romántica, si rehusaba acompañarla al teatro ó á las tertulias, era por malicia para hablar durante su ausencia con un amante.

Y no era porque lo creyese así, pero procuraba hacerlo creer á mi padre.

Bajo el pretexto de que era una parienta pobre, habia llevado á vivir á su lado á una mujer de su misma clase y antigua compañera de su juventud.

Figúreme vd., señor, entregada á aquellas dos mujeres que me aborrecian de muerte.

Veía yo con dolor y sin poderlo impedir, á mi madrastra derrochar el dinero que recibia de mi padre, en un lujo desenfrenado y verdaderamente escandaloso.

Habia un sinnúmero de criados ladrones y desmoralizados que de nada servían y á quienes no se tomaba cuenta de nada.

Yo, por amor á mi padre, intentaba algunas veces poner coto á este desórden; pero los criados que veían el desprecio con que era yo tratada por mi madrastra, se quejaban á ella, y esto me acarreaba nuevos insultos.

Concertaba ella con su amiga proyectos de placer, y como mi padre nada le negaba, podia satisfacer sus menores deseos.

Habia hecho adornar suntuosamente el salon, y ademas de

las tertulias que todas las noches se organizaban en él, daba muy frecuentemente espléndidas fiestas.

Concurría á ellas lo mas florido y á la par lo mas impuro de la sociedad mexicana.

Casi nunca iba yo al salon y permanecía encerrada en mi cuarto á riesgo de arrostrar el enojo de mi madrastra.

Figúrese vd., señor, cuánto debía sufrir en aquel escandaloso estruendo, yo, que estaba acostumbrada al silencio, al recogimiento, á la dulce tranquilidad de mi casa de Jalapa, á la compañía y tiernos consejos de mi buena madre.

La vida que ella llevaba era escandalosa.

Se levantaba á las once, y despues de haberse hecho ataviar lujosamente por una de sus muchas criadas, salia en carruaje y pasaba el resto de la mañana en visitas, en las casas de modistas, en los almacenes de las calles de Plateros y la Monterilla.

Cerca de las tres volvia con su amiga, cargadas ambas con sus compras, que consistian en juguetes de tocador que le costaban sin embargo bastante dinero, y casi los mas dias tambien con telas ricas para trajes.

Cuando mi padre volvia de palacio, la encontraba perfectamente ataviada, porque como ya el brillo de su hermosura se habia opacado un tanto, ponía especial cuidado en conservarla intacta á fuerza de afeites y de adornos.

Comiamos todos juntos, y durante la comida, no perdía ocasion de hablar mal de mí á mi padre, con disimulo, para que él no creyese que era una guerra abierta la que me habia declarado.

Por la tarde se iba á Bucareli con su amiga. Aunque algunas veces me invitaba á acompañarlas, yo casi siempre rehusaba y me quedaba encerrada en mi aposento leyendo, orando ó trabajando sobre mi labor.

Dos veces á la semana durante la noche daba tertulias, las demas noches se iban al teatro volviendo despues de las doce.

He dicho que se vestía de una manera deslumbrante y era citada como modelo de elegancia y buen gusto.

Entre los tertulianos mas constantes, habia uno que se llamaba Isidoro de San Roman.

Era un jóven muy rico, muy gallardo, muy calavera, sumer-

gido completamente en la disipacion y los placeres, sin que en su alma se abrigase ningun noble sentimiento.

Era de los mas asiduos compañeros de placer de mi madrastra.

Le tenia ésta un cariño especial, le caía en gracia cuanto él hacia ó refería, por mas que sus narraciones sobre aventuras amorosas causasen espanto á un cerazon honrado.

Como él frecuentaba tanto la casa y casi todas las noches acompañaba al teatro á mi madrastra, me vió algunas veces y escité sus deseos.

A pesar de que yo nunca iba al salon, él, por medio de mi madrastra, procuraba acercarse á mí y me hizo algunas insinuaciones; pero yo, que sentía hácia él un profundo desvío, le prohibí severamente que volviera á hablarme, amenazándole con quejarme á mi padre.

Yo habia llegado á la época mas peligrosa de la juventud, en que solo el dulce cuidado de una madre puede guiarnos por la senda de la vida que cubre de flores envenenadas el placer.

Habia cumplido diez y siete años, mi madrastra misma confesaba que era yo muy bella, y la pureza de costumbres, y el método uniforme de vida, habian conservado á mi juventud la frescura de mi infancia.

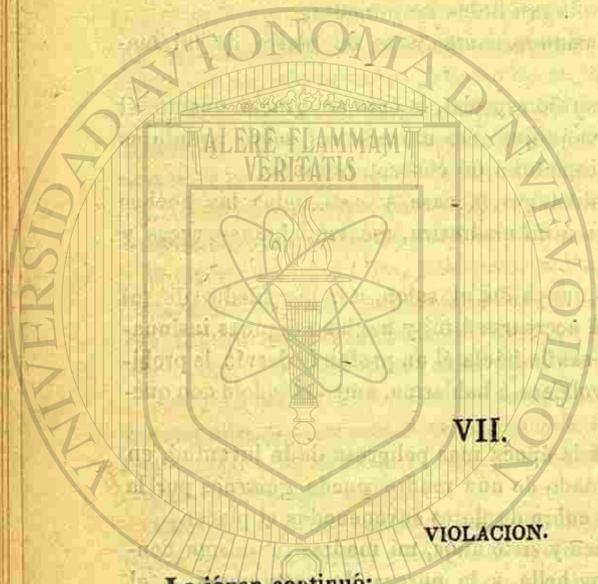
Entonces, solo la sombra de mi padre me pudo amparar contra la persecucion de aquel jóven, protegido para sus impuros deseos por mi madrastra.

Mi desdén convirtió el interés que acaso experimentaba hácia mí, en ódio, y acostumbrado á obtenerlo todo de las fáciles mujeres con que trataba, juró desde aquel momento vengarse tarde ó temprano, de la que lo despreciaba y se habia atrevido á amenazarlo.

¡Ay! las circunstancias debian favorecer mas tarde su venganza.

Amparo permaneció un momento silenciosa.

Se podian escuchar los latidos del corazon de Roman.



La jóven continuó:

Mi padre murió repentinamente una noche, sin tener tiempo mas que para besar la mano de su esposa y la frente de su hija.

Este golpe fué terrible para mí.

Entonces quedé entregada completamente al ódio de mi madrastra y con el porvenir espantoso de la miseria.

En efecto, la buena posicion que ocupaba mi padre en la sociedad, era debida á su honorífico empleo, y la decente medianía que disfrutábamos, á su elevado sueldo.

Pero como las disipaciones de mi madrastra no habian permitido economizar nada, y como no poseíamos otra cosa que su sueldo, quedamos espuestas á la miseria.

Ella, sin embargo, no disminuyó casi nada su tren, y durante algun tiempo nos mantuvimos con la venta de sus dos carruajes, sus alhajas, y ¡Dios mio! tambien las que habian pertenecido á mi adorada madre.

Despues comenzó á vender los muebles y otros objetos de valor.

La desgracia y la muerte de la única persona que habia amado en el mundo, hizo su carácter mas atrabilario, recayendo sus efectos sobre mí.

Las visitas y los tertulianos se fueron ahuyentando uno á uno como aves espantadas.

Fuimos á habitar en una pobre casa del Puente de San Dimas.

Mi madrastra recurrió á los escasos parientes que le quedaban; pero éstos, en vez de ausiliarla, la volvieron la espalda.

Entonces, para salir de una pobreza á que no podia acostumbrarse, recurrió á un medio horrible, ¡especular con los restos de su hermosura!

Se vendió, contrayendo impuras relaciones con un viejo rico.

La casa se adornó con mejores muebles, ella compró algunos trajes bastante lujosos.

Yo sufría y lloraba en silencio.

Isidoro, su amigo favorito, aunque con menos frecuencia que antes, no habia cesado de visitarla, y sus deseos hácia mí se habian avivado con mi horfandad.

Entonces empezó una lucha sorda, constante, terrible, la de la virtud débil y desamparada, con el vicio altanero y protegido.

Cuando pienso en esos dias en que yo, pobre jóven sin experiencia del mundo, tenia que defenderme contra los ataques de un hombre lascivo y de una mujer malvada, me estremezco al ver como no sucumbí desfallecida desde el primer dia.

Unas veces mi madrastra me decia que Isidoro me amaba y que yo debía corresponder á su amor, puesto que era rico y me podria cubrir de esplendor.

El, en efecto, habia comprado su voluntad con magníficos presentes que le hacia de trajes, de aderezos, de joyas, llevándola al teatro y á las diversiones que ella amaba.

Otras veces me reñia ásperamente con palabras muy injuriosas, encolerizada por mi resistencia.

Varias ocasiones, por un convenio anterior, se salia de la casa con la única criada que teníamos, dejándome sola completamente.

Apenas acababa de salir cuando llegaba Isidoro. Yo corría á encerrarme en mi aposento.

Entonces comenzaba una lucha terrible.

Primero me llamaba por mi nombre, me suplicaba, me hacia promesas halagadoras. Despues recurria á la fuerza, golpeaba la débil puerta que á poco cedia, y yo huyendo de un lugar á otro venia por fin á caer entre sus manos y forcejeaba defendiéndome de sus impuras caricias hasta sentirme desfallecer por la fatiga.

Por fin él se fatigaba y se iba lanzándome miradas terribles y haciéndome amenazas que me llenaban de espanto.

Al anoecer casi, volvia mi madrastra, me miraba con aire malicioso preguntándome si alguna persona habia venido en su ausencia. Yo guardaba silencio llena de indignacion.

Isidoro dejaba de ir á la casa algunos dias; pero al cabo de poco tiempo volvia mas ardiente, mas impuro, mas amenazador.

Otros dos ó tres jóvenes calaveras, amigos suyos, le acompañaban á sus visitas á nuestra casa.

Mi madrastra procuraba encender en mi casto seno, deseos y pasiones ardientes, imaginando y valiéndose de cuantos medios podia poner en juego una mujer de tanto talento y tan infame como ella.

Unas veces hacia caer en mis manos, recomendándome su lectura, libros envenenados tales como las novelas de Pigault-Lebrun y Voltaire.

Yo comenzaba á leerlos y aun los concluia, sin comprender el veneno que encerraban hasta despues de haberlos leído.

Otras, se atrevia á referirme escenas que me hacian ruborizar. Haciamos un contraste estraño.

Yo, pobre joven tímida, casta, recogida. Ella, mujer sensual, elegante y amiga del estruendo.

Nuestros aposentos participaban de la misma diferencia.

El mio, pequeño, adornado solo con un lecho modesto, un armario para encerrar mis pocos vestidos y mi labor, con algunos cuadros representando las escenas de Pablo y Virginia.

El suyo, estenso, adornado con un lecho, un tocador y muebles bastante lujosos para la posicion que guardábamos, un amplio ropero lleno de elegantes trajes, encima de las mesas estatuas de mujeres desnudas, reclinadas voluptuosamente y deco-

rando las paredes cuadros con pinturas francesas que me hacian ruborizar.

Por un verdadero milagro, conservaba yo la pureza que en mi alma derramó mi madre, en medio de aquella atmósfera de corrupcion.

Una vez quise ir al templo para confesarme como siempre lo habia acostumbrado al lado de mi madre y cuando aun vivia mi padre; pero mi madrastra me lo prohibió, diciéndome que era yo bastante buena y virtuosa para tener de qué confesarme.

Algunas ocasiones al sentirme débil para una lucha tan horrible, concebía y revolvia en mi imaginacion proyectos de fugarme de me aquella mansion de espanto.

Pero á poco desistia. En efecto, ¿dónde iria yo, sola, sin recursos, sin conocer á nadie en la ciudad?

Entonces quedaba yo tal vez mas espuesta á las asechanzas del vicio.

Por consiguiente, despues de un momento de vacilacion é inquietud, acababa yo por dejar correr las fuentes de mi llanto. Mi madrastra me encontraba de esta suerte llorando y proferia en improprios.

Despues se serenaba y decia:

—¡Pero se ha visto alguna vez criatura mas rara, desprecia una vida de lujo, de amor, de embriaguez, de placer, por otra de encierro y martirios de monja?...

Isidoro seguia persiguiéndome con obstinacion.

Un dia amanecí muy triste, mas triste que de costumbre.

Parecia que el corazon me avisaba en secreto de la proximidad de una desgracia.

Toda la mañana la pasé orando de rodillas ante el crucifijo que estaba suspendido encima de mi lecho.

Mi madrastra á la hora de la comida estuvo muy obsequiosa y muy benévola conmigo.

Esta benevolencia tan estraña en ella, en vez de halagarme, me inspiró desconfianza y espanto.

Era, en efecto, la primera vez, despues de dos años, que mi madrastra me trataba sin injusta dureza y con alguna atencion.

La víspera había sido día de su santo y se había ido con Isidoro y algunas otras gentes á un paseo en el bosque de Chapultepec, al que yo me rehusé á acompañarles, porque además del desprecio con que me trataban, iba yo siempre muy pobremente vestida.

Al medio día vino á la casa un criado, trayendo en un grande azafate el presente que Isidoro hacía á mi madrastra.

A pesar de mi indiferencia por el lujo, no pude menos de lanzar un grito de sorpresa al contemplar el presente.

Era una mantilla magnífica de finísima blonda, un traje de la misma tela blanco como la nieve, y un aderezo compuesto por un collar, pulseras, aretes y prendedor de brillantes.

Con este regalo, cualquiera hubiera podido atraerse la voluntad de una mujer tan amante del lujo como mi madrastra.

Su viejo amante le había enviado la noche anterior un regalo no menos espléndido.

Así es, que cuando este día al anochecer volvió á ver á Isidoro, poco faltó para que le estrechase entre sus brazos.

Este se despidió de ella á poco rato.

Ambos se miraron de una manera particular.

Cenamos mas temprano que lo de costumbre, y estuvo tan cariñosa conmigo como en la mañana.

Después de cenar tomé como lo acostumbraba, una taza de leche que ni concluí porque me supo un poco mal.

A poco sentí tanto sueño y tanta fatiga, que me retiré á acostar á mi cuarto.

No hice atención á la mirada particular con que mi madrastra me siguió hasta la puerta.

Apenas me había acostado cuando me dormí profundamente.

Tuve una pesadilla horrible, espantosa, que al despertar, sin embargo, me había de hacer ver el abismo de la realidad....

Me pareció oír en medio del sueño, un ruido en el aposento.

Después sentí á mi lado un cuerpo extraño que me oprimía y me estrechaba.

Yo, por un instinto, quería moverme, quería gritar; pero no pude y me agitaba impotente como en una pesadilla.

Cuando desperté ya estaba muy entrado el día. Un rayo de luz horrible vino á alumbrar mi alma.

En un momento comprendí lo que había pasado.

Dí un grito y me desmayé.

Isidoro, de acuerdo con mi madrastra, se había valido de un poderoso narcótico para penetrar en mi aposento.....

A este recuerdo, Amparo ocultó su cabeza entre las manos y rompió á sollozar de una manera que revelaba todo el oceano de dolor de su lastimado corazón.

Roman, pálido, anhelante, sintió subir á sus ojos las lágrimas agolpadas en su alma durante esta narración.

Amparo enjugó sus lágrimas, y al cabo de un rato continuó con un acento desgarrador y tan triste, tan triste, como una música de nuestro país natal, escuchada en un suelo extranjero al espirar el día.....

Cerca de dos meses permanecí al borde del sepulcro presa de una fiebre maligna y lenta que me hacía morir poco á poco.

Tenia yo accesos de delirio espantoso.

Era porque á mi imaginación calenturienta llegaba el recuerdo de aquella noche de insomnio, de deshonra y de crimen.

Poco á poco mi estado se fué haciendo menos funesto, y el médico que mi madrastra había hecho venir, dió algunas esperanzas de vida.

Mi convalecencia fué muy penosa, porque la presencia de mi madrastra me causaba una desagradable impresión de dolor, que me sumergía en una especie de muerte aparente como la que vd. ha visto.

¡Oh! ¡Dios mío! lo que yo pensaba en esas largas horas de soledad y abandono, era horrible.

Me encerraba yo en mi cuarto, huyendo de mi madrastra, á quien durante mi convalecencia, había hecho cargos terribles y había llenado de acusaciones. Pero ella, en vez de guardar silencio, me llenaba de ultrajes, diciéndome que en nada tenía la culpa de lo que había pasado, y que á su vez para este crimen, había sido engañada por Isidoro. Este no había vuelto á presentarse delante de mí, aunque yo muy bien comprendía que él visitaba á mi madrastra algunas veces.

Entonces al verme deshonrada, infeliz, comencé á concebir un proyecto siniestro.

No podía yo huir de aquella mansion maldita, porque no tenia donde ir, enferma, doliente, moribunda casi.

Pensé en arrancarme una existencia que habia llegado á ser una carga para mí. Muchos dias, como si fuera á cometer un crimen, anduve sombría y preocupada; pero en el momento en que iba á poner en ejecucion mi horrible plan, me detuve....

Pensé en mi hijo.....

Sí, yo le llevaba ya en mi seno, yo á mi pesar era madre, y hubiera sido un crimen espantoso matar á mi hijo. Yo debia vivir para él, aunque mi vida fuera un espantoso castigo.

Esta idea me hizo desistir de mi proyecto y dulcificó un tanto la amargura de mi dolor. Fué un rayo de luz en medio del oscuro abismo de mi deshonra.

Lloré mucho, pero me consolé un poco.

Mi madrastra al verme tan enferma, se compadeció de mí y me trató con alguna dulzura. Era que una sombra de remordimiento, habia opacado la horrible y eterna luz de aquella alma criminal.

Pasaba yo los dias llorando y rezando. Pocos meses despues escuché el primer gemido de mi hijo.

Era una niña. Los pesares que me habian combatido el tiempo que la llevé en mi seno, la hicieron nacer débil y enfermiza, y los primeros meses los pasó al borde de la tumba. Pero poco á poco se fué restableciendo y volviendo á la vida.

Entonces una dulce melancolía hizo lugar á la desesperacion que habia desgarrado mi alma, y casi volví á ser feliz.

Pasaba horas enteras contemplando á mi hija dormida sobre mis rodillas, cubriéndola de besos y lágrimas.

¡Pobre hija del crimen, de la desdicha y la violacion! ¡Pobre niña sufriendo antes de nacer y alimentándose con lágrimas!

Pero el cielo habia decretado que aquel tibio rayo de luz que habia alumbrado débilmente la oscura noche de mi dolor se convirtiese en la negra y espantosa tiniebla de la desesperacion.

Apenas habia cumplido mi hija un año, cuando la fatiga que habia experimentado para criarla débil como estaba, se convirtió

en una enfermedad que me postró completamente durante algunos meses.

Y bien, señor, ¿sabe vd. lo que hizo mi madrastra durante este tiempo, que luchaba yo entre la vida que queria conservar para mi hija y la muerte á que ella me habia orillado? ¡Arrebatarme á mi hija! exclamó Amparo con acento de profunda desesperacion.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Roman.

—Sí, la infame mujer me la habia arrebatado. ¿Y adivina vd. cómo se figura al menos para qué?

Para darla á criar á personas estrañas, que la diesen inclinaciones y despertaran en su alma sentimientos diferentes de los que yo hubiera podido inspirarle, á fin de valerse de ella y especular con su hermosura en la vejez á que ya comenzaba á entrar. Sí, para especular con ella, porque la niña prometia ser hermosa, muy hermosa, como lo habia sido mi madre.

Cuando mi enfermedad me permitió comprender lo que habia pasado, grité, lloré, supliqué, le amenacé con la justicia para que me volviera á mi hija; pero ella despreció mis exclamaciones y mi llanto, escuchó con indiferencia mis súplicas y se burló de mis amenazas.

En efecto, ¿qué podria yo hacerle, pobre, deshonrada, desconocida; á ella altiva, llena de recursos, relacionada con gentes de influencia?

Así me lo hizo comprender, y yo, convenciéndome de mi impotencia, desistí de mis amenazas con una justicia mundana que casi nunca, por no decir "jamás," existe para los pobres y para los desgraciados.

Con la esperanza de ablandarla, permanecí todavía un mes llorando y suplicando; pero aquella mujer era inflexible en sus criminales resoluciones, era, segun creo, la criatura mas malvada que ha existido sobre la tierra.

Entonces, aquella morada de infamia, que solo el recuerdo de mi madre ó la presencia de mi hija, podia haber hecho soportable para mí, se convirtió en un infierno, luego que mi deshonra hubo ahuyentado de mi alma esa memoria, ángel de la guarda

de mi existencia; luego que un crimen multiplicado mil y mil veces me hubo arrebatado á mi hija.

Determiné abandonar tan funesta mansion. Una tarde salí de allí enfermiza, delirante, medio loca, dejandó escrito un papel en que llenaba de acusaciones á mi madrastra.

¡Primera queja verdadera que yo proferia contra aquella infame mujer!

No me llevé nada mas que el vestido que traía puesto y una cruz de brillantes que desde muy niña me habia suspendido mi madre al cuello y que yo siempre habia llevado, ocultándola de la avaricia de mi madrastra.

Durante algun tiempo anduve corriendo como loca de un lugar á otro de la ciudad buscando á mi hija, preguntando por ella en los lugares en que un asomo de sospecha me hacia creer que mi madrastra la ocultase. Pero las gentes á quienes yo me dirigia, no me comprendian y se burlaban de mí claramente, tomándome por una jóven demente, ó creyendo otra cosa, se atrevian á hacerme insinuaciones que me hacian ruborizar llenándome de indignacion.

¿Quién de aquellos indiferentes podia imaginarse siquiera la intensidad del dolor de una madre tan desdichada como yo?

Tuve que vender llorando, porque me moria de hambre, en la octava parte de su valor, la única prenda que me quedaba de mi madre, aquella cruz querida que me traía en medio de la oscuridad de mi espantoso presente, un recuerdo grato al par que doloroso, un rayo de luz de mi pasado tan sereno.

Por fin, me presenté á solicitar trabajo en casa de una modista á fin de vivir con él los dias que me restan de vida, pensando en mi madre, llorando por mi hija con la esperanza de encontrarla alguna vez, sufriendo y orando.

Mi exterior inspiró confianza á la buena mujer, y desde entonces me confia algunas obras en que trabajo todo el dia. Mi madrastra ha muerto hace cuatro meses, y por consiguiente, hoy, la única persona depositaria del secreto de la existencia de mi hija, sea acaso su infame padre que muy poco tiempo despues de su crimen, partió para Europa, de donde ha vuelto ya, por que una vez que fuí á dejar mi labor, le he visto sin ser notada

por él, en un carruaje que se dirigia á Bucareli, reclinado junto á una hermosa jóven de la alta sociedad.

Ya vd. lo vé, señor, soy una mujer deshonrada sin haber cometido un crimen, soy impura y desdichada sin ser culpable. Y sin embargo, apenas tengo veintidos años.

¡Quiera el cielo perdonar á esa mujer y darle en clemencia, cuanto ella me causó en infortunios!

Amparo empezó á llorar dolorosamente.

Pero sin embargo, esclamó al cabo de un momento; si yo pudiese volver á ver á mi hija, si yo pudiese decirle alguna vez, cubriéndola de besos y lágrimas, ¡hija! ¡hija mia! ¡hija de mi corazon! deja que te estreche en mis brazos y contra mi seno, porque yo soy tu madre, porque si has nacido por un crimen, solo por otro crimen mas horrible han podido arrebatarte de mi lado, porque tú, pobre niña, no tienes padre, no; pero tienes una madre que te idolatra, con un infinito amor. ¡Oh! si tal sucediera, entonces volveria yo á ser casi tan feliz como lo era en mi infancia, de mi desdicha solo me quedaria el recuerdo, trabajaria doble de lo que hoy trabajo para mi hija, no me apartaria un momento de su lado, le daria en amor cuanto yo recibí en odio.

Amparo inclinó su cabeza sobre el pecho y lloró.

Roman, sin proferir una palabra lloró tambien en silencio.

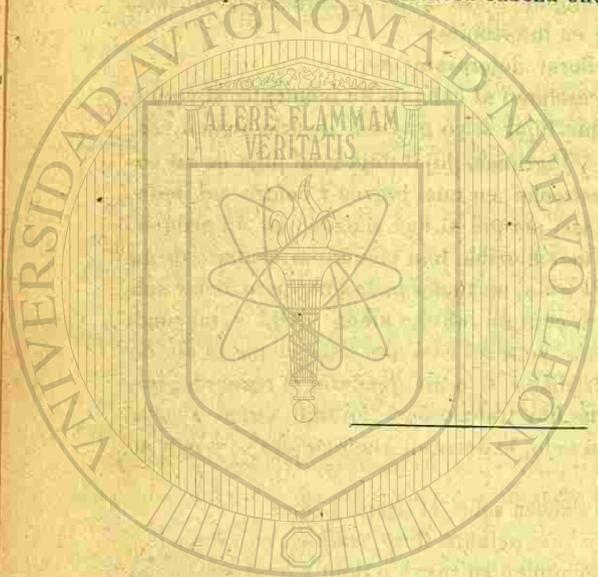
Al cabo de un momento en su rostro pálido y desfigurado por la emocion y por mil encontrados sentimientos, se pintó el sello de una resolucion terrible, como la conciencia, firme é inflexible como la venganza, sublime como la abnegacion. Se levantó sereno, tomó la mano de Amparo, y depositó en ella un beso casto, silencioso; pero ardiente y apasionado.

Despues salió de la estancia sin proferir una palabra y lanzando una última mirada impregnada de infinito amor sobre la desgraciada jóven.

—¡Oh! esclamó Amparo con acento de queja y de pasion, luego que Roman hubo salido. Criatura generosa, alma noble, que desde la altura de tu virtud, te has dignado lanzar una mirada de compasion sobre esta desdichada mujer; yo daria la mitad de mi existencia por estrecharte contra mi corazon, por as-

pirar el amor en tu aliento, por depositar en tu hermosa frente un beso en que exhalase mi vida! Pero, ¡imposible! á mi deshonra está prohibido amarte á la faz del mundo; yo solo puedo idolatrarte sin esperanza, guardar tu imágen adorada en el fondo de mi corazon!..... llorar y sufrir.

Y Amparo ocultó su hermosa cabeza entre las manos.



## VIII.

## EULALIA DE GUZMAN.

**T**RASLADEMONOS ahora á una elegante habitacion situada en la suntuosa calle de los Donceles.

Era un palacio completamente.

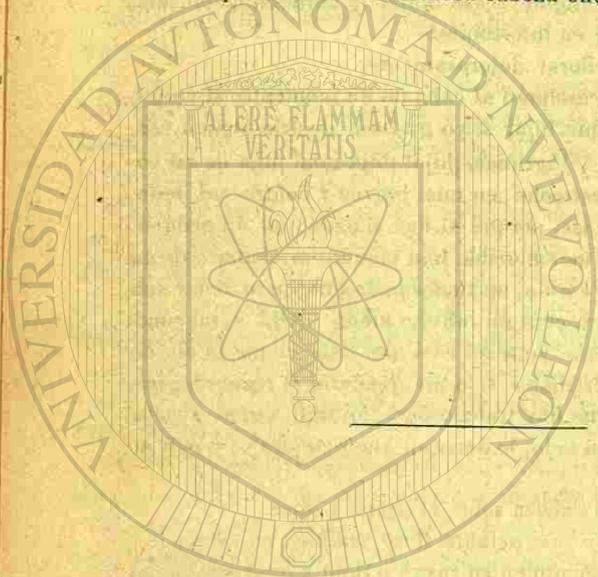
Se componía de tres pisos. En el inferior estaban las piezas destinadas para almacenes y bodegas, dando á un estenso patio, obstruido en parte por dos magníficos carruajes y algunos tercios con efectos mercantiles arpillados aún. Los entresuelos estaban destinados para el despacho, escritorio y habitacion de los dependientes. En el piso superior habitaban los opulentos dueños de esta casa, al parecer comerciantes acomodados. Despues de subir una ámplia y elevada escalera, se encontraba uno en un estenso corredor, en el que se habia formado un jardin, segun la profusion de macetas cargadas de flores esquisitas compradas tal vez en el jardin de San Francisco. Al costado izquierdo de este corredor, daban las puertas de los aposentos.

Está suntuosa morada pertenecia al rico comerciante D. Febronio de Guzman, que poseia un capital activo de doscientos mil pesos, una estensa hacienda en el Estado de Guanajuato,

CLASE MEDIA.—9.

pirar el amor en tu aliento, por depositar en tu hermosa frente un beso en que exhalase mi vida! Pero, ¡imposible! á mi deshonra está prohibido amarte á la faz del mundo; yo solo puedo idolatrarte sin esperanza, guardar tu imágen adorada en el fondo de mi corazon!..... llorar y sufrir.

Y Amparo ocultó su hermosa cabeza entre las manos.



## VIII.

## EULALIA DE GUZMAN.

**T**RASLADEMONOS ahora á una elegante habitacion situada en la suntuosa calle de los Donceles.

Era un palacio completamente.

Se componía de tres pisos. En el inferior estaban las piezas destinadas para almacenes y bodegas, dando á un estenso patio, obstruido en parte por dos magníficos carruajes y algunos tercios con efectos mercantiles arpillados aún. Los entresuelos estaban destinados para el despacho, escritorio y habitacion de los dependientes. En el piso superior habitaban los opulentos dueños de esta casa, al parecer comerciantes acomodados. Despues de subir una ámplia y elevada escalera, se encontraba uno en un estenso corredor, en el que se habia formado un jardin, segun la profusion de macetas cargadas de flores esquisitas compradas tal vez en el jardin de San Francisco. Al costado izquierdo de este corredor, daban las puertas de los aposentos.

Está suntuosa morada pertenecia al rico comerciante D. Febronio de Guzman, que poseia un capital activo de doscientos mil pesos, una estensa hacienda en el Estado de Guanajuato,

CLASE MEDIA.—9.

algunas fincas en la capital, y una hija de veinte años, linda como un cielo.

Como se vé, con semejantes dotes el bueno de D. Febronio, no podía menos de ser solicitado y bien recibido en todas partes, como era además hombre de buen humor, algo campechano y muy nécio; pero no, no digamos esa palabra, digamos mejor, muy tonto, su casa era el centro de reunion de cuanto mas florido, mas elegante, mas rico y (vergüenza causa decirlo) mas prostituido tiene la parodiaristocracia mexicana.

En otra novela he hecho una crítica de esta clase inútil y tan ridícula en México; por consiguiente no hablaré mas de ello, para evitar ser lo menos enfadoso posible á mis lectores. Baste saber que D. Febronio pertenecía á la aristocracia, que su esposa aunque tenía cincuenta años, era una de esas mujeres que se empeñan en no envejecer jamas, y que su hija era muy hermosa.

Eulalia, este es el nombre de la hija, era una jóven bella como la inspiracion de un artista; pero con esa belleza especial y terrible, por decirlo así, que parece la obra sublime de un génio malévolo, el génio de la tentacion, una de esas jóvenes que á los hombres mas frios y que han formado mas teorías acerca del amor y la hermosura, los arrebató con un estremecimiento nervioso y les trastorna la cabeza con una pasion violenta que se parece mucho á un deseo: envidia de las otras mujeres, objeto codiciado por todos los hombres, aunque no sean muy codiciosos.

En efecto, figuraos una frente tersa, unos ojos ardientes y que no se sabe de qué color son verdaderamente, porque nunca se les puede ver sin sentirse deslumbrado y abrasado, una boca ni muy pequeña ni muy fina, pero entreabierta por una sonrisa fatal, algo sarcástica, algo desdeñosa, muy bella, para dejar ver dos hileras de dientes blanquísimos, parejos, bellos, dos hileras de perlas como diria el galante poeta Luis Ortiz, ó flores del café como ha dicho Plácido; una barba con un hoyito pequeño, nido de amores; un rostro, en fin, que estudiado detenidamente, no presenta tal vez nada de hermoso y hasta llega á ser feo; pero todo el mundo opina que esta hermosura que consiste en el

conjunto y no en los detalles; esta bella fealdad, permítasenos la expresion, es la que mas atrae y enamora. Figuraos un cuello blanco rosado con el color de la primera tinta de la aurora, un seno redondo, túrgido, palpitante como si estuviese fatigado ó escitado, una cintura delgada como la de una abeja, unos piés pequeños que conociendo su valor se calzan con primoroso lujo, una estatura *souple*, como diria un francés, elegante, mas bien alta que mediana, unos brazos redondos, unas manos no muy pequeñas; pero tan bellas, tan perfectamente torneadas, que hubieran causado la admiracion y hubieran servido de modelos de escultura á Miranda y Antonio Romero; una marcha lánguida, perezosa, que comunicaba al cuerpo una oscilacion suave como la del tulipan mecido por la brisa de Setiembre. Figuraos ese conjunto animado y simpático, tan agradable de contemplar de los cuadros de D. Miguel Mata, ese distinguido artista mexicano, y tendreis una idea completa de la hermosura de Eulalia.

Hemos penetrado en esta casa, porque hay en ella esta noche una fiesta, un gran baile nada menos.

¿A qué es debido? Lo diremos en pocas palabras:

Hacia algunos años que Eulalia, con su hermosura de reina, atraía tras de sí un cortejo de aduladores y admiradores que invadian su casa en calidad de tertulianos y visitas admitidas por D. Febronio y su esposa D<sup>a</sup> Juliana.

Muchas miradas se habian clavado con pasion en su bello rostro, muchas dulces palabras se habian murmurado á sus oídos en medio de la embriaguez de un wals de Strauß, muchos billetitos se habian deslizado en sus manos, en una contradanza, ó se habian hecho llegar á ellas por medio de criados que vendian este servicio á peso de oro; pero Eulalia no hacia caso de las miradas porque creía merecerlas, escuchaba las dulces palabras como un tributo de admiracion á su sin par hermosura de diosa y volvia los billetes despues de haberlos leído, ó sin tomarse esa pena, los volvia despedazados ó los guardaba sin hacerles caso ni contestarlos jamas.

Así es, que algunos amantes, despues de suplicar algun tiempo, se alejaban de ella tan enamorados como el primer dia; pero huyendo de un abismo; otros se desesperaban, otros de ado-

radores se convertían en sus enemigos mortales, y la boca que otros días exhalaba palabras de súplica y ternura, después solo se abría para proferir sangrientos chistes acerca de su conducta, ó maldiciones.

Pero Eulalia pasaba erguida é indiferente por en medio de estos pesares, de esas desesperaciones, de esas hablillas. . . . . Su hermosura la escudaba y justificaba sus acciones por crueles que estas fuesen.

Sin embargo, la hermosa jóven había sido la heroína de una historia de llanto.

Un día, Víctor, el desdichado artista que le daba lecciones de piano, había dejado caer de sus labios algunas de esas palabras que apenas alcanzan á revelar un átomo de la pasión infinita en que se abrasa un corazón lastimado, un corazón que no vive más que por esa llama que al par que le dá vida, le consume. Pero Eulalia, que no podía menos de conocer la pasión que en silencio le profesaba hacia algún tiempo el infeliz poeta, se llenó de indignación al escuchar sus palabras.

¡Atreverse á amarla, á ella, rica, hermosa, seductora, un artista, un poeta cuyo caudal está solo en la imaginación y en el alma, y que en vez de producir el dulce retintín de las monedas de oro, produce los sonidos del cielo y habla en el idioma con que Dios habla á los bienaventurados en esas regiones en que todo es luz!

¡Fuera un hombre rico, tal vez, pero un poeta ó un artista mexicano, uno de esos Judíos de la actual sociedad! ¡un hermano de Serán que murió de hambre en Guadalajara y de Rodríguez Galván que murió de pesares!

El enojo de Eulalia había producido la espulsión de su casa al desgraciado Víctor.

Así es como había llegado hasta la edad de veinte años, despertando pasiones, deseos, esperanzas y desengaños. Pero últimamente se había presentado un nuevo admirador que tenía todas las probabilidades de éxito en aquella lucha de amor.

Eulalia era inespugnable. Pero también Gibraltar era inespugnable, y sin embargo, á fuerza de sangre cayó en poder de los ingleses.

Isidoro de San Roman, que era el nuevo amante, contaba en su favor muchas circunstancias. En primer lugar, era muy rico: En segundo, era muy hermoso, de una figura muy simpática, y se vestía con una elegancia que había adquirido en Europa. En tercero, conocía perfectamente á las mujeres y su lado débil. En cuarto, estaba muy enamorado, es decir, enamorado como lo puede estar un hombre cuyos sentimientos ya conocemos por la orgía de la Gran Sociedad y por la historia de la infeliz Amparo. En quinto, había formado un capricho de poseer á aquella mujer y ganar la prenda que tantos se disputaban.

Con la primera circunstancia, se había atraído la voluntad y el cariño de los padres de Eulalia. Con la segunda, ambas cosas de la jóven. La tercera, le era un poderoso auxilio en aquella lucha. Con la cuarta, gozaba de antemano. Y para conseguir su capricho y salir vencedor, había dejado caer estas palabras sacramentales, suficientes casi siempre para vencer á la mujer más rebelde.

“Me caso.”

Así es, que después de haber hablado de ello á Eulalia, pidió formalmente á sus padres la mano de la jóven que le fué inmediatamente concedida. Eulalia, al fin, se había enamorado de Isidoro.

Entonces los numerosos amantes de la jóven, sintiéndose impotentes para luchar con aquel coloso, desistieron de su empresa. Unos se retiraron desairados. Otros siguieron visitando la casa en calidad de amigos.

Todo se empezó á disponer para el casamiento. Por eso era el baile de esta noche. Lo daba Isidoro á la familia de Eulalia, que dentro de pocos días debía ser su esposa.

Ahora que ya conocemos los antecedentes, penetremos en el salón.

El baile era un espectáculo magnífico el que presentaba aquel estenso salón cerca de la media noche. El conjunto era hermoso; pero los detalles, contribuyendo á darle esa esplendidez, eran bellos por sí.

Las arañas de cristal puro, como si fuesen de brillantes, produciendo una luz deslumbradora, los espejos aumentando la perspectiva y formando agradables ilusiones de óptica, la alfombra finísima de hermosos colores, el piano elegante.... y sobre todo, la lujosa multitud que ocupaba aquel salón, rostros de diosas, ojos de mexicanas, estaturas artísticas, blondas, diamantes, oro, manos pulidamente enguantadas, senos de alabastro, brazos torneados, una multitud agitándose sin compás, entrelazando las manos con las manos, los brazos con las cinturas; rostros reclinándose casi sobre hombros desnudos, piés diminutos y hasta fabulosos primorosamente calzados de blanco, sobresaliendo del no menos blanco vestido, dulces sonrisas de amor, de placer, miradas de embriaguez y de lánguida pasión, reflejando una luz mas bella que la de la luna.

## IX.

## EL BAILE.

ERA un espectáculo magnífico el que presentaba aquel estenso salón cerca de la media noche. El conjunto era hermoso; pero los detalles, contribuyendo á darle esa esplendidez, eran bellos por sí.

Las arañas de cristal puro, como si fuesen de brillantes, produciendo una luz deslumbradora, los espejos aumentando la perspectiva y formando agradables ilusiones de óptica, la alfombra finísima de hermosos colores, el piano elegante.... y sobre todo, la lujosa multitud que ocupaba aquel salón, rostros de diosas, ojos de mexicanas, estaturas artísticas, blondas, diamantes, oro, manos pulidamente enguantadas, senos de alabastro, brazos torneados, una multitud agitándose sin compás, entrelazando las manos con las manos, los brazos con las cinturas; rostros reclinándose casi sobre hombros desnudos, piés diminutos y hasta fabulosos primorosamente calzados de blanco, sobresaliendo del no menos blanco vestido, dulces sonrisas de amor, de placer, miradas de embriaguez y de lánguida pasión, reflejando una luz mas bella que la de la luna.

Y toda esa multitud pasando en confuso torbellino, impelida por un vértigo, como el que impele á las Willis y á los personajes de las baladas almanas; en una palabra, la locura justificada. Si esto contemplaba la vista, no menos escuchaba el oído.

Una música alegre y estrepitosa unas veces, como las risas de los niños, otras compasada y triste como un sollozo; voces de mujer tan dulces y vibradoras que parecen un instrumento desconocido que cada una de ellas va tocando, palabras vagas medio escuchadas, de amor, de queja, de febril delirio, suspiros de pasión, de tristeza, de despecho, de tierno placer, sonrisas, acentos de alegría, frases rotas de chanzas, de promesas..... todo ese ruido, en fin, que puede producir una juventud agitada de diferentes pasiones en una noche de entusiasmo y locura. Se respiraba un suave perfume, ese perfume delicioso, formado de todas las flores y que siempre exhala y deja tras sí la elegante aristocracia.

Ahora que la pieza que se bailaba ha concluido, que la música ha cesado, que las señoras han vuelto á su asiento, enviando con su abanico la brisa á su rostro ardiente por la fatiga y la emoción, que los jóvenes forman grupos ó se pasean en los corredores, detengámonos un momento sobre algunos de los concurrentes. Contemplemos un instante á Eulalia.

Estaba deslumbrante y hermosa como una reina. Vestía un traje blanco completamente, de delicada blonda, recogido en algunas partes para formar pliegues, con broches pequeños de diamantes, escotado en el seno, que velaba un schall pequeño ó bufanda, á su talle delgado se ceñía un cinturón detenido por otro broche grande de diamantes y oro también; una flor, una verdadera camelia de piedras preciosas recogía hácia atrás de la cabeza su pelo fino y abundante de un suave castaño, á su brazo derecho, se suspendía por un anillo formado de perlas pequeñas, un *porte bouquet* de oro que contenía un hermoso ramillete de flores naturales de vivos y variados colores, que exhalaban un perfume delicioso y embriagador. Al verla con su vestido blanco y sus diamantes, se la hubiera podido tomar por una de las creaciones del pincel del sublime Grandville en las Estrellas animadas.

Su rostro estaba animado por el placer, sus ojos al clavarse en el rostro de Isidoro, brillaban de pasión, por sus labios carmíneos erraba una bella sonrisa de satisfacción y su seno se levantaba por la excitación.

Isidoro, por su parte, estaba completamente simpático. Su rostro algo ajado por el vicio y la continuación del placer, estaba ahora coloreado por la sangre que su corazón latiendo violentamente por la fatiga y el deseo le enviaba: sus ojos cuyo fulgor algo habían apagado las vigiliadas de sus orgías, despedían sin embargo un brillo particular y lanzaban una mirada ardiente, prolongada, amorosa casi, impregnada de deseos y anhelante placer, al fijarse en la divina Eulalia. Estaba vestido con elegancia de negro con centro blanco y guantes del mismo color.

¡Ay! qué doloroso contraste formaban Eulalia é Isidoro, con Amparo y Roman. Una feliz, alegre, obsequiada, cubierta de oro y adulación. La otra desdichada, llorando huérfana las consecuencias de un crimen que no había cometido sin embargo.

Isidoro, joven, infame y prostituido, que en vez de reparar su falta con su conducta posterior, arrojaba sobre ella una nueva mancha, anhelando unirse con un lazo indisoluble á una joven á quien tal vez abandonaría haciéndola desdichada, luego que satisfecho su ardiente deseo, la luna de miel de la existencia hubiese pasado. Roman, pobre médico del cuerpo y del alma, que se abrazaba en casto y dulce fuego por Amparo, y que al escuchar su dolorida historia había tomado una resolución firme, terrible.

Paralelo exacto que siempre ante los ojos del hombre honrado favorece á la clase media.

D. Febronio, alegre como unas pascuas conversaba en un grupo, de comercio, de haciendas y de otros asuntos mas ó menos impropios en un baile. En otro grupo en que se hablaba de Eulalia, estaban Enrique y Luis, los dos jóvenes calaveras amigos de Isidoro y que hemos visto una vez en la Gran Sociedad, seductor uno de ellos de Elena la hermana de Víctor.

Las damas envidiaban á Eulalia, los hombres á Isidoro.

La música preludió un wals. Las parejas comenzaban á formarse, cuando un joven exclamó:

—¿No sería mejor que la señorita Eulalia tuviese la bondad de cantar alguna pieza?

Esta proposición fué acogida con entusiasmo por todos los tertulianos. Eulalia, sin ruborizarse, á pesar de que todas las miradas estaban fijadas en ella, llamó á Isidoro y le preguntó con dulce acento:

—¿No querría vd. acompañarme en el piano, Isidoro?

—Con mucho gusto, Eulalia, se apresuró á responder éste, ofreciendo el brazo á la joven para conducirla al piano. Eulalia se apoyó en él componiéndose el vestido. Isidoro preludió con desembarazo y ejecución Eulalia comenzó á cantar con un acento tierno, suave y vibrador como si estuviese formado por un concierto de aves, esa ária hermosa de la Casta Diva de Norma, que Enriqueta Sontag ha popularizado en México. La música y el pensamiento de Bellini, estaban perfectamente comprendidos por Eulalia. Las mexicanas tienen disposiciones notables para la música, y si en la capital se estableciese un conservatorio de este arte sublime, en muy poco tiempo se palparían ventajosos resultados.

Cuando la joven hubo concluido, sonaron prolongados y estrepitosos aplausos y fué invitada para tocar otra pieza. Entonces moduló esa música quebrada y trémula como un sollozo del corazón que desgarraron los pesares, ó vaga como un ensueño de la juventud y que Beriot llamó "Reverie." Parece la expresión de un dolor intenso; comienza como un suspiro, continúa como un sollozo, sigue como un gemido, y va muriendo gradualmente hasta semejar una música de otro mundo. Eulalia siguió perfectamente esa graduación. No se escuchaba en aquel salón ni una voz, ni el sonar de un abanico. Parecía que aquella alegre multitud poco antes tan bulliciosa, había contenido hasta su respiración para escuchar mejor. Solo de vez en cuando un murmullo de aprobación interrumpía aquel profundo silencio. Nuevos aplausos resonaron cuando hubo concluido.

La música volvió á preludiar el wals. Eulalia se lanzó con Isidoro al torbellino de parejas.

Era uno de esos wals que Strauss compuso en una noche de fiebre, viendo pasar ante su vista mil imágenes fantásticas im-

pelidas por un torbellino ó una tromba, ú recordando los argumentos de las baladas de Schiller, en que corria el caballo.... y corria la jóven.... y corria el diablo detrás de ella.

Fernando Orozco, dijo que el wals solo se debe bailar con la persona amada, y creemos que tuvo mucha razon ese desgraciado escritor mexicano, que muy bien se puede llamar el poeta de las tertulias y los bailes, segun el retrato perfecto que de ambas cosas hizo en su Guerra de treinta años.

Eulalia se apoyó en los hombros de Isidoro, sus rostros se juntaron hasta tocarse casi, sus alientos se confundieron, los ojos se fijaron en los ojos, sus lábios aspiraron el ambar del amor, sus manos se estrecharon con una suave presion y durante algun tiempo la lánguida embriaguez de su pasion les impidió hablar. En efecto, hay momentos en la vida en que el fuego del corazon convierte las palabras en fluido y las evapora al salir de los lábios.

Entonces se guarda un silencio mas espresivo y mas elocuente que todos los discursos que puede inspirar el talento.

Al cabo de un momento, Isidoro preguntó en voz baja y con dulce acento:

—¿Estás contenta amor mio, Eulalia de mi corazon?

—¿Puedo dejar de ser feliz estando á tu lado, escuchando tu voz, estrechando tu mano con la mia, contemplando tus ojos, respirando tu aliento, adorándote y viviendo como los ángeles? murmuró Eulalia con su músico acento.

—¡Oh! ¡qué felices vamos á ser dentro de pocos dias, unidos para no volvernos á separar mas!

—¡Dios mio! solo de pensar en ello me estremezco de felicidad.

Y entonces los dos jóvenes, medio apagada su voz por los acentos de la música y el estruendo de la fiesta, dejaron desbordar por sus lábios el torrente contenido en su corazon. ¡Felices ellos, que así olvidados, pensando el uno en el otro, arrebatados por el torbellino de la pasion, gozaban con una ventura tan avara para tantos séres!

Derrepente, el vestido de Eulalia se desgarró lijeramente del talle en la precipitacion del wals. La jóven no lo notó, hasta

que la danza hubo concluido. Entonces, apoyada lánguidamente en el brazo de Isidoro, se dirigió al interior de la casa, en uno de cuyos aposentos mas lejanos y mas retirados, se habia colocado una modista que remediase y atendiese á los accidentes de las señoras, tales como el que acababa de pasar á Eulalia. La modista de ésta que era una francesa, no habiendo podido ir, habia mandado á una jóven de su confianza. Solo la esperanza de ganar en una sola noche para aliviar su miseria, lo que solo se hubiera ganado en dos semanas de constante trabajo, podia haber obligado á la jóven á ir, porque su rostro, su traje, sus modales, revelaban desde luego que si la desgracia la habia reducido al miserable estado de costurera, no habia nacido ciertamente en esa clase. Pero ¿quién la conocia en aquella suntuosa morada? ¿Qué importaba pasar por obrera durante algunas horas, si éste era el solo medio de ganar honradamente la subsistencia? Así es, que la jóven, habiendo llegado al anochecer, se habia instalado en el aposento destinado y dejándose caer en un sillón y ocultando la cabeza entre las manos, se habia puesto á meditar. Por otra parte, nadie la habia visto, y hasta aquel lejano aposento de la casa, solo llegaban los ecos vagos y perdidos de la música del salon. Mucho debia haber sufrido aquella pobre jóven con el contraste, los acentos de la lejana música debian llegar produciendo una dolorosa impresion á su alma llena de amargura, porque no se habia movido de su posicion. Al ruido que produjeron en la puerta Eulalia é Isidoro, la jóven levantó la cabeza. Su mirada se fijó en las personas que se acercaban. Derrepente, al ver á la hermosa Eulalia apoyada en el brazo de Isidoro con esa confianza particular que solo da el amor y que cualquiera puede comprender á primera vista, al reconocer á este último radiante de felicidad, la jóven exhaló un quejido triste como el último suspiro de Weber, y al querer pararse de su asiento, se desmayó. Eulalia dió otro grito de espanto y se acercó al cabo de un momento á la jóven, exclamando:

—¡Dios mio! señorita. ¿qué sucede?

La jóven, como si estuviera muerta, no hizo ningun movimiento.

—¡Socorro! ¡socorro! exclamó Eulalia lanzándose á la siguien-

te habitacion para llamar á las criadas, y volviendo á poco con un vaso de agua y un frasquillo con esencias.

Derrepente, Isidoro, en un movimiento de la j6ven desmayada que le permitió ver su rostro, lanzó un grito de sorpresa, como si aquella fisonomía desfigurada por la desgracia y la miseria se hubiese presentado otros dias á su vista con las suaves tintas de la inocencia y la pureza, como si aquel rostro pálido por un dolor hondo é inmenso, se hubiese retratado en su alma como un remordimiento.

Fué tan marcada la emoci6n de Isidoro, que Eulalia volvió lentamente la cabeza hácia él. Pero el j6ven habia tenido tiempo, sin embargo, para recobrar su impassibilidad.

Amparo, á quien el lector habrá conocido, empezó á volver lentamente en sí. Eulalia la dejó entregada á los cuidados de las criadas y se volvió al salon diciendo con sorpresa:

—Pero qué habrá sucedido á esa j6ven?

—¿Quién sabe? respondió Isidoro perfectamente tranquilo.

Esta ha sido la parte dramática del baile. Y se alejó cantando:

“O bell'alma innamorata  
Ne congiunga il nume in ciel.”

## X.

## ROMAN,

La tarde que siguió á las escenas referidas, Isidoro al volver á su casa que era una elegante habitacion de la calle de Santa Clara, fué detenido por su criado que le anunció que hacia una hora le esperaba un j6ven.

—Pero imbécil, ¿para qué le has dejado entrar? dijo Isidoro impacientado por aquella visita importuna que le iba á robar algun tiempo del sueño á que iba á entregarse, para recuperar la desvelada de la noche anterior.

—Le he dicho que su merced no estaba en casa y que tardaria mucho en volver; pero él ha dicho que le esperaria hasta que llegase, respondió el criado.

—¿Es acaso algun amigo mio?

—No recuerdo haberle visto nunca en la casa.

—¿Y dónde está ahora?

—Le he hecho entrar en la antesala.

—Algun importuno que viene á pedirme dinero, murmuró Isidoro dirigiéndose á sus habitaciones que formaban el ala izquierda de la casa que habitaba en union de su madre, que era

te habitacion para llamar á las criadas, y volviendo á poco con un vaso de agua y un frasquillo con esencias.

Derrepente, Isidoro, en un movimiento de la j6ven desmayada que le permitió ver su rostro, lanzó un grito de sorpresa, como si aquella fisonomía desfigurada por la desgracia y la miseria se hubiese presentado otros dias á su vista con las suaves tintas de la inocencia y la pureza, como si aquel rostro pálido por un dolor hondo é inmenso, se hubiese retratado en su alma como un remordimiento.

Fué tan marcada la emoci6n de Isidoro, que Eulalia volvió lentamente la cabeza hácia él. Pero el j6ven habia tenido tiempo, sin embargo, para recobrar su impassibilidad.

Amparo, á quien el lector habrá conocido, empezó á volver lentamente en sí. Eulalia la dejó entregada á los cuidados de las criadas y se volvió al salon diciendo con sorpresa:

—Pero qué habrá sucedido á esa j6ven?

—¿Quién sabe? respondió Isidoro perfectamente tranquilo.

Esta ha sido la parte dramática del baile. Y se alejó cantando:

“O bell'alma innamorata  
Ne congiunga il nume in ciel.”

## X.

## ROMAN,

La tarde que siguió á las escenas referidas, Isidoro al volver á su casa que era una elegante habitacion de la calle de Santa Clara, fué detenido por su criado que le anunció que hacia una hora le esperaba un j6ven.

—Pero imbécil, ¿para qué le has dejado entrar? dijo Isidoro impacientado por aquella visita importuna que le iba á robar algun tiempo del sueño á que iba á entregarse, para recuperar la desvelada de la noche anterior.

—Le he dicho que su merced no estaba en casa y que tardaria mucho en volver; pero él ha dicho que le esperaria hasta que llegase, respondió el criado.

—¿Es acaso algun amigo mio?

—No recuerdo haberle visto nunca en la casa.

—¿Y dónde está ahora?

—Le he hecho entrar en la antesala.

—Algun importuno que viene á pedirme dinero, murmuró Isidoro dirigiéndose á sus habitaciones que formaban el ala izquierda de la casa que habitaba en union de su madre, que era

una anciana que no sabia mas que rezar y que amaba á su hijo con idolatría.

Isidoro se halló en frente de Roman. Aquella frente ancha y severa, aquella mirada profundamente pensadora, aquel sencillo y grave traje negro, llamaron la atencion de Isidoro. Al verle entrar, el jóven se habia puesto de pié, saludándole con una fria cortesía.

—¿Podria yo saber á qué debo la honra de ver á vd. en mi casa con tanto empeño? preguntó Isidoro algo impacientado.

Roman lanzó una mirada orgullosa de profundo desprecio á elegante.

—No es un mendigo, pensó éste.

—¿Estamos solos? preguntó al cabo de un momento Roman.

—Perfectamente solos; pero si no fuera indiscrecion, me atreveria yo á preguntar á vd., ¿para qué es tanta precaucion y tanto misterio? dijo Isidoro.

—Puede ser que no agradase á vd. mucho que alguno escuchase lo que voy á decirle, dijo Roman con un acento particular.

—Entonces, pasemos á mi cuarto.

Roman se inclinó y siguió sin proferir una palabra al jóven. Su aposento, bastante aislado y enteramente independiente del resto de la casa, era estenso y decorado con un lujo que revelaba desde luego sus instintos.

Muebles elegantes, magnífica alfombra, dos espejos suntuosos, cuadros comprados en casa de Michaud, representando "Las bailarinas de la Porte-Saint-Martin," "Une nuit de carnaval," "Une promenade dans le bois de Boulogne" y "La juventud de Jean Jacques Rousseau."

Todo esto contempló Roman con una rápida mirada.

—¿Está vd. satisfecho ahora? preguntó Isidoro invitando á sentarse al jóven despues de haber cerrado tras de sí la puerta.

—No es mucho lo que tenemos que hablar, por fortuna, dijo Roman permaneciendo de pié; vengo solamente á hacer á vd. una pregunta, una súplica mas bien, á exigir asimismo una reparacion.

—No comprendo, caballero, lo que está vd. diciendo, dijo Isi-

doro con altanería, y le suplico tenga la bondad de explicarse un poco mas.

—Pronto lo va vd. á comprender.

—Ya espero.

—¿Se acuerda vd. de Amparo?.....

Fué tan brusca la pregunta, que Isidoro, á pesar de su completa indeferencia y de su impasibilidad, no pudo menos de estremecerse y ponerse un poco pálido.

—¿Por qué me hace vd. y con qué derecho, esa pregunta tan estraña? preguntó al cabo de un rato de silencio, recobrada ya su calma.

—¿Tan estraña le es á vd., caballero, una cosa en que debiera estar pensando continuamente? dijo Roman clavando sus ojos en los de Isidoro que no pudo menos de bajarlos al sentir el magnetismo de aquella mirada penetrante, sombría, acusadora como la voz de la conciencia.

—¿Me pregunta vd. que si me acuerdo de Amparo?

—Sí, de Amparo.

—¿Pues está bien! me acuerdo, ¿y qué hay en ello?

—Puesto que se acuerda vd. de esa pobre jóven, se acordará también que hace cuatro años, era pura, inocente y casta como un niño; recordará vd. asimismo que una noche, valiéndose de un narcótico y ayudado por una mujer malvada, penetró un hombre infame en su aposento, para arrancarle el honor y marchitar la flor de su pureza.

—¿Caballero!

—¿Silencio, jóven! no me obligue vd. á revelar el nombre de ese infame.

—¿Viene vd. como acusador? ¿ cree vd. amedrentarme con amenazas? Pues se engaña, porque voy á hacerle arrojar por mis criados, dijo Isidoro lanzándose á la puerta para llamar.

Pero Roman se interpuso entre él y la puerta, y tomándole por un brazo, lo empujó con violencia obligándole á sentarse en el sofá. Isidoro se levantó con el rostro purpúreo de cólera, con los ojos chispeantes de furor, y tomando una pistola que estaba sobre un bureau, se precipitó sobre Roman. Pero éste, sin muestra ninguna de cólera, sacó del bolsillo de su levita una pis-

tola, y apuntando al furioso jóven, le dijo con un acento tranquilo y sereno.

—Si da vd. un paso adelante, si hace un movimiento, le tieno muerto á mis piés.

Isidoro se quedó inmóvil, pasado el primer ímpetu de su enojo.

—Vamos, guarde vd. esa pistola; antes de llegar á ese estrecho tenemos aún algo que hablar, continuó Roman depositando su arma sobre una mesa.

Isidoro dejó caer la pistola, dió dos ó tres paseos por el cuarto sin hablar una palabra como si estuviese solo y dejándose caer sobre el sofá y lanzando una mirada terrible á Roman, le dijo:

—Pues bien, hablemos ya que vd. se empeña; pero le suplico que no sea muy larga la conversacion, porque despues de ella, tenemos que arreglarnos para la reparacion del ultraje que acaba vd. de hacerme en mi propia casa.

—No; yo no he venido como acusador, dijo Roman con dulce acento; yo he venido á suplicar, yo he venido á hacer una pregunta cuya respuesta es la vida y la felicidad de una persona, y solo la violencia y la precipitacion de vd., son las que me han obligado á estrujarle para evitar un escándalo en esta casa.

—Está bien; pero ¿qué diablos quiere vd? exclamó Isidoro cólerico.

—Yo no vengo á exigir de vd. una satisfaccion sobre el crimen con que manchó hace cuatro años á esa desdichada jóven Amparo, envolviéndola para siempre en el infortunio y la desesperacion, no; porque eso á nada conduciría, porque esa afrenta solo se podría lavar con un matrimonio imposible por mil circunstancias, yo no soy un aventurero que conecedor de esa falta de su juventud, vengo á hacer comprar mi silencio, yo vengo á suplicar á vd., á decirle:—“Jóven, si en su corazon de vd. hay un gérmen de virtud y nobleza, si aún conserva un resto de compasion para una desdicha en que ha tenido tanta parte, si quiere vd. reparar su criminal extravío, dígame en qué sitio se encuentra su hija, la pobre niña fruto de esa violacion, no anhele otra cosa que volver su hija á la madre á quien veo ir lan-

guideciendo dia á dia, porque falta á su existencia la sávia del amor filial.

Dígame vd. ¿por Dios! en qué parte la malvada mujer que fué causa de todo, ha ocultado á la niña.... yo iré á tomarla, la colocaré entre los brazos de su madre, en vez de ser una prostituta, será una jóven virtuosa y honrada, Amparo volverá á ser feliz y perdonará la falta por la restitution. Tres séres agradecerán á vd. la felicidad que disfrutan y Dios escuchará sus súplicas y hará feliz y dichosa su existencia.

Roman, al proferir estas palabras, estaba pálido por la emocion, trémulo por la ansiedad.

—¡Ah! ya comprendo, vd., de acuerdo con esa jóven Amparo, quiere apoderarse de la niña para valerse de ella como un instrumento, quieren tener una prueba palpitante de un extravío de mi juventud para especular conmigo y arrancarme dinero, amenazándome con una revelacion.

—¡Miserable! exclamó Roman lívido de cólera al escuchar las palabras de Isidoro. ¡Miserable! creia yo encontrar en esa alma de lodo un gérmen de virtud, creia yo ser el intermediario entre Jesucristo y un hombre infame, obteniendo el olvido de un crimen por una reparacion; pero veo que me he engañado y que en la aristocracia de este país, no hay mas que cieno, prostitucion.

—¡Silencio! interrumpió Isidoro rugiendo de furor, no prosiga vd. hablando sin darme satisfaccion de los ultrajes que me ha hecho. ¿Sabe vd. lo que es el honor de un caballero?

—¡Honor! ¡y se atreve vd. á hablar de honor, vd., jóven prostituido, que en este momento está acumulando infamia sobre infamia, vd. que está pisoteando las creencias mas santas y los sentimientos mas puros, con una sospecha vil y mezquina?.... Sí, yo daré esa satisfaccion que se me pide, muy pronto, porque tambien soy un caballero, y como tal he recibido una ofensa muy grave en esta casa.

Isidoro lanzó á Roman una mirada llena de indignacion y preñada de rencor.

—Dice vd. que yo me quiero valer de esa niña como una prueba, continuó el médico con dulzura, si tal intentase, ¿no po-

dria yo amenazar á vd. y venderle mi silencio diciéndole:—Joven, yo me he interesado por la existencia de Amparo, la he visto sufrir con un dolor eterno, sin tregua, al verse separada de su hija, he comprendido que muerta su madrastra, vd. es la única persona poseedora del secreto de la existencia de esa niña; para obtener ese secreto que es la vida de una madre, le he seguido algunos días, he sabido que ama vd. y está próximo á unirse á una hermosa y rica jóven y que puedo decirle á ella y á sus padres: “Isidoro, el jóven que vais á adoptar por esposo y por hijo, ha cometido el crimen de marchitar la flor de la pureza de una jóven casta como una vírgen.”

—No lo creerian.

—Yo procuraria que lo creyesen, y vd. simplemente, por evitar una sospecha, compraria mi secreto.

Isidoro lanzó una mirada no menos rencorosa que la primera al jóven médico y reflexionó un momento.

—Comprendo perfectamente, dijo al cabo de un rato, vd. no es un aventurero; pero está enamorado de esa jóven y quiere hacerla feliz y ganar su simpatía volviéndole á su hija.

Roman no respondió y se ruborizó lijeramente.

Yo, por otra parte, continuó Isidoro, no tengo interés en conservar esa niña cerca de mí, puesto que ni vive á mi lado, apenas la conozco, y cuando la madrastra de Amparo ha muerto y yo he vuelto de Europa, he recibido una carta suya en la que me informaba del lugar donde la habia dejado para que lo avisase, si alguna vez se presentaba á reclamarla, á Amparo que habia abandonado su casa y á quien no habia vuelto á ver. Dentro de la carta venia incluido una especie de recibo con el cual se podia recojer á la niña en cualquier tiempo. He dado á la casa que la educa, el dinero suficiente para un año de manutencion, y no he vuelto á pensar mas en el asunto.

—¿Y ese recibo, ese recibo? preguntó anhelante Roman.

—Ese recibo se lo voy á entregar á vd. ahora mismo, ya que estoy convencido que va á hacer llegar la niña á las manos de Amparo, de lo cual me alegro, lo confieso, ahora que vd. me ha jurado que Amparo es tan virtuosa como lo era en otro tiempo y que no se va á valer de ella como un instrumento.

—¡Oh! ¡gracias! ¡mil gracias! caballero, una sospecha vil lo hacia á vd. ser injusto, exclamó Roman; pero la verdad y el convencimiento lo hacen bueno. Acaba vd. con esta accion de reparar esa falta de su juventud.

Isidoro se dirigió á su bufete, abrió con una llave que guardaba en un bolsillo con algun cuidado, un pequeño cajon, y despues de buscar entre algunos papeles, tomó uno que puso en las manos del médico.

Este lo abrió violentamente, recorrió su contenido y lo guardó cuidadosamente en su bolsillo, pintada en su rostro una dulce satisfaccion.

—Jóven, dijo estrechando la mano de Isidoro, ha hecho vd. la felicidad de su hija y de una madre, nunca se arrepentirá de ello y vd. es mas honrado y mas bueno de lo que yo creia.

Isidoro estrechó á su vez la mano de Roman. Ambos jóvenes hubieran llegado á ser amigos á pesar de que uno era un calavera y el otro honrado; pero el espantajo del honor se habia interpuesto de antemano entre ellos.

—¿Y la satisfaccion de ese ultraje? preguntó al cabo de un momento Isidoro.

—¿La pide vd. todavia? dijo Roman con triste desaliento.

—¿Puede dejarse estrujar un caballero sin exigir una satisfaccion?

—Es verdad, nosotros debemos batirnos.

—Acaso despues de ese duelo, y si es posible, seremos amigos.....

¡Triste y desconsoladora filosofía de los duelos, por un capricho, por un asunto de honor social pésimamente interpretado, os batís sin ganas, sin que os creais ofendido, con temor y repugnancia muchas veces, hasta con vuestro mejor amigo por llenar una exigencia de la sociedad, porque no os llamen cobarde, á pesar de que vuestro contrario tiene tanto temor como vos en ese horrible asesinato pensado y á sangre fria que se llama duelo. Por la parodia del honor, por una palabra, por un insulto, os batís con un hombre á quien no teneis motivos para aborrecer hasta el extremo de matarle, y sin embargo, muchas veces tran-

sigis con el honor en otras cosas en que con menos razon debierais transigir.

—Jóven, dijo Roman, yo suplico á vd. que se difiera este duelo para mañana á las cuatro, porque antes de batirme tengo que arreglar algunos asuntos concernientes á esa pobre niña.

—Está bien, tenga vd. la bondad de enviar á su padrino para que se arregle con él mio en esta casa, mañana á las ocho, respondió Isidoro.

—Vendrá á esa hora. Hasta mañana, caballero.

—Hasta mañana.

Roman salió de aquella casa delirante y medio loco.

Tanta emocion habia fatigado su alma con un ardor febril. En efecto, habia recobrado aquella niña, iba á volver su hija á una madre y á hacerla feliz. Trabajaba por la dicha de Amparo sin que ésta lo supiese, habia comprado la vida de su hija á costa de la suya tal vez. Atravesó distraido y sin saber lo que por él pasaba, las calles de Santa Clara y San Andrés. Al llegar á la Alameda se detuvo, se sentó en la aislada glorieta que está frente á la Iglesia de San Juan de Dios y quitándose el sombrero para refrescar su frente calenturienta, se puso á meditar.

El jóven, distraido hasta entonces su pensamiento con la ciencia, esa amante de los desgraciados, no habia dejado germinar en su alma otros sentimientos que los del amor á la humanidad y la gloria; pero ahora una imágen se habia retratado en el cristal de aquella alma noble, un sentimiento profundo, eterno, dominador, le avasallaba y sus lábios á cada instante murmuraban un nombre, el nombre de la dulce imágen estampada en su corazon hacia algunos meses. ¡Amparo! ¡Amparo! ¡Amparo!

¿Y llegaría á amarle con el mismo fuego con que él la amaba, aquella pobre jóven víctima de la sociedad, tan jóven y tan desdichada?

¿Se podría llamar amor aquella dulce confianza con que lo trataba, aquel rubor que encendia su hermoso rostro al verla, aquellas reservadas confianzas que solo para él tenia? Roman en su modestia no podia adivinarlo. Lo único que él sabia, era

que la amaba con todo su corazon hasta el delirio, que habria sido muy feliz viviendo á su lado y que ahora iba á dar gustoso, tal vez su existencia por verla feliz. El jóven recobró su calma, volvió á leer el papel que habia recibido de Isidoro y echó á andar lentamente y como reflexionando. Atravesó la plazuela de San Juan de Dios y los callejones que la continúan hácia la derecha hasta llegar al sombrío edificio de las Hermanas de la Caridad. Entró en la porteria y preguntó por la superiora. Esta lo hizo penetrar en el locutorio. El jóven le presentó el papel. La hermana, despues de haberlo recorrido, se disponia á salir, cuando Roman le dijo:

—¿Está aquí la niña?

—Si señor, y voy á hacerla venir..... pero ¿va vd. á llevarla ahora mismo?

—No señora, si vd. me lo permite, solo la veré, para volver mañana temprano por ella.

—¿Es vd. su padre?

—Sí señora, respondió Roman despues de un momento de vacilacion.

La religiosa fué á llamar á la niña.

Una sombra de remordimiento habia hecho á la madrastra de Amparo, durante su última enfermedad y en los dias en que se hallaba próxima á morir, arrancar á la niña de las manos de las sórdidas personas que la criaban, para enviarla á una casa de santidad. Habia escrito una carta, como ya sabemos, á Isidoro, incluyendo en ella el papel con que en cualquier tiempo podría reclamarla Amparo, cuyo paradero ignoraba. Isidoro, por otra parte, habia entregado la corta pension que la superiora, por medio de una mujer, le habia pedido.

Roman volvió en sí de la meditacion en que se habia sumergido, por el acento de una voz infantil que decia:

—Mi papá, ¿es verdad? ¿dónde está mi papá?

El jóven se volvió y contempló á una niña de tres años á quien la religiosa conducia de la mano.

Era una niña hermosa como un querubin, con unos ojos de azul oscuro, con una frente blanquísima y tersa coronada por cabellos rubios que caian sobre sus hombros formando rizos, con

una boquita encendida y pequeña. Se asemejaba mucho á Amparo en la dulce y triste expresion de la fisonomía y en la finura y pureza de la tez.

—¿Este señor que está ahí sentado es mi papá? continuó la niña.

—Sí, alma mia, yo soy tu papá, dijo Roman tomándola entre sus brazos y dándole un beso en la frente.

La niña empezó á acariciar con sus manecitas el pálido rostro del jóven. Este notó con espanto al través de aquella fisonomía infantil, pero un poco enflaquecida, las señales del veneno de una enfermedad.

—¿Está enferma ahora la niña? preguntó con interés á la religiosa.

—Sí señor, desde el dia que ha venido aquí.

Roman se estremeció.

—Pobre niña, murmuró volviéndola á besar, ¡hija de la desdicha! ¡flor brotada en un páramo! ¡poco, muy poco vas á alhagar con tus perfumes el alma de tu infeliz madre!

—¿Es cierto que yo voy á irme contigo? preguntó la niña.

—Sí, hija mia, mañana volveré por tí, dijo Roman.

Quando el jóven salió de allí, ya la tarde comenzaba á caer.

Se dirigió atravesando la ciudad hasta su aposento, donde llegó cuando la noche habia cerrado completamente.

Gabriel se encontraba ya en su aposento, el médico le hizo venir y estuvo hablando con él cerca de media hora. Despues se encerró en su cuarto sin visitar á Amparo, como hacia algun tiempo lo acostumbraba; hizo venir asimismo á la señora Paula con quien habló largo tiempo; se paseó agitadamente durante algun tiempo, y pasó el resto de la noche arreglando algunos papeles y escribiendo una carta.

Estaba dirigida á Amparo. Quiso dormir un momento cerca del amanecer; pero no pudo conseguirlo. Muy de mañana estando á la puerta de su aposento, oyó á Amparo salir á la primera misa. El jóven sintió impulsos de hablarle, de referirle lo que habia sucedido la tarde anterior, el encuentro de la niña; pero conoció que una noticia tan brusca, podria causarle un acci-

dente y se limitó á verla medio oculto por la puerta lanzando un suspiro. Cerca de las nueve entró Gabriel en su cuarto.

—¿Qué ha habido? le preguntó Roman.

—Nada, por mas que he hecho no he podido obtener un arreglo, á pesar de que vd. tambien me lo habia prohibido, el padrino de ese jóven es un amigo suyo que se llama Enrique, hemos hablado mucho tiempo; pero él parecia inflexible y yo no he querido que fuese á creer iba yo á darle una baja satisfaccion. El duelo se verificará esta tarde á las cinco en un lugar solitario que llaman "Lomas de Santa Fé," con pistolas, una de las cuales se cargará solamente, quedando la otra sin carga para que la suerte designe á la víctima.

—¿A qué distancia tiraremos?

—A treinta pasos.

—Está bien, ¡gracias! Gabriel, es vd. el único amigo que tengo en el mundo, y voy á hacerle como tal otro encargo.

—Roman, triste es el motivo porque sirvo á vd. ahora; pero le amo y espero con confianza en Dios, que no será esta la última vez.

—Lo creo, jóven, lo creo y de otra manera no le haria el encargo que voy á hacerle. Si por una desgracia, que no seria sin embargo estraña, muriese yo en este duelo, entregará vd. esta carta á Amparo y seguirá las instrucciones que en ese papel se contienen, dijo Roman señalando dos cartas cerradas que estaban sobre la mesa. No tengo que recomendarle la discrecion en este asunto. Que nadie comprenda el asunto que tratamos

—Esté vd. tranquilo, Roman. ¿A qué hora partiremos?

—A las tres.

—Hasta luego.

—Adios.

Y los dos jóvenes se dieron uno de esos apretones de manos, que en las circunstancias tristes de la vida, son mil veces mas elocuentes que los mas arrebatados discursos. Roman se dirigió al centro de la ciudad, y despues de haber oído una misa en la Catedral con la devocion de un niño, tomó un coche en la Plaza de Armas, diciéndo al conductor:

—A las hermanas de la caridad.

El coche siguió la dirección de las calles de Santo Domingo, Donceles, la Canoa, la Estampa de San Andrés, y se detuvo en el convento.

Roman entró á la porteria é hizo avisar á la religiosa. Diez minutos despues se presentó ésta trayendo de la mano á la niña, á quien desde ahora llamaremos con su nombre de bautismo que era el de María. Al ver ésta al jóven, corrió hácia él exclamando:

—Papá, papá, ¿vienes ya por mí para que vayamos á ver á mi mamá?

—Sí, hija mia, dijo el médico conmovido.

La religiosa puso en manos de Roman un bolsillo diciéndole:

—Devuelvo á vd. este dinero, porque como se ha pagado un año de pension últimamente y la niña solo ha estado aquí siete meses, sobra por consiguiente el importe de cinco.

—Guarde vd. ese dinero, señora, respondió el jóven; acaso algun dia lo necesite vd. para una niña tan desgraciada como ésta. Y despues de haberse despedido de la religiosa dándole las gracias, tomó á la niña entre sus brazos y montó en el coche diciendo al conductor:

—A San Salvador el Verde.

—Mi mamá, ¿es cierto que vamos á verla, papá? exclamó María.

—Sí, hija mia, pero ¿cómo sabes tú que tienes mamá? preguntó Roman.

—¡Oh! muy bien, porque yo sé que todas las niñas tienen mamá y la señora con quien estaba yo antes de venir á esta casa, me lo dijo.

—¿Qué te decia?

—Me decia, que yo tenia mi mamá; pero que nunca la habia de ver, y cuando le preguntaba yo, me pegaba y me hacia llorar.

—¿Y nadie te iba á ver?

—Sí, una señora.

—¿Y qué te decia?

—Nada; pero me pegaba tambien.

—Pues ahora, ya nadie te castigará, porque dentro de dos dias vas á ver á tu mamá.

Roman la víspera habia hablado largo tiempo con la señora Paula; le habia referido la historia de Amparo porque lo creyó necesario, y la buena mujer se habia conmovido hasta las lágrimas.

Ambos habian convenido en ocultar en su aposento á la niña María por dos ó tres dias solamente, á fin de ir preparando poco á poco á Amparo, y no darle bruscamente un placer que podria ser de muy funestas consecuencias para una organizacion tan nerviosa como la suya.

Esto era muy fácil, puesto que Amparo visitaba á la señora Paula una vez á la semana y la víspera precisamente habia tenido lugar esa visita. Cuando la señora Paula oyó parar el coche, bajó precipitadamente á la puerta.

—¿No está por ahí? preguntó Roman.

—No ha salido en toda la mañana de su cuarto, respondió aquella.

Roman, despues de haber despedido al cochero, tomó á la niña entre sus brazos y subiendo la escalera, entró con ella en el aposento de la señora Paula.

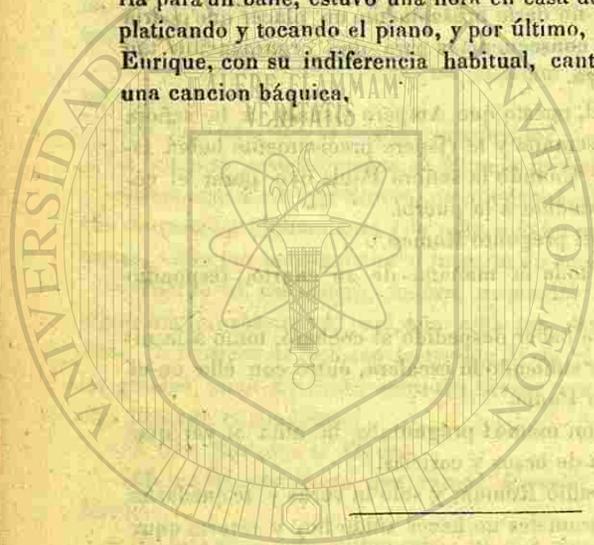
—¿Es esta señora mi mamá? preguntaba la niña al ver que Guadalupe la llenaba de besos y caricias.

—No, no es, respondió Roman; y solo la verás y te quedarás con nosotros, si me prometes no hacer ruido hoy y estarte aquí jugando con esta niña.

María, con esa dulce ignorancia de los niños, no comprendió lo que se le decia, y se puso á ver á Guadalupe sonriéndose con ella. La señora Paula, segun las instrucciones de Roman, habia comprado una camita para María y algunas telas para vestidos. Sin embargo, ignoraba el desafío de en la tarde. Roman sintió impulsos antes de partir para aquel duelo, del que quizá no volveria jamas, ver por la última vez á Amparo, escuchar su dulce acento; pero temió cometer una indiscrecion y apoyando sus manos sobre su pecho para apagar los latidos de su corazon, se fué á buscar á Gabriel.

En cuanto á Isidoro, habia salido del lecho á las nueve de la mañana, despues de saber por su amigo Enrique los pormenores y arreglos del duelo, mandó ensillar su caballo, se dirigió al

Tívoli de San Cosme donde almorzó perfectamente, fué al tiro de pistola de las Delicias, donde estuvo ejercitándose en colocar algunas balas en el anillo del centro de la placa, luego se lanzó á galope por la romanesca calzada de la Piedad, volvió á su casa, donde se vistió con un esmero y elegancia con que lo haría para un baile, estuvo una hora en casa de la divina Eulalia platicando y tocando el piano, y por último, se fué á buscar á Enrique, con su indiferencia habitual, cantando entre dientes una cancion báquica,

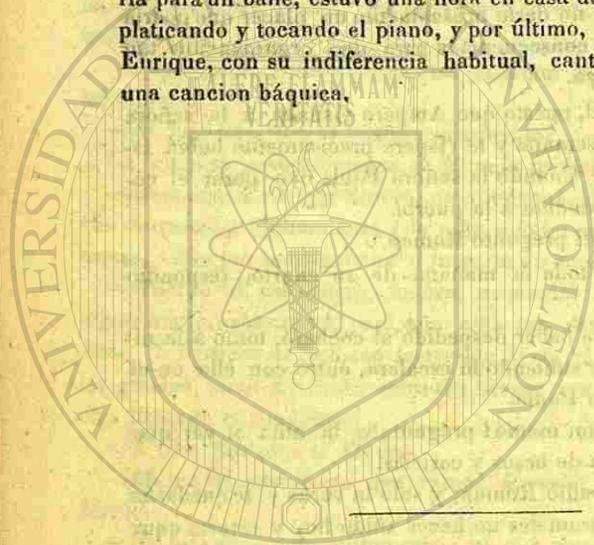


## XI.

### EL DUELO.

A las tres, Roman y Gabriel montaron en un coche en la gran Plaza de Armas. El cochero recibió la orden de conducirlos á Tacubaya. Como se había convenido entre Enrique y Gabriel, Isidoro debía llevar las pistolas, una de las cuales se debía cargar solamente. Roman se reclinó en el fondo del carruaje y con la cabeza oculta entre las manos, se dejó avasallar por la influencia de una triste meditación. Todo su pasado se presentó con vivos colores á su imaginación calenturienta y presa de mil contrarias impresiones. Pensó en su infancia tan serena, pasada al lado de su madre en un hermoso pueblecito de la costa veracruzana, en su bella hermana, ¡pobre ángel, cuyo porvenir no fué de este mundo y que voló á esperar en otro mas verdadero á su madre! en aquellos alegres paseos en lancha por la azul superficie del mar, en sus escursiones por tierra á Veracruz, en su triste despedida el dia que tuvo que partir para Europa, en sus diez años de estudio, de meditación, de práctica en los hospitales de Paris, en sus viajes por la Alemania y la Italia, en su dolor al volver á México y hállarse sin un pariente,

Tívoli de San Cosme donde almorzó perfectamente, fué al tiro de pistola de las Delicias, donde estuvo ejercitándose en colocar algunas balas en el anillo del centro de la placa, luego se lanzó á galope por la romanesca calzada de la Piedad, volvió á su casa, donde se vistió con un esmero y elegancia con que lo haría para un baile, estuvo una hora en casa de la divina Eulalia platicando y tocando el piano, y por último, se fué á buscar á Enrique, con su indiferencia habitual, cantando entre dientes una cancion báquica,



## XI.

### EL DUELO.

A las tres, Roman y Gabriel montaron en un coche en la gran Plaza de Armas. El cochero recibió la orden de conducirlos á Tacubaya. Como se había convenido entre Enrique y Gabriel, Isidoro debía llevar las pistolas, una de las cuales se debía cargar solamente. Roman se reclinó en el fondo del carruaje y con la cabeza oculta entre las manos, se dejó avasallar por la influencia de una triste meditación. Todo su pasado se presentó con vivos colores á su imaginación calenturienta y presa de mil contrarias impresiones. Pensó en su infancia tan serena, pasada al lado de su madre en un hermoso pueblecito de la costa veracruzana, en su bella hermana, ¡pobre ángel, cuyo porvenir no fué de este mundo y que voló á esperar en otro mas verdadero á su madre! en aquellos alegres paseos en lancha por la azul superficie del mar, en sus escursiones por tierra á Veracruz, en su triste despedida el dia que tuvo que partir para Europa, en sus diez años de estudio, de meditación, de práctica en los hospitales de Paris, en sus viajes por la Alemania y la Italia, en su dolor al volver á México y hállarse sin un pariente,

sin un amigo, entregado al desamparo de la miseria, teniendo que vivir pobremente mientras encontraba un destino, con los restos que había conseguido salvar del naufragio de su fortuna, y sobre todo, en aquella joven que se había presentado en su camino, tan bella, tan desdichada, para despertar en su alma un sentimiento nuevo, pero impregnado de un atractivo irresistible, eterno, avasallador de su existencia; ser de su ser y alma de su alma, bella imagen que semejante á un espejo de la creación, se le presentaba en todas partes, durante el día en cada luz del astro rey, durante la noche en cada vaga penumbra de la pálida deidad del cielo, en cada temblante fulgor de las estrellas, durante la tarde en cada celaje, en la media luz de cada tinta crepuscular; cielo de su día, lámpara de su noche, dulce olvido de su pasado, eterna idea de su presente, vaga esperanza y apacible luz de su porvenir, casta y doliente imagen que convertía sus sueños en una continuación de la vigilia, nombre repetido mil y mil veces por los labios del alma, escuchado en cada suspiro del ambiente, escrito con caracteres de fuego en las tinieblas de su corazón. ¿Qué importaba la muerte si un minuto antes se podía decir: "Corazón mio, amala aún: pensamiento, retrata su imagen: ojos míos, lloradla; labios, pronuncia su nombre por la última vez. Muerte, llévame á continuarla idolatrando en la eternidad. ¡Dios mio! ¡dadle en felicidad, cuanto yo le di en amor sobre la tierra!"

Quien haya sentido alguna vez al despertarse una pasión inmensa en su alma, convertir su cuerpo en una fiebre que anda, que se agita movido por una sola idea, la idea de esa pasión, comprenderá muy bien el estado de Roman al decir su adiós á aquella encantadora ilusión cuya realidad se llamaba Amparo.

Gabriel le contemplaba en silencio sin atreverse á interrumpir su vaga y triste meditación.

El coche corría con rapidez por la calzada que divide en dos esa arquería, obra maestra del génio y la constancia. A poco se presentó Chapultepec, ese severo castillo que reposa sobre una alfombra de verdura, ese testigo mudo, sombrío acusador de las locuras y extravíos de la opulenta capital, esa página palpitante de nuestra infeliz historia, desde Moctezuma hasta Santa-Anna,

desde la entrada del ejército trigarante en 1821, hasta el estruendo del cañon invasor en 1847, ese gigante que vive con la existencia de los siglos. El bosque que los jóvenes dejaban hacia su derecha estaba hermoso como lo está siempre en los últimos días del otoño, las ramas de los árboles caían lánguidamente en festones que tapizaban con una alfombra de un hermoso verde la blanca tápia que lo circunda. A poco se presentó Tacubaya, la de los idilios juveniles, la niña mas consentida de México, la de las alegres tertulias en que el corazón enamorado encuentra una dulce expansión, la de las serenatas á la tibia, temblante y fugitiva luz de la luna, la villa realizadora de las ilusiones con que la juventud en su dulce privilegio, nutre su imaginación abrasando en blando fuego su alma. A tiempo que el coche entraba por la hacienda de la Condesa, otro coche, conduciendo á Isidoro y Enrique lo alcanzó y lo adelantó bien pronto, merced á los lijeros caballos que lo arrastraban. A alguna distancia de Tacubaya, los jóvenes se apearon. Gabriel habló en voz baja con el cochero, que espoleó sus mulas y fué á colocarse á un lado del camino en una de las llanuras que se encuentran á la derecha de la calzada que conduce á Mixcoac. Cerca de allí estaba otro carruaje. Los jóvenes salieron de la calzada y comenzaron á andar con precipitación en dirección á las solitarias lomas que se encuentran entre el camino de Toluca y el Olivar del Conde.

Eran las cinco de la tarde, el día había estado muy nublado y por consiguiente el crepúsculo debía adelantarse media hora envolviendo á la naturaleza en una bella media luz.

A poco andar distinguieron á Isidoro y á Enrique caminando en la misma dirección; el segundo llevaba una pequeña caja. Bien pronto se reunieron cambiando un cortés saludo.

Gabriel y Enrique se adelantaron á un lado del camino para cargar una de las dos pistolas que dentro de la caja que llevaba el último se contenían. Isidoro y Roman se quedaron de pié. El primero se puso á golpear negligentemente con una varilla que llevaba en la mano, los hermosos arbustos y campesinas florecillas. El segundo volvió la espalda y se puso á contemplar el paisaje magnífico que se desarrollaba ante su vista. Era en

efecto magnífico el paisaje, y al ver aquella naturaleza tan risueña, cualquiera hubiera creído que aquellos cuatro silenciosos jóvenes en vez de reunirse para un siniestro objeto, eran artistas ó poetas que corrían ávidos en busca de inspiraciones. Por una parte, á sus piés, se veía la villa de Tacubaya, hundida al parecer en un barranco, porque las cruces de sus torres y los miradores de sus palacios se contemplaban casi al nivel del suelo; en segundo término, el torreón del castillo de Chapultepec, sobresaliendo de una verde alfombra; en lontananza las torres y edificios de México la bella, la hermosa coqueta, orgullosa con las adulaciones que murmuran á sus oídos las ondas de Chalco y de Texcoco, la ciudad de los palacios y los jardines, la blanca heldad cuya frente, sin embargo, está manchada de sangre de hermanos, la de los mil suntuosos templos, medio encubierta por las brumas de los lagos y las primeras tintas del crepúsculo. Por otra parte, los campanarios de las aldeas de Mixcoac, San Angel, Santa Fé, sobresaliendo de un oceano de flores, como ramilletes tirados al acaso por una maga. Y todo ese valle de México, obra maestra de Dios, admiración de los hombres, impregnado de recuerdos del barón de Humboldt.

Y todo esto bajo un cielo siempre azul, siempre fúlgido, ahora plomizo á causa de las nieblas, ornado encima de las nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl por un disco argentado y vago que dentro de dos horas se tornará incandescente y alumbrará con sus pálidos reflejos y tembladores rayos la vasta extensión de los silenciosos y dormidos campos. Se respiraba una brisa tibia impregnada de los perfumes de las violetas de Tacubaya, de las rosas de San Borja, de los manzanos de Mixcoac, San Angel y Coyoacan. Nada interrumpía el silencio mas que esos ruidos vagos y sin nombre de la soledad, que parecen formados de los suspiros de las flores enamoradas, del canto lejano de las aves, de la música de la creación que envía un himno eterno de amor y gratitud al Supremo Hacedor, del triste, confuso y melancólico tañir de las campanas de las aldeas vecinas.

Una de las pistolas estaba cargada. Gabriel y Enrique escogieron el sitio, que era una llanura encajonada entre dos pequeñas colinas y contaron exactamente treinta pasos. Roman é Isi-

doro tomaron sin ver cada uno su pistola y fueron á colocarse en el sitio que sus padrinos les designaron á su lado.

Roman, como se habia convenido, apuntó al acaso é hizo fuego.... Pero el tiro no salió, y solo se oyó el choque de la llave.

Reinó entonces un profundo silencio que ni la respiración de los jóvenes interrumpía. Parecía que aquellos cuatro hombres se habian convertido en cuatro estatuas.

Gabriel alargó maquinalmente los brazos á Roman. Este, pálido, pero resuelto y sereno, se cruzó de brazos mirando fijamente á su contrario.

Isidoro alargó el brazo y apuntó, Roman vió en frente de su pecho el cañon de una pistola; pero no se desvió ni una línea del lugar en que estaba colocado.

El tiro salió. Roman se estremeció, llevó maquinalmente las manos á su pecho, dió algunos pasos hácia atrás y cayó en los brazos de Gabriel. Al mismo tiempo su levita negra que llevaba completamente abrochada, se tiñó en sangre encima del lugar del corazón.

Isidoro y Enrique ayudaron á Gabriel á trasportarle al coche que esperaba á un lado del camino. Los dos primeros montaron en su carruaje y se alejaron en dirección del camino de Tacubaya.

La ofensa estaba vengada. La mancha sobre el honor se habia lavado con sangre. ¿Qué importaba que un hombre muriese, si el mentido honor de un caballero quedaba bien puesto...? La sociedad nada hubiera dicho al saber la violación de Amparo; porque, ¿no se ha criado la clase media para víctima de los placeres de la aristocracia? Pero hubiera alzado el grito si hubiera sabido que Isidoro, el rico, el admirado joven, toleraba los insultos y permitía ser estrujado por un hombre decente y honrado, pero pobre, que osaba pedir una restitución. ¡Oh! los salones de Plateros y San Francisco le habrían desdeñado. Bucareli habria murmurado. El patio del teatro y la terciena habrian proferido sangrientos chistes. ¡Ya se vé! la igualdad no puede existir en México. Bastante habia hecho Isidoro con desafiarse en vez de hacerle despedir á palos por sus lacayos ó hacerle poner preso. ¡Famosa nobleza! ¡Nobleza de caricaturas!

¡Aristocracia arlequin! ¡Aristocracia pulichinelli!—¿De qué estás formada?—¡Dios mio! ¡Vergüenza cansa decirlo! Jovencitos, parodias de los salones de Paris; mujeres hermosas sin afecciones pátrias y sin sentimiento.—Ejército corrompido! ¡Bonapartes de procesion! ¡Apóstatas del presidio! cuyos méritos son diez pronunciamientos por hambre (*pacte de famine*) y que en vez de comer humildes el pan bendito del orden religioso y civil, habeis convertido la patria en ensangrentado teatro de vuestra ambicion y vuestros crímenes. Por ceñiros una banda de general, por llegar á un ministerio, habeis caminado por una alfombra de despedazados cadáveres, sin ver los rios de sangre que atravesábais y sin oir los lamentos desgarrados de las familias de la clase media que vuestra rapacidad habia dejado huérfanas.

¡Noble ejemplo nos habeis dado á nosotros jóvenes! Nosotros al nacer hemos recibido por bautismo las lágrimas de nuestras madres que gemian á nuestros muertos ó desterrados padres, que bebian el agua de rios extranjeros amargada por su llanto y comian el mendigado y negro pan del proscrito; nosotros desde niños hemos visto brazos hermanos armados de contrarios puñales; hemos sentido el vendabal envenenado de la guerra civil penetrar hasta el rincon mas santificado de la casa, quemando y agostando las mas hermosas y de mas blando perfume flores del jardin paterno.

¿Y esos jovencitos, y esas bellas mujeres, y ese mal ejército, se llama aristocracia? ¡Dios mio! ¿Qué es lo que pasa? ¡Mas no! ten fé y esperanza, clase media, clase inteligente, clase virtuosa, la democracia y la igualdad vienen, el siglo avanza arrastrando en su empuje á los malvados y los traidores. ¡Fé y esperanza, si es tuyo el presente, tuyo es el porvenir!.....

Entre Gabriel y el cochero, que mudo y aterrizado no comprendia lo que acababa de pasar, acomodaron á Roman en el coche.

Gabriel tendió una mirada inquieta por toda la estension del campo que podian abarcar sus ojos, y un rayo de satisfaccion bañó su fisonomía. Lejos, muy lejos, acababa de distinguir una casita, blanqueando entre el follage de los árboles que formaban

una pequeña selva entre el camino estraviado que conduce á Cuajimalpa y la aidea de Nonoalco.

Gabriel subió al coche y dió orden al cochero de conducirlos allí lentamente. En efecto, la tarde comenzaba ya á declinar, Roman parecia estar muy mal herido, y era empresa arriesgada y peligrosa quererle conducir á México por la gran distancia, y á Tacubaya por el escándalo que se formaria con la presencia de un herido.

Roman habia caído en un letargo á causa de la sangre que escurria por su herida, y Gabriel, despues de haber entreabierto su casaca y su camisa, la restañaba con su pañuelo.

Ya habia anochecido cuando el coche se detuvo delante de la casa. Era una hermosa y pequeña granja con su patio lleno de flores, con sus trojes de un lado y sus aposentos del otro, perteneciente á unos honrados labradores. Gabriel informó á las buenas gentes de lo que pasaba. Su exterior les inspiró confianza, ayudaron á introducir al herido en un aposento prodigándole los ausilos del momento, y un criado partió á galope á San Angel para traer un médico.....

Véamos ahora lo que pasaba en la casa de San Salvador.

La señora Paula habia visto salir al medio dia á Roman y Gabriel juntos. Amparo, por una casualidad, los habia visto tambien.

Pasó toda la noche, pasó todo el dia y ninguno volvía.

María habia permanecido entretenida por Guadalupe sin salir del aposento.

Cerca de la media noche, la señora Paula fué á llamar al cuarto de Amparo para comunicarle sus temores, sin revelarla, sin embargo, la existencia tan próxima de María. Las dos corrieron al cuarto de Roman. Estaba abierto.

Encima de la mesa se veía una carta. Estaba dirigida á Amparo. La jóven la abrió y leyó violentamente las siguientes palabras:

“Amparo:

“He muerto, puesto que Gabriel entrega á vd. este papel; pero he recobrado á María, la hija de su corazon. Está entre los

CLASE MEDIA.—13.

brazos de la señora Paula y ya no se separará de su lado de vd. ¡Adios! ¡Adios! La amaba yo á vd. con toda mi vida, y muero tranquilo y contento, puesto que al morir le dejo la felicidad.

“Al estrechar contra su corazon á esa niña, acuérdesese vd. de mí.

*Roman.”*

Amparo dejó caer el papel, su rostro se contrajo, sus ojos giraron en sus órbitas, tendió rígidamente sus brazos hácia delante, y lanzando un gemido triste como el último suspiro de Weber, cayó privada de sentido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## XII.

### SACRIFICIO DE MARTIR.

**H**an pasado tres meses desde las últimas escenas que hemos referido.

Es una triste tarde del mes de Febrero, en que el invierno al despedirse lanza su último suspiro helado.

Penetremos en el aposento de Amparo. Este, siempre triste, está hoy, sin embargo, cubierto por un nuevo velo de sombría amargura. Seis personas lo ocupan. En un rincón y sobre un pequeño lecho reposa la niña María, pintadas en su rostro las últimas señales de la agonía. Su organizacion enfermiza por los pesares que combatian á su desdichada madre al llevarla en su seno, se ha gastado ahora por una de esas afecciones inflamatorias en los órganos de la respiracion que tan á menudo complican las fiebres eruptivas de la infancia y en las que la muerte se produce por asfixia.

Hace un mes que se está apagando lentamente como una lámpara.

A su lado, con los brazos apoyados en el borde del lecho, con el rostro pálido y desencajado, con la mirada fija, está Amparo contemplando la fisonomía descompuesta de su hija. Sus ojos

brazos de la señora Paula y ya no se separará de su lado de vd. ¡Adios! ¡Adios! La amaba yo á vd. con toda mi vida, y muero tranquilo y contento, puesto que al morir le dejo la felicidad.

“Al estrechar contra su corazon á esa niña, acuérdesese vd. de mí.

*Roman.”*

Amparo dejó caer el papel, su rostro se contrajo, sus ojos giraron en sus órbitas, tendió rígidamente sus brazos hácia delante, y lanzando un gemido triste como el último suspiro de Weber, cayó privada de sentido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## XII.

### SACRIFICIO DE MARTIR.

**H**an pasado tres meses desde las últimas escenas que hemos referido.

Es una triste tarde del mes de Febrero, en que el invierno al despedirse lanza su último suspiro helado.

Penetremos en el aposento de Amparo. Este, siempre triste, está hoy, sin embargo, cubierto por un nuevo velo de sombría amargura. Seis personas lo ocupan. En un rincón y sobre un pequeño lecho reposa la niña María, pintadas en su rostro las últimas señales de la agonía. Su organizacion enfermiza por los pesares que combatian á su desdichada madre al llevarla en su seno, se ha gastado ahora por una de esas afecciones inflamatorias en los órganos de la respiracion que tan á menudo complican las fiebres eruptivas de la infancia y en las que la muerte se produce por asfixia.

Hace un mes que se está apagando lentamente como una lámpara.

A su lado, con los brazos apoyados en el borde del lecho, con el rostro pálido y desencajado, con la mirada fija, está Amparo contemplando la fisonomía descompuesta de su hija. Sus ojos

no tienen ya una lágrima, su pecho un sollozo; hace dos meses que aquellas han secado sus ojos, y éstos han lastimado su pecho. Ha llegado á ese estado en que el sufrimiento, se convierte en una desesperacion silenciosa, muda, sombría. No se llora, no se suspira, no hay un gemido, se ha convertido uno en una especie de estatua insensible á fuerza de sufrir. Un nuevo dolor no sorprende, no aumenta la desesperacion, porque ya se le esperaba, porque se llega á dudar de la existencia de la felicidad, y ¡Dios mio! tambien hasta de vuestra Providencia. Esta resignada desesperacion, por decirlo así, es una nueva prueba, sin embargo, de la vida de la Providencia, es un beneficio ese embotamiento de los tiros del dolor sobre el alma. En prueba de esto, no puedo menos de repetir aquí lo que he dicho en "La Sensitiva." Hay en la vida una enfermedad incurable que se desarrolla en el corazon, cuando el dolor nos martiriza sin tregua, mal espantoso que presenta diversos perfidos. En el primero lloramos mucho al ver burladas así nuestras esperanzas y dudando aún, se conserva una ilusion vaga en medio de esas lágrimas. Este es el sufrimiento.

En el segundo, cuando perdemos ese último destello de fé, se va concentrando en nuestro corazon toda la hiel que el mundo nos ha dado á probar, y le volvemos odio por odio, sarcasmo por sarcasmo; sin embargo, cuando los recuerdos de una felicidad pasada, ese martirio eterno, viene á cruzar por nuestra memoria, todavia encuentra un eco en nuestro corazon, todavia la sensibilidad adormecida se escita, todavia nos hace derramar llanto. Esta es la duda.

El tercero es la indiferencia profunda, los ojos se desecan por tanta lágrima, el corazon se convierte en cenizas, no se recuerda un pasado, ni se llora un presente, ni se ansía un porvenir. Entonces el marasmo mas horrible se apodera del cuerpo, la lepra del alma. Se recibe con la misma indiferencia una lisonja ó un insulto, no se ama ni se odia, no se llora ni se rie, los dias van pasando lentos y descolorados sin idealismo, sin fé, sin amor, sin desengaño, sin luz, el cuerpo adquiere el dominio del corazon, porque el sentimiento que á ésta daba vida, está muerto. Las mujeres con sus amores, los hombres con su ambicion, los

niños con su dulce olvido, son otras tantas figuras desluchadas del sombrío cuadro de la vida. Entonces, caido ya el hermoso ropaje del horrible esqueleto de la vida, lo mismo da ser ó no ser, morir hoy que morir mañana. Entonces, el cuerpo por falta de accion, y el alma por falta de sensibilidad, se van apagando poco á poco como una lámpara por falta de alimento. Ese es el último período del sufrir, por consiguiente, es casi la felicidad terrestre.

Amparo, sin embargo, era demasiado sensible para llegar á este estado, por consiguiente, en ella la lucha siendo mas terrible, la hacia sufrir demasiado. ¡Pero qué hacer cuando se ve la mano del dolor suspendida sobre nuestra cabeza, cuando ni nuestras lágrimas, ni nuestras súplicas, ni nuestros gemidos, ni nuestras imprecaciones, pueden ablandar el enojo divino? Sufrir mucho hasta morir de pesar; pero resignarse á vivir con una vida que en vez de bendicion del cielo, se ha convertido en tormento del infierno. Amparo, ademas, merced á las impresiones de su infancia, tenia impregnada su alma de ese sentimiento religioso, bálsamo eficaz de las llagas horribles del alma y que mas incurables parecia, muro sólido contra los ataques de la adversidad, consuelo de la desesperacion mas intensa....

Cerca del lecho, con el rostro pálido como el de un cadáver, con la mirada fijamente clavada sobre Amparo, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba de pié Roman. Su herida habia sido grave, pero no mortal; la bala habia deslizado á lo largo de la costilla, entre su cara esterna y los músculos superficiales; pero sin herir gravemente la arteria intercostal. Los eficaces y pronto auxilios del cirujano y las buenas gentes que le dieron una hospitalidad tan dulce, habian bastado para ponerle al cabo de una semana, en estado de poder volverse á la capital.

Gabriel, desde el dia siguiente al del duelo, habia escrito una carta á la señora Paula, á fin de tranquilizarla lo mismo que á Amparo y Guadalupe por su ausencia.

Decir cómo fué recibido Roman por Amparo, es cosa imposible, porque no hubo palabras, sino silencio. ¡Qué podria decir Amparo, al jóven que noble y generoso amante, le volvía á sus brazos á la hija de su corazon, á costa de su vida, al jóven á

quien ella idolatraba en silencio y avergonzada, con toda su alma, con un amor profundo, intenso, sin límites, y que ahora, despues de haber hecho el sacrificio de su vida casi por ella, volvía modesto, tímido, respetuoso como siempre?... Recobrar á su hija y vivir al lado de aquel jóven adorado, viéndole, idolatrándole hasta la locura, este era el pensamiento que en secreto habia gastado el alma de Amparo hacia algunos meses. Lo primero se habia realizado, habia vuelto por fin á ver á su hija, la estrechaba frecuentemente contra su corazon cubriéndola de besos y diciéndole, ¡hija! ¡hija mia! ¡hija de mi alma! pasaba largas horas mirándola entretenerse con Guadalupe; durante la noche se levantaba, y acercándose á su camita que se habia colocado al lado de la suya, la besaba en silencio para no desperdiciarla.....

Pero lo segundo, ¿lo podría realizar? ¡Imposible! En su conciencia, pura como la de un niño, aún al través de tantas amarguras y decepciones, se retrataba con los colores de un crimen un matrimonio entre ella, mujer deshonrada y físicamente impura, aunque inocente, y aquel jóven tan noble, tan generoso, que la perdonaba y la amaba. Por consiguiente, ella no podia vivir lícitamente á su lado, ella no podia mas que adorarle en silencio, adorarle con todo su corazon hasta morir de amor, pero sin proferir una palabra, sin aceptar tampoco su ardiente amor y sus leales ofertas. A algunas naturalezas francas y espasivas, les parecerá esto imposible; pero á otras tímidas y demasiado susceptibles, les parecerá muy verosímil. En efecto, ¿cuántas de vosotras ¡pobres jóvenes! os habeis enamorado hasta la locura, de una persona á quien las conveniencias sociales y el pudor os impedian amar á la pública faz, y entonces os habeis resignado llorando á idolatrarla en silencio, mirando que amaba á otra persona, vuestra hermana ó vuestra amiga tal vez, y era amada de ella! Hay almas que no pueden ni un momento contener sin dejarle desbordar por los lábios, el torrente de sentimiento que las inunda; pero hay otras, que temen la palabra como una profanacion del sentimiento, y aman, y sufren, y se mueren sin proferir un acento que revele su infinito. Amparo era de estas. Por otra parte, un nuevo dolor lastimaba su cora-

zon y su felicidad no debia ser larga. María, un mes despues, comenzó á languidecer. Roman, aunque conociendo desde luego que su enfermedad era mortal, puso sin embargo todo su anhelo para procurar hacer una nueva restitucion á la pobre Amparo, sobre cuya existencia parecia haberse suspendido una negra sombra. De manera, que el amor de ambos jóvenes, no consistia en palabras, consistia precisamente en aquel deseo oculto de buscar el uno la felicidad del otro. Amparo no tenia mas que su debilidad de mujer y su amor. Roman tenia ademas su ciencia y su fuerza de hombre. Por consiguiente, él solo amparaba á la jóven, y esto aumentaba la timidez de ella.

Hacia un mes que la infeliz madre estaba desolada. Veía á María irse muriendo sin que los eternos y eficaces cuidados que Roman le prodigaba, consiguiesen mejorar un momento su funesto estado. Este, por su parte, estaba convencido con ese triste convencimiento que les entra á los sábios cuando despues de haber luchado como gigantes contra las leyes invariables de la naturaleza, se sienten impotentes para seguir luchando en ese desafio terrible entre el sábio y Dios. En efecto, que puede hacer un pobre médico, cuando está mirando á la muerte irse apoderando de un órgano importante?

Sufrir y resignarse, porque Dios solo puede darle la vida.

En este dia la niña habia entrado en la agonía, y Roman, al ver su cuerpo debilitado y lastimado por la enfermedad, consideraba que esta agonía no debia ser muy larga. Y hacia ya dos horas que estaba agonizando. En un rincon del aposento oraba de rodillas la señora Paula. Guadalupe procuraba en vano arrancar á Amparo del lecho. Parecia que el dolor la habia clavado allí, para ser ella la que recogiese el último suspiro de su hija.

Gabriel se paseaba meditativo y silencioso.

La respiracion de María, poco antes precipitada y anhelante, se habia hecho imperceptible. El aire ya casi nada penetraba en sus pulmones. Su fisonomía descompuesta y lívida, el círculo sombrío que rodeaba sus cerrados ojos, sus lábios azulados y entreabiertos hacían dudar si era un cadáver ya ó todavía una moribunda. Solo se conocia lo último por un estremecimiento

que de vez en cuando agitaba sus lábios y por un débil suspiro que se escapaba de su pecho.

Habia llegado á ese estado en que la muerte, venciendo á la vida, ésta se va retirando de los órganos que la primera va ocupando.

Su rostro y sus estremidades estaban frias. Roman no percibía ya los latidos de su pulso. Derrepente la niña hizo un último estremecimiento y se alargó.

Roman hizo una exclamacion y Amparo, por un instinto, dió un grito, á sus ojos asomaron las lágrimas mucho tiempo comprimidas en su corazon, y su pecho se levantó por gemidos y sollozos desgarradores, como los de una madre delante del cadáver de su hija.

Todo habia concluido en efecto.

María se habia dormido en la tierra para ir á despertar al cielo; habia dejado la pasajera mansion de las sombras para ir á habitar las regiones en que todo es luz.

El ángel de su guarda habia volado con su alma de niña á la patria de la eterna felicidad.

Arrancaron del lecho á Amparo medio loca.

Ocho dias habian corrido.

Amparo no habia salido de su aposento. Su esperanza estaba perdida, perdida para siempre.

Cerca del anochecer, Roman de pié delante de ella, la contemplaba con triste curiosidad. Los dos permanecieron largo tiempo silenciosos. Por fin el jóven interrumpió el silencio diciendo con una voz conmovida:

—¡Amparo!

Esta, que estaba sentada cerca de su lecho con la mirada clavada en el suelo, la levantó y la fijó en el rostro de Roman con indefinible expresion de angustia.

—¡Amparo! volvió á decir el jóven, he venido para decir á vd. que dentro muy pocos dias debo partir; una casa francesa me destina como médico de uno de sus buques mercantes que hace viajes á casi todos los puertos de Europa y América. Pero antes de partir yo anhelo.

Roman se interrumpió porque la emocion ahogaba su voz en su garganta.

—Sí; yo comprendo lo que vd. anhela saber, noble jóven que desde el cielo de su virtud, se ha dignado lanzar una mirada á esta infeliz mujer sumergida en el cieno del deshonor. Yo tambien sé, que hace algunos meses he encontrado á vd. en medio de la oscuridad de mi camino, como un faro de celeste esperanza, que solo por he vd. vivido, que la llama de la inmensa pasion que me habia inspirado, ha sostenido al par que ha consumido mi helada existencia.

—¡Oh! Amparo, exclamó Roman tendiendo hácia ella los brazos y cayendo de rodillas á sus piés.

Amparo le levantó y continuó diciendo:

—¡Oh! yo era casi feliz, respirando el mismo aire que vd. respira, contemplándole oculta en mi aposento, escuchando su voz, idolatrándolo en silencio hasta el delirio, hasta la locura.

—¡Amparo! ¡Amparo! ¡Ya nunca nos separaremos sobre la tierra! exclamó delirante Roman.

—Por el contrario, jóven, va vd. á partir; pero á partir solo, dijo la jóven con una voz tan triste, tan triste, como esas músicas que interrumpen á media noche nuestro sueño, sueño mentiroso de una felicidad que no existe.

—Solo ¡Dios mio! solo.

—¡Perdon! ¡Perdon! ¡Perdon!

—¡Y yo que la amaba á vd. con todo mi corazon, yo que pensaba que nos uniríamos para no separarnos mas, que juntos y viviendo el uno para el otro, cruzariamos los mares.

—¡Ay! no lastime vd. mas mi corazon con el aspecto de una felicidad con que tantas veces he soñado, si yo no estuviese manchada, si yo pudiera tener derecho para idolatrarle, para ser su esposa, para amar y morir... habria encontrado en ese amor todo un cielo en el mundo; pero mi deshonor, mi afrenta es una barrera que se levanta para siempre entre nuestros corazones. Un hombre honrado no debe unirse á la mujer perdida.

—Pero si vd. es inocente, si yo, aunque no lo fuere la perdonaría, si su amor de vd. es mi vida y sin él, la arrastraré como

un castigo, ¿por qué no darme en afecto al menos, cuanto yo tengo en idolatría.

—¡Imposible! yo no sería feliz, la voz de mi conciencia me gritaría á cada paso, tendría remordimientos de haber abusado demasiado por egoismo del sér de mi sér, mientras que así, lo veré partir, pero Dios me habrá dejado el derecho de adorarle hasta morir, de verle acaso algun dia amado y unido con otra mujer mas digna de su pasion que la infeliz que tuvo la osadía de amarle.

—¡Nunca! ¡nunca!

—Yo voy á sepultar mi existencia marchita en un convento para llorar, para pedir á Dios haciéndole el sacrificio de mi vida dé á vd. en felicidad cuanto yo le di en amor sobre la tierra. Amparo se puso á sollozar de una manera desgarradora.

—¡Perdon! ¡Perdon! continuó cayendo á los piés de Roman y arrastrándose sobre sus rodillas con el rostro descompuesto con los ojos inundados de lágrimas, con los brazos tendidos. ¡Perdon! por haber osado desde el abismo en que una desdicha me ha sumergido, amar á vd., el mas noble, el mas generoso de los mortales; mi existencia marchita no debe correr junta con la del sér de mi alma, yo solo puedo orar y sufrir. Y sin embargo, nadie podria llegar á amarle como yo, he idolatrado á vd. con delirio, como se ama cuando es uno desgraciado, hubiera sido feliz con pasar mi vida contemplándole, idolatrando y muriendo.

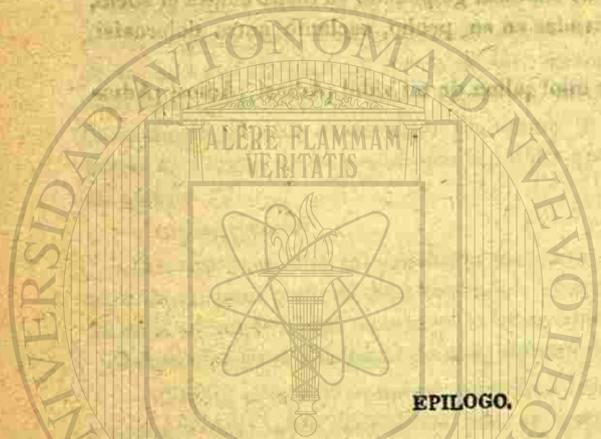
Y Amparo se abrasaba á las rodillas del conmovido jóven, llorando y lanzando desgarradores sollozos que rompian su pecho.... tomaba sus manos, las llevaba á su corazon y á sus labios cubriéndolas de besos y de lágrimas.

Era un espectáculo conmovedor el de aquella desdichada jóven diciendo su última despedida al amado de su corazon, y rehusando su pasion que era su vida, por un sentimiento esquisito de nobleza, de abnegacion sublime.....

Media hora despues, Roman, loco, delirante, sollozando como un niño, se precipitaba fuera de aquel aposento. Amparo se

quedó de pié, y cuando el ruido de sus pasos se hubo perdido completamente, tendió los brazos en la direccion que seguia el jóven, y cayendo de rodillas, golpeando su rostro contra el suelo, con las manos clavadas en su pecho, exclamó entre dolorosísimos gemidos.

—¡Adios, amor mio! ¡alma de mi vida! ¡Adios! ¡Adios! ¡Adios para siempre!



## EPILOGO.

Una noche, Gabriel, trémulo y conmovido, hizo entre suspiros la declaración de su amor á Guadalupe. ¡Era una noche de luna, noche hermosa de amor, de poesía y de expansión! Guadalupe estaba pálida y enternecida. Los dos jóvenes juraron amarse y esperar. ¡Esperar dos años! Pero ¡es tan dulce la esperanza, cuando después de la ilusión que la diviniza, está una dulce realidad!

Amparo, moribunda casi, por tanto sufrimiento, tomó el hábito en el convento de Santa Brígida.

Este desenlace no es del gusto de mis lectores, bien lo conozco. Ellos hubieran querido una unión dulce y apasible. Esto hubiera sido mas hermoso; pero no mas verdadero. Yo solo escribo lo cierto, y fuerza es confesar que en la vida no hay mas que pesares, sufrimiento, tal vez una felicidad rota en el momento de alcanzarse.

Isidoro y Eulalia se casaron el mismo día en que profesó Amparo.

Hoy es el matrimonio mas lujoso de nuestra sociedad, cuando se presentan en los elegantes salones, todos al verlos exclaman: —¡Qué hermosa pareja! parecen formados el uno para el otro

En el mismo día en que tuvo lugar este feliz enlace, atravesó un joven los callejones de San Salvador, se detuvo en una aislada accesoria situada á corta distancia de la casa en que han tenido lugar las escenas de esta historia; cerró cuidadosamente la puerta, se quitó su levita, tapó con ella las rendijas de su parte inferior á fin de impedir la entrada del aire; y luego se acercó á un rincón donde se encontraba un montón de carbones murmurando:

—¡Oh! ¡Eulalia se ha casado y está por siempre perdida para mí, mi madre ha muerto de pesares, mi hermana, después de haber sido abandonada por ese miserable, se ha prostituido, mi padre ha sido conducido al hospital de dementes, mis hermanos mendigan en las calles el pan! Estoy solo, completamente solo en el mundo, y no me resta mas que morir. ¡Adios, Eulalia de mi vida! ¡Adios para siempre!

Luego encendió una bugía, prendió con ella fuego al combustible y lo activó soplando con toda su fuerza.....

Cuatro días después, la justicia rompió la puerta y estrajo de allí un cadáver en putrefacción.

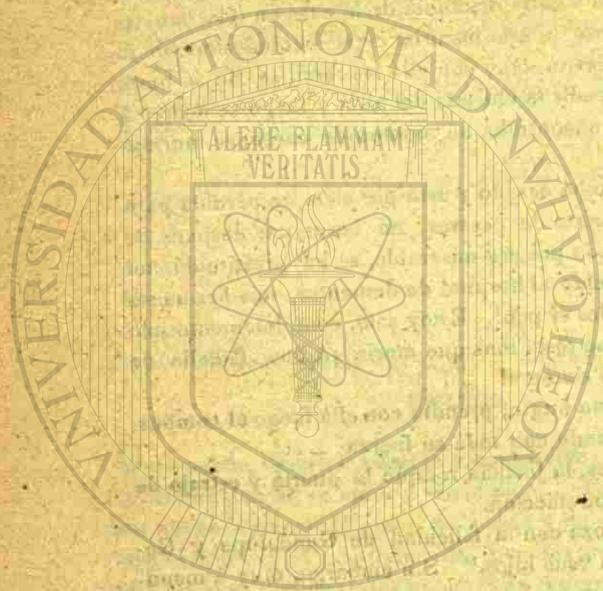
La señora Paula goza con la felicidad de Guadalupe y Gabriel, á quienes llama "sus hijos." Sin embargo, muy á menudo, una nube de tristeza viene á enlutar por un instante el cielo de su felicidad. Es que se acuerdan de Amparo y Roman....

El *Amerique* salió del puerto de Veracruz en dirección al Havre.

Cerca del escotillon, de codos sobre la barandilla de cubierta, iba un joven muy pálido vestido de negro. Permaneció con la vista tenazmente clavada en la montaña del "Pico de Orizava," cuya nieve se confundía con las nubes del firmamento, tomando ya esa forma que distingue uno á cuarenta leguas de la costa y que los marinos llaman "La Paloma de América."

Cuando las costas mexicanas se hubieron confundido con el mar del golfo, dos lágrimas rodaron silenciosas por las pálidas mejillas del joven, y sus labios se entreabrieron para decir con triste acento: ¡Adios! ¡Amparo! ¡Amparo! ¡Amparo!

FIN.



## LA AZUCENA Y LA VIOLETA.

EN UN ALBUM.

Crecía la Azucena á orillas de un arroyo que el Mayo formó. Su imágen se espejaba en las ondas; las brisas de las mañanas primaverales suspiraban entre sus pétalos; las demas flores del huerto envidiaban su hermosura.

Al pié de su tallo medio encubierto entre yerbas, se ocultaba la Violeta, esa flor siempre avergonzada, esa flor animada que siente y sufre.

El Céfito, hermoso jóven galanteador y amigo de las flores, se acercó á ellas de puntillas en una tarde de verano en que la luz crepuscu'ar comenzaba á aparecer por momentos y el sol moribundo de-mayaba en Occidente, de esas tardes apacibles de amor y perfumes, entabló el siguiente diálogo.

CÉFITO.—Yo te amo, tímida Violeta, y tu amor es necesario á mi existencia juvenil y apasionada, porque cuando llevo tus aromas á las jóvenes hermosas, sus lábios frescos y rojos como aquella flor de granado que está allí y es tambien mi amante, se entrebren para aspirarme y recibir mis besos: ¡oh! sí, ámame, ámame!

VIOLETA.—Céfiro, yo agradezco tu amor, pero vivo mas tranquila en mi soledad: ademas, ese arroyo que ves a mi planta, es un poeta que me ama, y en las noches templadas del estío, cuando la luna vela su desmayada luz entre nubes, me inclino hácia él y entablamos dulces pláticas de nuestro amor puro é inocente.

CÉFIRO.—Lo siento; pero vas á ver cómo la hermosa y altiva Azucena, acoge mi pasión que le dará tantos placeres.....

Al solo nombre de hermosa, la Azucena se irguió en su tallo, sus pétalos se estremecieron de orgullo, y altiva y lozana se agitó de placer.

Un instante despues, cuando la luz crepuscular se desvaneció completamente, el Céfiro dormia en su nevado seno.....

Otro instante despues, la jóven señora del huerto salió á pasearse por él, y al aspirar aquel aroma embriagador y delicioso, que el Céfiro se apresuraba á llevarle, se acercó á la Azucena y la desprendió de su tallo diciendo:

—“¡Oh! yo guardaré esta hermosa flor para dársela á él cuando venga.”.....

Al dia siguiente, sus pétalos vagaban esparcidos por el viento.....

Tú, hermosa niña, á quien nunca he visto, pero cuya historia me ha contado otro poeta mi hermano, eres esa Violeta modesta y aromada. Yo no tengo mas que una lira que Dios me dió; pero tú guardas un corazon que comprende y siente.

Conserva siempre tu casta hermosura, y no olvides la historia de la Azucena y la Violeta.

FIN.



U A

DAD AUTÓNOMA DE  
CIÓN GENERAL DE

PO  
D  
C5